

# Al pueblo nunca le toca

?lvaro Salom Becerra



calibre 0.9.31

## Sinopsis

Este es el cuarto libro de Alvaro Salom Becerra y abrigamos la certeza absoluta de que será un cuarto y rotundo éxito suyo. Es Salom Becerra un gran observador de los hombres y las cosas, dotado de una excelente memoria, de un humor agudo y cáustico y de un estilo envidiablemente claro, fácil y fluido que, con sus tres obras anteriores, se ha apuntado otros tantos triunfos impresionantes, hasta el punto de que es, en la actualidad, el más leído de los autores colombianos. Esta obra, escrita dentro de la misma línea de las precedentes, es un valeroso y graciosísimo recuento del proceso político nacional en los últimos años, destinado —como aquellas— a ser leído con deleite y provecho por millares y millares de personas.

Alvaro Salom Becerra nació en Bogotá en 1922. Ha sido colaborador de “El Tiempo”,

“Nueva Frontera”, “El Colombiano” y algunos otros periódicos y revistas: hasta el momento ha escrito tres novelas; “Don Simeón Torrente ha dejado de... deber” (17 ediciones), “El Delfín” (12 ediciones) y “Un tal Bernabé Bernal” (13 ediciones).

Alvaro Salom Becerra

Al pueblo nunca le toca

Título original: *Al pueblo nunca le toca*

Alvaro Salom Becerra, febrero de 1994.

Ilustraciones: El nombre del ilustrador

Diseño/retoque portada: El diseñador

Editor original: Editor1 (v1.0 a v1.x) Segundo editor: Editor2 (v2.0 a v.2.x)

Tercer editor: Editor3 (v3.0 a v3.x)

Corrección de erratas: EditorA, EditorB y EditorC



# Capítulo I

Baltasar y Casiano eran buenos amigos a pesar de todo lo que los separaba. Aunque nombres como los suyos hacen innecesario el apellido, el del primero era Riveros y Pardo el del segundo. Los vinculaba apenas la coincidencia geográfica de haber nacido en la misma comarca, la cronológica de que su nacimiento hubiera ocurrido el mismo año y la económica y social de pertenecer a la misma clase media. Pero somática y anímicamente, por fuera y por dentro, eran absolutamente distintos. También eran diferentes políticamente pues militaban en bandos opuestos.

Baltasar Riveros era alto, magro, moreno, narigón, nervioso, extrovertido, locuaz, optimista, franco y ateo; había sido engendrado en Une — único municipio liberal de la Provincia de Cádiz — por un ciudadano liberal y concebido por una ciudadana tan liberal como su esposo; siendo, además, nieto, bisnieto y tataranieto de individuos afiliados a ese partido, que habían

defendido a garrotazos y pedradas lo que llamaban sus ideas, en potreros pomposamente denominados campos de batalla, era obviamente liberal.

Casiano Pardo, en cambio, era pequeño, obeso, blanco, chato, calculador, hipócrita, desconfiado, malicioso, enamorado y beato; como sus tatarabuelos, bisabuelos, abuelos y padres habían sido godos de "raca y mandaca" que, en descomunales gazaperas bautizadas por los historiadores con el nombre de combates memorables, habían empuñado las armas (estacas y guijarros) para persuadir a sus adversarios de la razón y justicia de su causa y, finalmente, había sido engendrado, concebido y criado en el pueblo de Choachí, uno de los baluartes conservadores de la ya citada Provincia de Cáqueza, donde el pastor de almas le ordenaba a su rebaño, so pena de excomunión, que votara por los caciques y gamonales escogidos "en Bogotá para representarlo en la Asamblea y el Congreso, era, naturalmente, conservador.

Baltasar, como buen liberal, era intolerante, dogmático y arbitrario. Defendía la libertad, pero la que tenían, según él, sus copartidarios para apalearse a los godos y a estos les negaba el derecho al pan y al agua. La justicia, en su concepto, había sido hecha para favorecer a sus correligionarios y perseguir a sus enemigos políticos. Proclamaba la igualdad entre los hombres si los hombres eran liberales, porque los conservadores, en su opinión, pertenecían al reino animal. La fraternidad sólo podía existir, a su juicio, entre los miembros de su partido, porque los del contrario debían ser tratados como bestias feroces. Y en materia social consideraba que el gobierno estaba obligado a suministrarles pan, techo, educación, salud, vestuario y diversiones a los liberales —y sólo a ellos—, a cambio de sus votos. Solía decir que todos los males del país se remediarían y se solucionarían todos los problemas el día en que el pueblo llegara al poder. Y vivía aferrado a esa esperanza. El ejercicio del sufragio era para él un rito sagrado; se henchía de orgullo y sentía un placer voluptuoso cuando depositaba su voto,

porque creía invariablemente que éste significaba una contribución decisiva a la salvación de la República, o sea a la ascensión de las clases populares al gobierno. Conservaba en su casa una bandera roja y asistía, llevándola consigo, a todas las manifestaciones liberales. Y llegaba al orgasmo en el momento en que, haciéndola tremolar, gritaba con todas sus fuerzas: "¡Viva el gran partido liberal!". "¡Abajo los godos!".

Casiano, como buen conservador, amaba el orden aunque era profundamente desordenado y la tradición aunque nunca pudo saber exactamente en qué consistía. Era un celoso defensor del sacrosanto derecho de propiedad (de la ajena porque él jamás tuvo ninguna) y un entusiasta partidario del principio de autoridad, pero aplicado por regímenes conservadores para sostenerse en el poder y alejar de éste a los liberales. Su filosofía política estaba resumida en dos fórmulas: "El poder es para poder" y "Cada Alcalde manda en su año". Abominaba la libertad y la democracia, porque la primera —según decía

— degeneraba en el libertinaje y la segunda era una farsa. Calificaba de demagogos y rabacholistas a los políticos de izquierda que le prometían al pueblo mejorar sus condiciones. Votaba rutinariamente en todas las elecciones, pero contrariamente a su amigo Baltasar no se hacía ninguna ilusión de que las cosas cambiaran favorablemente con el triunfo de uno u otro partido. "Gane quien ganare, esto seguirá igual o peor" —decía cada vez que se realizaba un debate electoral—. Y se burlaba de la optimista fe que su amigo personal y enemigo político mantenía en la llegada del pueblo al poder. "Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja" —aseguraba, con la orgullosa suficiencia de haber pronunciado una frase original—. Escéptico en política, era un creyente convencido en materia religiosa. Cuantas veces sentía hambre y no la podía satisfacer, se consolaba diciendo: "No sólo de pan vive el hombre" y esperaba encontrar en el Cielo todos los que el sistema capitalista le había negado en la tierra. Cumplía, a su manera, el precepto de: "Amaos los unos a los otros", ya que

amaba a los unos (que eran los conservadores) como a sí mismo y odiaba a los otros (que, naturalmente, eran los liberales) como el diablo a la cruz. Añoraba las hogueras de la Inquisición para "los rojos descreídos y masones" y su acendrado catolicismo no le impedía violar los Mandamientos de la Ley de Dios, con excepción del 5o. y el 7o., ni cometer —con religiosa regularidad— los siete pecados capitales. Eso sí se arrepentía periódicamente de ellos, pues se confesaba y comulgaba todos los primeros Viernes. Obviamente los primeros Sábados reanudaba sus actividades pecaminosas con renovado entusiasmo, pues pensaba —como la inmensa mayoría de sus copartidarios— que: "El que reza y peca, empata".

Esos eran, a grandes rasgos, los principios filosóficos, políticos y religiosos de Baltasar y Casiano. Las enormes diferencias de todo orden que los distanciaban, los habían convertido en dos enemigos inseparables o amigos acérrimos. En sesenta años de diálogo ininterrumpido, nunca

habían logrado ponerse de acuerdo en nada. Lo que para el uno era blanco, para el otro era negro. Sin embargo, el primero no podía vivir sin el segundo ni éste sin aquél. Todos los días, invariablemente, se encontraban para conversar. Pero la conversación, a los dos minutos de iniciada, se convertía en una agria disputa que, las más de las veces, terminaba en un intercambio de agravios. Frecuentemente se cruzaban, para despedirse, frases del siguiente o parecido jaez: "¡Definitivamente con usted no se puede hablar! Porque usted no es más que un godo retrógrado y camandulero, que no sabe dónde está parado!!" —le decía Baltasar a Casiano—, "¡El que no sabe dónde está parado y, además, es más terco que una muía, es usted! ¡Cachiporro arrastrado! ¡Hereje! ¡Masón! ¡Allá lo he de ver en los profundos infiernos! ¡En mi vida volveré a hablar con usted!" —le replicaba Casiano a Baltasar—. No obstante, al día siguiente, sin cita previa, se encontraban a la misma hora y en el mismo café, se saludaban como si nada hubiera ocurrido la víspera y reanudaban la interminable discusión.

Los unía indisolublemente su apasionada afición por la política. Aunque de ella nunca habían derivado un solo centavo ni ninguno de ellos había desempeñado jamás un cargo público ni celebrado un contrato con el gobierno, pues Baltasar fue durante toda su vida empleado de un Banco y Casiano, a lo largo de toda la suya, negociante en finca raíz, ambos tenían la obsesión de hablar de ella. Era su único tema, su único vicio, su única distracción. Unas elecciones representaban para ellos, lo que un Campeonato Mundial de Fútbol representaba para los aficionados a ese deporte y un debate en el Congreso lo que para los taurófilos un mano a mano de Manolete y Arruza.

Su amistad —que tenía mucho más de enemistad, como se ha visto— se había iniciado en las bancas de un colegio de Cáqueza (recuérdese que los dos eran oriundos de los circunvecinos Municipios de Une y Choachí) y se había consolidado en Bogotá, donde ambos pasaron el resto de sus vidas. Un buen día el destino los

reunió en la "Botella de Oro", un establecimiento ubicado en el costado oriental de la Plaza de Bolívar, a pocos metros de la Capilla del Sagrario, exactamente en el sitio en que hoy se levanta el Palacio Cardenalicio y desde entonces ya no volvieron a separarse más. Como ese día la discusión quedó inconclusa, concertaron una cita para el siguiente. Las demás, por espacio de sesenta años, fueron tácitas y nunca, en ese dilatado lapso, ninguno de ellos dejó de cumplirlas.

Corría el año de 1917. Bogotá era un villorrio apacible que compensaba su atraso material con un culto al espíritu, más convencional que auténtico, buenas maneras y mala poesía, que trataba de reírse de su pobreza con gracejos y retruécanos. Entre la alta sociedad, formada por damas empingorotadas que lucían imponentes sombreros de plumas y petimetres de cubilete y sacoleva, que se llamaban a sí mismos "distinguidos caballeros" y la baja, compuesta por "guaches" de ruana y "guarichas" de pañolón y

alpargatas, existía un abismo insondable. Y Colombia era una republiqueta teocrática, feudal y pastoril, gobernada —desde 1885— por el Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Arzobispo Primado y por el no menos ilustre y reverendo partido conservador, que hacían lo posible y lo imposible por mantener el "statu quo" y por detener el progreso nacional. Los liberales, a su turno, eran ciudadanos "nacidos para perder", ya que cuantas veces concurrían a las elecciones, eran derrotados por las excomuniones de los Curas Párrocos y los "chocorazos" de Don Sotero Peñuela.

Próximo a expirar el período presidencial del doctor José Vicente Concha, los conservadores ortodoxos habían lanzado —con la aprobación eclesiástica— la candidatura de Don Marco Fidel Suárez, teólogo eminente, a quien la circunstancia de no ser hijo legítimo, le había impedido consagrarse exclusivamente al servicio de Dios. La fracción "indoctrinaria y liberalizante" del partido conservador y el partido liberal, en masa,

habían proclamado la candidatura del Maestro Guillermo Valencia, quien no conocía la ciencia del Estado, pero, en cambio, había escrito "Anarkos", "Cigüeñas blancas" y "San Antonio y el Centauro" y pronunciado los estupendos panegíricos del señor Caro y el General Uribe Uribe.

Lógicamente Casiano Pardo fue suarista fervoroso y Baltasar Riveros fanático valencista. Todas las tardes, a las 6 p.m., se encontraban en "La Botella de Oro" y, sentados alrededor de una mesa, a veces al calor de un cafétinto y otras al de un brandy "Valenzuela", conversaban —o mejor, discutían vehementemente— sobre las alternativas de la lucha electoral.

— ¡Ahora sí le toca al pueblo! —gritaba Baltasar y le asestaba a la inocente mesa un golpe con el puño—. ¡Al Maestro Valencia no se la baraja nadie! ¡Vamos a ver cuántos somos y cuántos quedamos!

— ¡Al pueblo no le toca nunca, no seas pendejo! —replicaba Casiano, enardecido—. ¡Al que no se la baraja nadie es a Don Marco...! Para eso tiene al gobierno y al clero y al ejército...!

— ¿Estamos en una democracia o no estamos? —preguntaba, iracundo, Baltasar—. Por Valencia vamos a votar todos los liberales y la mitad del partido conservador... Y por el viejo ese camandulero de Don Marco votarán unos cuantos godos brutos como usted... Entonces ¿quién va a ganar?

— "El que escruta, elige"! —argüía dogmáticamente Casiano—. Y los que escrutamos somos los buenos conservadores...

— ¡No hay godo bueno ni trago malo! —reponía Baltasar, rojo de ira y dándole un nuevo y violento golpe a la indefensa mesa—. ¡Todos ustedes son iguales! ¡Iguales de picaros! ¡Iguales de asesinos! ¡Iguales de vergajos!

— Miente, cachiporro hijue...! ¡Y agradezca que no termino la palabra... —exclamaba Casiano, en el paroxismo de la cólera—. ¡Más picaros, más asesinos y más vergajos serán ustedes y su abuela!

—No me la nombre, godo arrastrado, no me la nombre...! —rugía Baltasar— ¡Soy capaz de romperle el alma! Pero ¿cuál? Si usted no tiene de eso... Lo mejor es irme y no volver a poner nunca los pies en este café... ¡No quiero verlo nunca más!! —tiraba una moneda de diez centavos sobre la mesa que varias veces había castigado con sus golpes, se calaba el sombrero hasta las orejas, empuñaba el paraguas y un ejemplar de "El Tiempo", le hacía un gesto feroz a su inseparable enemigo y se marchaba presa de la más profunda indignación—.

Al día siguiente, a las 6 en punto, llegaba al café, miraba escrutadoramente las mesas buscando a Casiano, quien ya estaba instalado en una de ellas y se le acercaba sonriente: — ¡Hola, Casiano! ¿Qué tal estás? Así me gusta que seas

cumplido...

— Aquí esperándote hace diez minutos... ¡Siéntate! ¿Cómo te acabó de ir anoche? ¿Qué quieres tomar? —preguntaba Casiano—.

— Me voy a tomar un tinto —respondía Baltasar, sentándose—. Pero dime: ¿En qué quedamos anoche? Porque yo cada vez estoy más seguro de que el Maestro Valencia va a ganar... ¡Te apuesto lo que quieras que ahora sí le toca al pueblo!

— ¿Cuándo dejarás de ser ingenuo? —preguntaba Casiano—. (Mientras la charla no se convertía en disputa, los amigos se tuteaban). Mira: esta mañana me encontré aquí en el atrio de la Catedral con don Jorge Roa y me dijo que el triunfo de Don Marco era impajaritable...

Cinco minutos después la conversación degeneraba en una discusión violenta y los dos acérrimos amigos comenzaban a canjear los más

atrocies improperios.

La campaña electoral prosiguió normalmente, o sea entre las puñaladas, garrotazos y pedradas con que, bajo los efectos de la chicha, se regalaban reciprocamente los miembros de uno y otro bando. Ninguno de los candidatos expuso nunca su programa de gobierno. Pero el Maestro Valencia, en todas las manifestaciones que le ofrecían sus partidarios y a petición de éstos, recitaba sus versos. Y la "Oración a Jesucristo", del señor Suárez, era leída en todos los pulpitos, junto con la pastoral en que el Arzobispo recomendaba su candidatura.

En febrero de 1918 se celebraron las elecciones. Los viejos prestidigitadores de la hegemonía se encargaron de copar las urnas con "canastadas" de votos por Don Marco y los guardianes del orden de atemorizar a los valencistas e impedirles que se acercaran a las mesas de votación. El clero regular y secular, el ejército, la policía y los empleados públicos, en

rigurosa formación, votaron por el candidato del gobierno y de la Iglesia. Y otro tanto hicieron los muertos, los menores y los presos. Casiano pudo votar 16 veces por su candidato y Baltasar, a duras penas, logró votar una por el suyo. El resultado electoral, si se les puede creer a Henao y Arrubla, fue el siguiente: Por Don Marco Fidel Suárez: 216.595 votos. Por Guillermo Valencia: 166.498. El pueblo soberano fue, como siempre, derrotado y la casta dirigente, como siempre, se consolidó en el poder.

— ¿No te lo dije? ¿Te convences? —le gritó Casiano a Baltasar, con acento triunfal, tan pronto como lo vio entrar a "La Botella de Oro"—.

— Las uvas estaban verdes... —le contestó Baltasar, con inocultable despecho—. Pero ya verás dentro de cuatro años...

— ¡Qué uvas ni qué carajo! Esas uvas no se van a madurar nunca... —repuso Casiano—. Puedes perder toda esperanza...

Pero Baltasar no la perdía. Su fe tenía la reciedumbre que tuvo la de la mujer cananea. Y a aumentarla contribuían los fracasos administrativos del señor Suárez, su ineptitud para gobernar, la crisis de la post-guerra, la matanza de los sastres ocurrida el 16 de marzo de 1919, cuando en pacífica manifestación fueron a pedirle al Presidente-Paria que un contrato para renovar los uniformes militares les fuera adjudicado a ellos y no a unos sastres extranjeros y recibieron como respuesta una descarga de fusilería. Cada vez que el gobierno sufría un revés económico o político, Baltasar se frotaba jubilosamente las manos y le decía a Casiano: "¡Esto no puede seguir como va...! ¡No hay mal que dure cien años ni pueblo que lo resista! ¿Te das cuenta del disparate que cometiste no votando por Valencia? Pero te garantizo que, en las próximas elecciones, el pueblo se encarama porque se encarama... ¡O dejo de llamarme Baltasar Riveros!". Casiano sonreía escépticamente y contestaba: "¡Amanecerá y veremos", dijo el ciego. "Amaneció y no vio nada...".

Los violentos empujones de Laureano Gómez y Alfonso López Pumarejo —otros dos enemigos inseparables y amigos acérrimos— desalojaron al señor Suárez del solio en 1921. Y ascendió a éste, para terminar el período, un ilustre representante de la dinastía Holguín, dicharachero y guasón, que a todos los males del país les aplicaba la terapia del humor. Sus únicos actos de gobernante fueron lograr que el Congreso aprobara el tratado con los Estados Unidos, que legalizó el zarpazo de Teodoro Roosevelt, y presidir la elección de su sucesor.

El conservatismo —o la "godarria", como decía Baltasar Riveros— postuló el nombre del bigotudo General Pedro Nel Ospina, miembro de una de las familias felizmente reinantes en el país desde mediados del siglo pasado, como que era hijo del exPresidente Mariano Ospina Rodríguez y había nacido en el Palacio de su padre, como cualquier príncipe heredero, defensor de la legitimidad (?) en la guerra de los Mil Días y dueño de una inmensa fortuna.

A su vez, el liberalismo —o el partido de los "rojos ateos y bandidos", como decía Casiano Pardo— lanzó, candorosamente, la candidatura del General Benjamín Herrera, perdedor de todas las batallas militares y cívicas que libró, fabricante de frases geniales como la de: "La patria por encima de los partidos", flautista de profesión, aunque nunca le sonó la flauta de la política, masón grado 33 y quien, según sus enemigos, poseía las tres ches: chato, chiquito y chaparro.

El entusiasmo de Baltasar el día en que la Convención Liberal proclamó la candidatura de Herrera, no tuvo límites. Le ordenó a su mujer que lavara y planchara la vieja bandera roja que conservaba en uno de los rincones de la sala de su casa, al pie de un gran retrato del General Uribe Uribe, se anudó la corbata más roja que encontró en el armario, se colocó un pañuelo carmesí en el bolsillo del pecho y un clavel encarnado en la solapa, apuró cuatro tragos dobles de aguardiente y se lanzó a la calle, radiante de felicidad, rumbo al Hotel Franklyn, donde vivía el candidato y

centenares de partidarios suyos se habían reunido a celebrar anticipadamente el triunfo. ¡Al fin el pueblo iba a llegar al poder! ¿Quién podía detenerlo? Loco de alegría, empezó a agitar la bandera y a gritar: ¡Viva el futuro Presidente de la República General Benjamín Herrera! ¡Viva el gran partido liberal! ¡Abajo los go... No alcanzó a terminar, porque sintió que alguien le arrebató la bandera y, simultáneamente, le daba un violento empujón que lo hizo rodar por tierra. El autor del despojo y del empujón había sido un "chapol", como eran llamados entonces los representantes de la autoridad. Y en Colombia las autoridades están instituidas para defender, en primer término, al gobierno que las paga y, en segundo, para proteger la vida, honra y bienes de los ciudadanos que pagan los impuestos.

— Y'este cachiporro arrastrao ¿que'sestá imafinando? ¿O jue que'se golvió loco? —tronó el policía, blandiendo en una mano la bandera y en la otra el bolillo—. ¡Párate y camina con yo pa la guandoca, pa qui'apriendás qui'alas otoridades no

las irrespetas cualesquier collarejo esgraciao...!!

— Pero señor agente... ¿Acaso no estamos en un país libre? —preguntó Baltasar, levantándose trabajosamente del suelo, más muerto que vivo—.

— ¡Qué libre ni qué carajo! —respondió el agente del orden—. Y agradece que no te meto p'uel culo tu porquería'e bandera con palo y todo...! ¡Andando! ¡Andando pa la Cumisaría!!

Baltasar comprendió que cualquier resistencia era inútil y temeraria y se dejó conducir mansamente. El Comisario de turno, después de oír el "parte" del agente, interrogó al reo: — ¿Usted ignora que el artículo..., el artículo..., bueno, alguno de los artículos del Código de Policía, que por ahí debe estar, les prohíbe a los liberales vivir a su partido, echarle abajos al sacrosanto partido conservador (se puso de pie y se santiguó) y salir a la calle portando trapos colorados que debían utilizar, más bien, para limpiar el piso?

— Pues si usted, señor Comisario, no sabe cuál es el artículo, yo mucho menos... —se atrevió a responder Baltasar—. En todo caso yo creía que estábamos en tina democracia...

— ¡Cállese la jeta! ¡Insolente! ¡Irrespetuoso! ¡Atrevido! ¡Cabo de Llaves: meta al calabozo a este guache asqueroso, por 24 horas incommutables y me lo tiene a pan y agua! ¡Señor Secretario: sírvase dictar la resolución correspondiente, por embriaguez y escándalo en la vía pública, actos contra el régimen constitucional y la seguridad interior del Estado, irrespeto y ataque a la autoridad!! —dijo el Comisario— y reanudó la lectura del último editorial de Ismael Enrique Arciniegas, en el "Nuevo Tiempo", titulado: "La democracia: un sistema ideal".

Casiano Pardo se rió de lo lindo cuando Baltasar, dos días después, en la "Botella de Oro", le refirió las incidencias de su captura y detención.

— Eso te pasa por estar creyendo todavía en

pájaros preñados... ¡Ahí están tu libertad y tu democracia!

— Pues como decía el General Uribe Uribe, que en paz descansa, "a pesar de todo ¡nuestro es el porvenir!" — replicó Baltasar —.

— Aténgase a la Virgen y no corra! —repuso Casiano, sonriendo buríonamente—.

— No se te olvide que el próximo Presidente de la República, el General Benjamín Herrera, dijo que el pueblo era carne de la carne y hueso de los huesos del partido liberal... Y a ese pueblo no lo van a derrotar ahora por más triquiñuelas que hagan... —contestó Baltasar—.

— Dale que dale con el pueblo... —dijo Casiano—. El pueblo de que tanto hablas no es más que una recua, una manada de borregos...

— Eso será el pueblo conservador, que se deja manejar por los curas y los gamonales... — replicó Baltasar, alzando la voz—.

— ¿Y qué me dice del liberal? —preguntó Casiano, ya visiblemente enojado—. Una vacada que se deja arrastrar al matadero de las guerras civiles cada vez que se le da la gana al vaquero ese, con título de General, que tienen ahora de candidato...

— ¡Jalémosle al respetico! —exclamó Baltasar, ya indignado y golpeando la mesa—. ¡No le tolero que se exprese así del caudillo más grande que ha tenido este país!!

— ¿Grande? ¡Permítame que me carcajié! —gritó Casiano, con el rostro congestionado por la cólera—. Un chiquitín que mide, a lo sumo, un metro con cincuenta centímetros... Grande, el General Ospina...

— Lo único grande que tiene su tal General Ospina son las pelotas y las ganas de seguir enriqueciéndose a costillas del pueblo...! —vociferó Baltasar, fuera de sí—.

— ¡Miente una y mil veces! ¡Cachiporro calumniador! —rugió Casiano, levantándose de la mesa—. Esto me pasa por venir a oír las bestialidades de una burra como usted... ¡Pero ahora sí, no más...!! ¡Que el diablo me escupa el rabo con alquitrán caliente si vuelvo a venir aquí...!! —tiró dos monedas de cinco centavos sobre la mesa, se puso su sobretodo de paño azul con cuello de terciopelo, se incrustó la verdinegra "media calabaza" en la cabeza, recogió el bastón y un ejemplar de el "Nuevo Tiempo", correspondiente a la fecha y, furioso, se dirigió a la puerta—.

— ¡Sí! ¡Vayase! ¡Pero vayase al carajo! —le gritó Baltasar— Y ojalá cumpla su promesa... Puede estar seguro de que yo no vuelvo a este sitio ni muerto... ¡No faltaba más!!

Naturalmente, al otro día, los irreconciliables amigos violaron su juramento, pues ambos acudieron —a las 6 de la tarde— a la "Botella de Oro". El primero en llegar, esta vez,

fue Baltasar, quien tomó asiento en una mesa. Minutos después llegó Casiano y, muy risueño, saludó a aquél: — ¿Ya te pasó la braveza?

— Aguacero recio, pronto escampa... — respondió, sonriente, Baltasar—. Además, yo soy muy noble...

— El noble soy yo... —repuso Casiano— ¿O no te acuerdas de las atrocidades que me dijiste?

— Es que tú sacas de quicio al Padre Almanza... Se necesita la paciencia mía... —anotó Baltasar—. Pero eso no tiene ninguna importancia... Borrón y cuenta nueva... ¿Por qué, más bien, no hablamos de política?

Y se enfrascaron en una nueva discusión que, como siempre, estuvo a punto de terminar a puñetazos.

La lucha política fue, por varias razones, mucho más agitada y ardorosa que las anteriores. Se enfrentaban los dos partidos tradicionales,

estrechamente unidos. El caserón de la hegemonía conservadora comenzaba a resquebrajarse, después de 37 años de mal gobierno. El General Benjamín Herrera gozaba de un inmenso prestigio en las filas liberales y muy grande, igualmente, era el del General Pedro Nel Ospina en las huestes azules. La candidatura Herrera representaba un serio peligro para la estabilidad del régimen. Y los jefes liberales estaban poseídos de un optimismo tan ardiente e ingenuo como el de su copartidario Baltasar Riveros. El pánico cundió entre los jerarcas conservadores y las autoridades legítimamente constituidas se aprestaron a cerrarle el paso al enemigo de la religión y del orden. La maquinaria oficial funcionó a las mil maravillas y con no menor eficacia operaron los "chocorazos" en ciudades y aldeas. Los curas, en los pulpitos, y los caciques, en las urnas, cumplieron su cometido a la perfección. El ejército, la policía y los agentes del Resguardo se encargaron de garantizar el "sagrado derecho del sufragio" a los conservadores y de impedirles a los liberales, por todos los medios, que lo ejercieran. Todos los

primeros pudieron votar varias veces por su candidato y muchísimos de los segundos no lograron hacerlo, ni una sola, por el suyo. Así le ocurrió a Baltasar Riveros, cuyo nombre, inexplicablemente, no apareció en los registros electorales. Las conclusiones lógicas de las premisas anteriores, fueron: 413.819 votos por el General Ospina y 258,231 por el General Herrera.

La decepción y la ira de Baltasar Riveros tuvieron las mismas dimensiones del fraude y la coacción de que había sido víctima el General derrotado. Adquirió —por primera vez en su vida— un ejemplar de el "Nuevo Tiempo", en cuya primera página aparecía una enorme fotografía del General Ospina, la arrancó coléricamente y se encerró con ella en el excusado de su casa, no precisamente a contemplar la efigie del candidato vencedor. Cumplida la terrible venganza fecal, se trasladó a la sala donde, en un rincón, permanecía la roja bandera que, junto con su libertad, le había devuelto el Comisario de Policía, la puso a media asta, se sentó en uno de los extremos del viejo y

desvencijado canapé y, con la cabeza entre las manos, comenzó a sollozar amargamente. El ruido de los sollozos llegó hasta los oídos de Zoila, su mujer, menuda y regordeta, con la cabeza erizada de marrones que, a la sazón, preparaba el almuerzo en la cocina: mazamorra con habas, tallos y alverjas, papas, carne y arroz, el "principio": pepinos rellenos y el indefectible dulce de ícaco.

— ¿Y esto qué le pasa, mijo? —dijo, acudiendo a la sala y sentándose al lado de su inconsolable cónyuge—. ¿Por qué llora en esa forma? Acaso ¿quién se murió?

— ¡Esto es terrible! ¡Espantoso! ¡Yo no resisto ya más..! ¿Por qué no me moriré pronto? —contestó Baltasar, con voz entrecortada por los sollozos y limpiándose con un pañuelo las lágrimas que brotaban de sus ojos y el humor que manaba de sus fosas nasales—.

— Se me pone que está llorando por lo de

las elecciones..., —replicó Zoila—. ¡No sea bobo, mijo! Luego ¿usted vive de la política? Vamos a ver: ¿qué le han dado los liberales? Si usted no trabajara en el Banco, ya nos habíamos muerto todos de hambre...

—No se trata de eso, mujer. —exclamó Baltasar, sin suspender el llanto—. ¿Cuándo entenderá usted que yo soy un hombre de ideas, de principios que quiere ver al pueblo en el poder? Y otra vez nos derrotaron estos godos arrastrados, a punta de fraude y de violencia...! A mí ni siquiera me dejaron votar... ¡Con las ganas que tenía...! ¡Qué vergüenza con el General Herrera: no haberle podido hacer ese homenaje...! ¿No es para morir de la furia?

— ¡Cálmese, mijo! —repuso Zoila, poniéndole una mano en el hombro—. ¿Qué podemos hacer? Con lágrimas nada se compone... Resérvelas para cuando yo me muera...

— ¡Usted no se muere nunca! ¡Todos

enviudan menos yo...! —respondió Baltasar, empezando a encolerizarse—.

— ¡Ah, muy bonito! ¿De manera que ahora yo voy a pagar el pato, como siempre? —preguntó Zoila—. ¿Qué culpa tengo yo de que haya ganado el General Ospina?

— ¡Le prohibo terminantemente que pronuncie el nombre de ese godo de mala clase en esta casa! ¡Ya lo sabe!—ordenó Baltasar, alzando la voz —. ¡Vaya al excusado y vea como dejé el retrato...! ¡Es lo único que merece...!

— Yo, en todo caso, me voy para la cocina a seguir haciendo el almuerzo... —dijo Zoila—. Mire las horas que son y la mazamorra no ha hervido todavía... Pueda ser que no se me hayan quemado las papas... Pero convénzase, mijo, de que los godos no se dejan tumbar con papelitos y de que los de arriba estarán siempre arriba y los de abajo, abajo...

— Me parece muy bien que se vaya y me deje tranquilo, "con mi dolor a solas", como en el pasillo... —repuso Baltasar—. Discutir con mujeres es tanto como tratar de desocupar el mar con una totuma... ¡Su puesto está en la cocina!

Al acceso de llanto siguió uno de ira. Baltasar se frotó frenéticamente las manos, golpeó el suelo con los pies furiosamente, se mordió los labios hasta hacérselos sangrar, se arrancó varios mechones de cabello y le dio unos cuantos cabezazos a la pared, que le produjeron otros tantos chichones. Apaciguado, al fin, se cuadró marcialmente ante el retrato del General Uribe Uribe que pendía del muro y exclamó con militar acento: "¡Firmes, mi General! Bolívar dijo que el arte de vencer se aprende en las derrotas. Ya vendrán mejores días. Tarde o temprano le tocará al pueblo y entonces será el crujir de dientes...!". Le hizo una profunda venia a la efigie del héroe de Peralonso, volvió a limpiarse los ojos y la nariz con el pañuelo —que ya parecía el de un náufrago— y abandonó la sala.

— Vengo a comunicarle que hoy no voy a almorzar, ni esta noche a comer ni mañana a desayunar... —dijo, entrando a la cocina, donde Zoila, con los ojos enrojecidos por el humo, atizaba con una "china" la lumbre de la hornilla—. ¡He resuelto declarar una huelga de hambre indefinida, en señal de protesta por el inicuo atropello de que ha sido víctima el gran partido liberal...! —agregó en tono oratorio—.

— ¡Era lo único que faltaba...! —replicó Zoila—. Con eso lo va arreglar todo y su General Herrera se va a sentar en la silla presidencial... No me haga reír, que tengo un labio partido... Si no quiere comer, no coma... Yo no lo puedo obligar... Como decía mi abuela: el hambre lo hará comer y el sueño lo hará dormir... ¿Para qué me casaría yo con un político? Su mugrosa politiquería me tiene hasta la coronilla...! ¿Qué sacamos nosotros de eso?

— ¡Sacar! ¡Sacar! ¡Sacar! —gritó Baltasar, con el rostro congestionado—. Usted no piensa

sino en eso... Por eso me saca a mí hasta el último centavo... ¡Y todas son iguales...! La bestialidad suya fue casarse con un romántico, con un idealista como yo y la mía casarme con una mujer interesada como usted, que no piensa sino en la plata... ¿Qué tendría yo en la cabeza para cometer semejante disparate?

— De disparates es mejor que no hablemos... —respondió Zoila—. ¡Jesús tenéme la boca! Usted haga lo que se le dé la gana y a mí déjeme en paz...!

Baltasar se marchó, sin despedirse de su mujer, en dirección al Banco donde —hacia varios años— y con una asignación de cuarenta pesos mensuales, desempeñaba el cargo de Cajero Auxiliar, situado en la acera occidental de la Segunda Calle de Florián (hoy Carrera 8a. entre Calles 12 y 13).

Tan pronto como lo vio entrar, salió a su encuentro el señor Peña quien, por un capricho de

su sistema piloso, ostentaba unos frondosos bigotes que contrastaban con su calvicie, Jefe de Cuentas Corrientes de la entidad bancaria y conservador de "tuerca y tornillo". Con los brazos tendidos y haciendo cara de aflicción, avanzó hasta él: — ¡Mimás sentido pésame! —le dijo, irónicamente—. No sabe cómo lo he pensado... Porque una derrota así debe ser terrible... Pero hay que tener resignación, mucha resignación...

— ¿Sabe, señor Peña, que sus chistecitos no me hacen ninguna gracia? —preguntó, iracundo Baltasar—. Usted todo lo tiene flojo, desde la caja de dientes hasta los chistes, pasando por lo demás... ¿Cómo no nos iban a ganar con el fraude monstruoso que hicieron? Pero el que ríe de último, ríe mejor...

— Pero usted, por lo que veo, ha llorado como una Magdalena... —replicó el señor Peña—. Tiene los ojos como dos tomates...

— Que haya llorado o no, eso a usted no le

importa...! —repuso, cada vez más colérico, Baltasar—. ¿O no tengo derecho?

— ¡Claro que lo tiene! Y no es para menos... Pero no se sulfure. ¡Hay que saber perder! —respondió el señor Peña, en tono conciliatorio y haciendo mover nerviosamente la dentadura postiza—. Unas vienen de cal y otras de arena...

— La cal es la que nos echan ustedes los godos a los liberales en los ojos cuando vamos a votar... Y no me haga perder más tiempo, que tengo mucho que hacer... —manifestó Baltasar, cortando el diálogo—.

Se dirigió a su ventanilla, se despojó de sus prendas: sombrero de fieltro, abrigo y bastón y se dispuso a reanudar la rutina de pagar cheques, contar dinero, recibir consignaciones. Pero mientras lo hacía, no dejaba de pensar en la derrota electoral. Y decía mentalmente: "¡Qué vaina, maldita sea! ¡Qué vainonón! Y ahora ¿quién va a aguantar a Casiano? Debe estar hecho unas

pascuas... Ya oigo todo lo que me va a decir... Pero lo voy a frenar en seco... El que pega primero, pega dos veces... Antes de que empiece a decirme algo, le voy a decir cuatro verdades... Me va a oír... Y se va a quedar mudo... Pero de todos modos esto fue la catástrofe, la debacle... ¿Cuándo llegará el pueblo al poder? ¿Cuándo, Dios mío, cuándo?".

— ¡Hola, don Baltasarcito! —le dio un cliente mientras le hacía entrega de un cheque—. ¿Cómo le fue de elecciones?

— ¿Cómo quería que me fuera? ¡Como a los perros en misa! —contestó ásperamente Baltasar, clavándole a su interlocutor una mirada homicida—. Y le ruego el favor de que, al menos por hoy, me suspenda el diminutivo... El palo no está para cucharas...

A las 6 de la tarde se encaminó a la "Botella de Oro". Casiano Pardo, sentado en una mesa contigua al mostrador, lo esperaba eufórico, con

una amplia sonrisa de satisfacción en el rostro y una copa de brandy en la mano. Baltasar, resuelto a ejecutar el plan de batalla que se había trazado, se acercó: — ¡Por favor! No me vas a decir nada... Ni a pedirme que brindemos por el triunfo del tal General Ospina... El triunfo no fue de él sino del fraude, de la violencia, de la coacción... Ya sé que los liberales perdimos, pero perdimos con honor... Y el pueblo llegará al poder algún día...

— Pero si yo no he dicho nada... — respondió Casiano—.

— No has dicho pero vas a decir... —dijo Baltasar—. Me basta verte para imaginarme lo que estás pensando... Estás feliz ¿no es cierto? Pero no creas que yo estoy triste... Los liberales de Una somos muy machos y... y... estamos... acostumbrados a... perder... Sí..., a perder... siempre... —el llanto no lo dejó continuar; gruesas lágrimas comenzaron a descender por sus mejillas; se llevó el pañuelo a los ojos—.

— ¿Estás loco, Baltasar? —le preguntó Casiano, conmovido—. ¿Quién ha dicho que los machos lloran por cosas que ni les van ni les vienen? Si el General Herrera hubiera ganado ¿te habría nombrado Ministro? Dime: ¿te habría nombrado?

— Tú ya estás como mi mujer... —repuso Baltasar, sollozando todavía—. Yo no estoy detrás de ningún puesto... ¡Entiéndeme! Llora de rabia, de impotencia, de coraje... Y no llora por mí... Llora por este pueblo infeliz, analfabeto y muerto de hambre, que lo han explotado y engañado sin lástima toda la vida...

— Te entiendo muy bien —replicó Casiano—. Pero si Bolívar y Santander no pudieron arreglar ese problema, porque seguimos en las mismas ¿lo vas a solucionar tú? ¡Deja de ser pendejo!!

— ¿Ya comenzó a ofenderme? —preguntó Baltasar, suspendiendo el tuteo—. Tras de cotudo,

paperas... No sólo le roban el triunfo al General Herrera, sino que lo insultan a uno... Pero le advierto, de una vez por todas, que no estoy dispuesto a dejarme...

— Pero, hombre de Dios, no se exalte... — repuso Casiano—. ¡Qué geniecito! El que ha comenzado a ofender es usted... Yo me he limitado a darle argumentos para calmarlo, pero como usted no acepta nada...

— Sí ¡claro! los liberales somos unos brutos! Los inteligentes, los sabios, los genios son ustedes los godos... —exclamó Baltasar, ya en estado de ira—.

— Pues que le parece que sí, aunque le duela... —contestó Casiano, levantando el tono de voz—. ¿Ustedes han tenido a un José Eusebio Caro, a un Miguel Antonio Caro, a un Carlos Holguín, a un José Vicente Concha, a un Guillermo Valencia?

— Afortunadamente no —replicó Baltasar, energúmeno—, Y no nos han hecho ninguna falta... Pero, en cambio, hemos tenido a un Santander, a un Murillo Toro, a un Rojas Garrido, a un Santiago Pérez, a un Rafael Núñez...

— Ese no vale porque se volteó... —arguyó Casiano, interrumpiéndolo—. Mejor dicho: se arrepintió del error y entró por la senda del bien... Pero no sigamos discutiendo... Esta noche no tengo ganas de pelear...

— Yo, francamente, tampoco... —repuso Baltasar, ya en tono sosegado—. El golpe me dejó sin alientos... Además, tengo un apetito feroz. ¿Por que no vamos a comer al "Faisán Dorado"? —sonrió al acordarse de la huelga de hambre indefinida que, horas antes, le había anunciado a su mujer—. El dueño es un buen cliente del Banco y me ha dicho que cuantas veces quiera ir, solo o acompañado, lo puedo hacer, sin que me cobre un centavo... ¡Hay que aprovechar esa ganga!

— Sí, ¡qué caray!, el día de gastar, se gasta...  
—dijo Casiano, riendo—, ¡Vamos! Yo también tengo mucha hambre...

Baltasar pagó la cuenta. Casiano y él se levantaron de la mesa y salieron del café muy risueños. Agapito, el viejo camarero, le comentó al Administrador, señor Chaves: — Lo veo y no lo creo... Es la primera vez, en muchos años, que no pelean y que salen de aquí juntos y en paz...

— Sí... Hay que hacer una raya en el agua...  
—contestó el señor Chaves—. Porque este es un verdadero milagro...

El "Faisán Dorado", ubicado en la Calle 12 entre las Carreras 6a. y 7a. de la actual nomenclatura, era uno de los únicos restaurantes de la Bogotá de los años veinte. Un cocinero experto preparaba sabrosísimos platos internacionales y vernáculos y el costo de una succulenta comida, con vino, era de setenta centavos.

El huelguista de hambre, que le había notificado a su mujer su irrevocable determinación de no volver a comer para protestar por el inaudito atentado cometido contra los derechos de su partido, pidió una sopa de pescado y —no contento— un arroz a la valenciana, mientras que Casiano solicitó un ajiaco con pollo. El propietario, además, obsequió a los amigos con una botella de "Oporto". Los dos amigos comieron y bebieron en silencio, pero en la sobremesa, que fue muy prolongada, se desquitaron. Y el único tema, como de costumbre, fue la política.

— Tú venías prevenido y resuelto a defenderte, atacando ¿no es cierto? —le preguntó Casiano a Baltasar—. ¡Pero te equivocaste! Creías que te iba a enrostrar la derrota y a burlarme de ti... Se ve que no me conoces... Yo nací conservador y moriré conservador... Y como conservador disciplinado voté por el General Ospina... Pero, ante todo, soy un hombre práctico, realista, que no comulga con hostias de pergamino... Y no me hago ningunas ilusiones...

— Pues yo sí te confieso que tenía la de que el pueblo llegara al poder... —contestó Baltasar, dejando escapar un suspiro—.

— Ningún político de este país merece un suspiro tuyo y mucho menos una lágrima... —replicó Casiano—. "Olivos y aceitunos todos son unos"... Y en cuanto al pueblo que tanto te preocupa, dime: ¿Qué es el pueblo? Para mí es un rebaño de indios analfabetos y henchidos, de obreros ignorantes y desnutridos, de empleados impotentes como tú...

— ¡Alto ahí! —gritó Baltasar, dándole un violento golpe a la mesa, que hizo tambalear las copas ya vacías—. ¿De dónde saca usted que yo soy impotente? Tengo nueve hijos para probar lo contrario... ¡Más impotente será usted que no ha tenido ninguno...!!

— No me he referido a su impotencia sexual... ¡Entienda las cosas! —replicó Casiano, visiblemente enojado—. ¿Ve que con usted no se

puede hablar? Me referí a su impotencia para cambiar el sistema... Y en relación con la mía para tener hijos, le cuento que tengo varios naturales... ¡A mucha honra!

— Sí, sobre todo para ellos...' Debía darle vergüenza...! ¡Esa es la moral de los godos! "A Dios rogando y con el mazo dando"... —contestó Baltasar, ya más tranquilo con la aclaración de su amigo—.

— Le ruego que no se entrometa en mi vida privada, que es muy respetable... —dijo Casiano—. Pero sigamos... A palabras necias, oídos sordos... Decía que el pueblo no es más que un rebaño manso y sumiso, manejado por unos pastores audaces e inescrupulosos que son los políticos de uno y otro partido, que hacen con él lo que les da la gana...

— Ese será su concepto. El mío es muy distinto... —respondió Baltasar—. Para mí el pueblo es algo grandioso, sublime... Un

conglomerado de hombres libres, capaces de gobernarse a sí mismos, de dictar leyes para su beneficio, de impartir justicia entre ellos...

— ¡Soñar no cuesta nada! —replicó Casiano—. Eso no lo veremos ni tú ni yo —reanudó el tuteo—, ni nuestros hijos, ni nuestros nietos, ni nuestros bisnietos, ni nuestros tataranietos... Te apuesto lo que quieras que ningún hijo del pueblo quedará en el Gabinete del General Ospina... Ya veo la nómina: Don Jorge Vélez, el doctor Miguel Jiménez López, don Pomponio Guzmán, el doctor Esteban Jaramillo, el doctor Eduardo Restrepo Sáenz, el doctor Aquilino Villegas, algún Holguín que no falte, varios banqueros, ricachones y socios del Jockey Club... ¡Ellos son el pueblo soberano!

Baltasar no encontró argumentos para refutar los incontrovertibles de su amigo. La conversación languideció y los dos decidieron marcharse. Era ya la media noche cuando abandonaron el "Faisán Dorado". Baltasar se despidió del propietario y le agradeció la opípara cena.

— ¡No vale la pena! ¡Con muchísimo gusto!  
—repuso éste—. Ya sabe que esta es su casa y que puede volver cuando quiera... Eso sí, cuando yo necesite un sobregiro, le ruego que me ayude con Peña, el de Cuentas Corrientes... ¡Ayúdame que yo te ayudaré...! —agregó, guiñándole el ojo—.

— ¡Despreocúpese! —contestó Baltasar—. Yo soy íntimo amigo de Peña, nos entendemos muy bien y él hace todo lo que yo le pida... No es sino que usted me avise oportunamente... —y sonrió levemente porque recordó el desagradable incidente que, esa misma tarde, había tenido con su "íntimo amigo"—.

Hacía un frío intenso y una densa neblina envolvía la ciudad, lo que, obviamente, no constituía ninguna novedad en una urbe situada a 2.650 metros sobre el nivel del mar. Sin embargo, ambos amigos se quejaron de la temperatura, como lo hacen, sistemáticamente, los bogotanos.

— ¡Qué frío tan espantoso el que está

haciendo! —anotó, originalmente, Casiano—.

— Yo estoy completamente congelado... — comentó, con no menos originalidad, Baltasar—. Tengo las manos como un polar y no siento las piernas de la rodilla para abajo...

— ¡Al fin coincidimos en algo...! —dijo Casiano, sonriendo—. ¡Ya era hora!

— Y también ya es hora de que nos separemos, porque mañana hay que trabajar... — repuso Baltasar—.

En la esquina de la Calle de los Plateros con la Segunda Calle Real (hoy Calle 12 con Carrera 7a.), se despidieron con un apretón de manos. Baltasar se dirigió al sur y Casiano al norte, pues el primero vivía en una casucha situada en la Calle de la Peña (9a. entre Carreras 2a. y 3a.) y el segundo en una pensión de medio pelo ubicada en la Calle del Pecado Mortal (Calle 21 entre Carreras 1a. y 2a.).

Baltasar avanzó a grandes zancadas por la Calle Real, en parte para calentar su cuerpo entumecido y en parte para llegar rápidamente a su casa. Del "Café Roma", que funcionaba en el local del primer piso de una vieja casona, salió, tambaleándose, unborracho, vestido con el uniforme de los obreros del Acueducto, blandiendo un grueso tubo de 50 centímetros de longitud, por lo menos, quien encarándosele, vociferó estentóreamente: — ¡Viva el Feneral Pedro Lión Ospina! ¡Digo: el General Pedro Nel Ospina, ¡hip! ¡Viva el partido conservador!! ¡Viva Cristo Rey!, ¡hip! ¡Mueran los rojos herefes! Y si no le gustó, arranque pa rajarle la muía con este tubo...!

— Vea, señor, yo soy tan conservador como usted... —se atrevió a balbucir Baltasar, aterrado —.

— Pus antonces a gritar con yo, que par'eso el pueblo ganó las eleiciones ¡hip! —volvió a gritar el desconocido—. ¡Viva el Feneral Ospina!

— ¡Viva! —gritó Baltasar, muerto de miedo

— ¡Abajo el general Herreros, o como se llame...!!

— ¡Abajo! contestó, asustadísimo, Baltasar

— Hora si puede seguir su camino, compartidario, y me incanta muchisísimo que siamos de los mismos... ¡Güeñas noches! ¡hip!

— ¡Una feliz noche! —respondió Baltasar, con el acento de un condenado a muerte en el momento de recibir la noticia de que ha sido indultado—.

Y continuó su camino, sumido en las más amargas reflexiones: "Yo vivando al General Ospina y echándole abajos al General Benjamín Herrera... ¡Que él me perdone! ¡Ah, godos arrastrados! ¿Qué tal que me hubiera oído Casiano? ¡Cómo hubiera sido la risa...! ¡Oh,

democracia, bendita seas, aunque así nos trates...! —se decía, parodiando la frase del Maestro Valencia ante el cadáver de Uribe Uribe—.

Llegó a la Plaza de Bolívar, subió por la Calle de San Carlos, dobló por la de Las Aulas, cruzó por la de San Alberto hacia el Oriente; en la mitad de la cuadra un perro que dormía en un umbral se despertó con el ruido de sus pisadas y ladró en actitud amenazante. "Este gozque asqueroso debe ser también godo" —pensó— mientras se agachaba a recoger una piedra que, naturalmente, no encontró. Siguió subiendo por la Calle del Camarín del Carmen y luego por la del Cedro hasta llegar a la de la Peña donde, como se ha dicho, quedaba su casa: un inmueble destartalado que se llamaba así, simplemente porque no se había movido desde los temblores del 17.

Entró sigilosamente para no despertar a su mujer y a sus nueve hijos que dormían a pierna suelta, sin importarles un comino el triunfo del

General Ospina ni la derrota del General Herrera. Penetró a la alcoba conyugal y comenzó a desnudarse.

— Si tiene hambre, ahí le dejé la comida sobre la hornilla... —dijo, despertándose, Zoila y se volteó para el rincón—.

— Ya le dije, señora, que estoy en huelga de hambre... —contestó Baltasar—. ¡Y usted sabe que yo soy de una sola pieza...!

## Capítulo II

La casa de doña Tránsito Carrasco viuda del Coronel Teodosio Rosillo, (muerto heroicamente en Palonegro, por ahogamiento, pues presa del terror y para ponerse fuera del alcance de una patrulla liberal que lo perseguía, emprendió veloz carrera que vino a terminar en una profunda zanja donde se sumergió para siempre), situada en la Calle del Pecado Mortal, tenía las mismas características de todas las de la época: ventanas arrodilladas, portón con golpeador, zaguán, trasporten, vestíbulo, sala, cuarto de piano, cuatro dormitorios enladrillados, comedor con vidriera y seibo, excusado con tanque superior y cadena, cuarto de San Alejo, para guardar los "chécheres", cocina de hornilla, dos patios y solar con aljibe, brevo, retamo, cerezo con nidos de copetones y matas de yerbabuena, toronjil y ruda.

Como el único ingreso de doña Tránsito era la exigua pensión que recibía del gobierno (\$18.75), en su condición de viuda del

pundonoroso militar, no caído sino sumergido en pleno campo de batalla, notoriamente insuficiente para atender a sus necesidades, se había reservado uno de los dormitorios y alquilaba los tres restantes, Los inquilinos eran el "doctor" Hermelindo Acuña, un tinterillo septuagenario, enjuto y encorvado, que se sabía de memoria el Código Civil, pero que, no obstante, lo portaba permanentemente debajo del brazo, para disipar cualquier posible duda y su sexagenaria consorte, doña Filomena Reina, quien a pesar de la nobleza que denotaba su apellido, era una mujer profundamente innoble, ruin y ordinaria, poseedora de una lengua viperina, fabricante, al por mayor, de chismes y consejas. La señorita Azucena Melendro, natural de Ibagué, una jamona de edad indefinible, "virgen y por lo consiguiente, mártir" —como solía decir con una sonrisa melancólica—, de mirada lánguida y soñadora, anchas caderas y busto prominente, lectora apasionada de Vargas Vila y modista de profesión. Y, finalmente, el pequeño, obeso, blanco, chato, conservador y beato Casiano Pardo, solterón

empedernido y negociante en finca raíz, a quien ya conocemos suficientemente.

La alcoba de Casiano, situada en el patio principal, era una habitación estrecha, oscura y húmeda, con alacena y claraboya. El mobiliario consistía en un catre dorado, una mesa de noche en cuyo compartimento inferior reposaba una bacinilla de porcelana con tapa, un armario de espejo en el que guardaba sus tres únicos trajes, seis camisas, cinco corbatas, cuatro pares de calzoncillos agujereados, siete de medias varias veces remendadas, una docena de pañuelos y dos pijamas, una pequeña mesa habilitada de escritorio, un taburete de cuero, un mueble de tres pisos para colocar el platón, la jarra y el balde y un viejo baúl repleto de prendas femeninas íntimas: calzones y sostenes, que eran otros tantos trofeos obtenidos en sus conquistas amorosas; sobre cada uno de ellos aparecía pegada una etiqueta con el nombre de su antigua dueña y la fecha de rendición de la plaza: "Irene, 27 de febrero de 1921", "Soledad, 13 de septiembre de

1922", "Conchita, 8 de julio de 1923"; en algunas etiquetas podían leerse, debajo del nombre y la fecha, entusiastas comentarios como los siguientes: "¡Una noche realmente inolvidable!", "¡Qué maravilla de piernas!", "¡Las tetas más lindas que he visto en mi vida...!"; o anotaciones amargas como éstas: "¡Qué desilusión...!", "¡Demasiado fría!", "¡Flaquísima: un par de tijeras!", "¡Terriblemente insípida!", "La amada inmóvil...", "¡Qué chuzo...!". Una de las paredes estaba decorada con imágenes de santos: el Sagrado Corazón, el Divino Rostro, la Inmaculada Concepción, el Ángel de la Guarda, la Virgen del Carmen, San Antonio de Padua, San Judas Tadeo, Santa Rita de Casia y las Benditas Almas del Purgatorio, a todos los cuales les rezaba fervorosamente, puesto de rodillas, antes de dormirse, y en la otra veinte desnudos femeninos, tan escandalosamente impúdicos, que habrían hecho ruborizar a Casanova y que a Casiano le servían de aperitivo en esos días en que "somos tan lúbricos, tan lúbricos" y que para él eran los siete de la semana.

A las seis de la mañana sonó el despertador colocado sobre la mesa de noche. Casiano estiró el brazo para oprimir el botón que frenaba la impertinente campanilla, se restregó los ojos, bostezó y, sentado en la cama, hizo su acostumbrada gimnasia matutina, que consistía en extender diez veces los brazos y recogerlos otras tantas, se tiró del lecho después y, postrado de hinojos ante los santos y santas, vírgenes y almas benditas, les pidió que lo protegieran y ampararan en el nuevo día, luego besó y acarició lascivamente cada uno de los veinte desnudos que cubrían el muro opuesto, mientras les decía: "¡Hoy sí que amaneciste chusca!", "¡Qué senos tan divinos tienes!", "¿De quién es ese culo tan precioso?", "Estás que dices: ¡cómeme!" y así, dirigiéndoles sendos piropos a las veinte fotografías, recorrió la galería de derecha a izquierda, como lo hacía todos los días, invariablemente. Posteriormente orinó en el balde, pues la bacinilla estaba colmada con las secreciones renales de la noche, se lavó la cara y se rasuró, frente a un pequeño espejo que pendía

de la pared, aprovechando la luz mortecina que entraba por la claraboya, se vistió y salió de la habitación.

En ese preciso instante salió de la suya, que era la contigua, Azucena Melendro y se encontraron de manos a boca: — Buenos días, Azucena...

— Buenos días, señor Pardo...

— ¿Por qué no me dice Casiano, simplemente?

— En primer lugar me da pena y en segundo... ese nombre, no sé por qué, me produce risa...

— Yo sí sé por qué... Mí nombre es horroroso, pero desgraciadamente no tengo otro...

— Bueno, hagamos una cosa: de ahora en adelante le voy a decir Casi...

— ¿Entonces usted lo que quiere es quitarme la última sílaba? —repuso Pardo sonriendo—. Pero eso sí no se va a poder, porque me hace mucha falta...

— ¡Uy, tan grosero...! —contestó Azucena, ruborizándose—.

— Dígame como quiera, Azucena, pero suprimame el "señor" y el "don"... ¿No somos, acaso, vecinos y buenos amigos? Y usted está hoy hecha un pimpollo... ¡Lástima que sea tan indiferente...! ¿Cuándo me va a hacer una visita? —y la recorrió, de pies a cabeza, con una mirada audaz—.

— ¿Sí? Mire... —Azucena cerró el puño de la mano derecha, estiró el antebrazo y lo echó atrás con fuerza—. ¿Para que me muestre las monas esas empelotas que tiene en la pared y empiece a contarme cuentos verdes y a hacerme propuestas, como la otra noche? Yo soy pobre, pero digna...

— La dignidad no deja sino remordimientos... —replicó Casiano—. La vida es muy corta y hay que aprovecharla... El que guarda, guarda pesares...

— ¡Azucena! ¡Azucena! Tenga mucho cuidado con don Casiano...! —gritó doña Filomena de Acuña, desde la puerta de su aposento, envolviendo a la pareja con una mirada feroz—. Yo sé cómo se lo digo...

— ¿Cuándo dejará usted de meterse en lo que no le importa? —gruñó el "doctor" Acuña, saliendo en pos de su mujer, mirando por encima de sus anteojos y con el indefectible Código Civil debajo del brazo—.

— Pues qué le parece que sí me importa... — exclamó doña Filomena, clavándole a su cónyuge una mirada de víbora—. Porque yo tengo que velar por la decencia en esta casa...

— Pero acaso ¿qué indecencia he cometido

yo? —preguntó Casiano—.

— ¿Sí? ¿Le parece poco? Como yo sí alcancé a oír todo lo que le estaba diciendo a Azucena... Eso de que "el que guarda, guarda pesares", ¿qué quiere decir? —replicó doña Filomena con cara de dignidad ofendida—.

— Yo me refería a toda la ropa que tiene Azucena, sin estrenar, y le decía que se la pusiera, porque cualquier día de estos se la podían robar...

— No me venga con timbilimbas... Yo lo conozco mucho a usted y sé por dónde va el agua al molino... —respondió doña Filomena—. En todo caso usted, Azucena, ¡cuídese! ¡Los hombres son terribles! Y usted, don Casiano, recuerde que esta es una casa habitada por gente pobre pero honorable...

— Yo me sé cuidar muy bien, doña Filomena... —dijo Azucena, con el rostro arrebolado—.

— Hoy sí que amanecieron conversadores...  
—manifestó doña Tránsito, la dueña de casa, irrumpiendo en el patio, procedente de la cocina —. No se han callado desde que se levantaron... El desayuno está ya servido... Háganme el favor de pasar al comedor, que se les enfría...

Los cuatro comensales ocuparon sus puestos de costumbre en la mesa y, silenciosamente, comenzaron a despachar el desayuno, compuesto por una taza de "changua" (con mucha sal y poco cilantro), una taza de café con leche y un pan de dos centavos. Mientras Casiano consumía las frugales viandas, recordó que aquél día era lunes, día de las ánimas; que doña Tránsito y doña Filomena, irían a misa de 9 a la Capilla del Cementerio, Azucena se marcharía temprano a los almacenes de la Calle de San Miguel, con el fin de comprar telas y el "doctor" Acuña se trasladaría a los Juzgados para notificarse de los autos recaídos en los procesos en que actuaba como apoderado. La casa, por tanto, quedaría sola y él dueño del campo. ¡Había que aprovechar! Recientemente

había conocido a Chavita, una joven pispireta y coquetona, de ojos vivaces, larga cabellera negra y con el rostro tachonado de lunares, que trabajaba como empleada en la floristería "El Jazmín", situada en la Calle de las Béjares. ¡Una buena presa para el desafortunado cazador! Pocos días antes la había invitado a matinée, al Teatro Faenza, ubicado en la Calle de los Tres Puentes y la había notado muy mansita, como que se había dejado besar y acariciar, sin ninguna protesta. ¡El fruto estaba maduro y a punto de caer!

Después de los consabidos comentarios sobre el estado del tiempo y la carestía ("Tienen la cachaza de pedir un centavo por un huevo...! ¿A dónde vamos a parar?" —apuntó, consternada, doña Tránsito—), los comensales se levantaron de la mesa. Casiano esperó a que se marcharan la casera y doña Filomena, Azucena y el "doctor" Acuña y se encaminó, a pasos rápidos, a la floristería "El Jazmín".

— ¿Cómo estás, mi linda? —dijo, saludando

a Chavita, quien se encontraba preparando una canasta—. Claro que la pregunta sobra, porque estás preciosa... ¿Por qué no pides un permiso de media hora y me acompañas hasta la casa, que necesito mostrarte una cosita? Es aquí no más a tres cuadras...

— ¿Y cuál es la cosita que me vas a mostrar? —contestó Chavita, sonriendo con picardía—.

— Una cosita..., una cosita... —replicó Casiano—. Te garantizo que te va a gustar... ¡Quítate el delantal, ponte el abrigo y te espero en la esquina dentro de cinco minutos...!

— Bueno, será... —respondió Chavita—. Pero no nos demoramos, porque yo estoy muy ocupada... Voy a decirle a la dueña... Pueda ser que me deje ir...

— Te prometo que en media hora estás desocupada... —dijo Casiano—. En la esquina te

espero... —y salió de la floristería— .

Tres minutos después se reunieron y comenzaron a avanzar con dirección a la casa de doña Tránsito. Casiano la miraba libidinosamente, le apretaba el brazo con furia, tratando de aprisionarle el seno derecho. Ella, ligeramente asustada, se limitaba a sonreír pudorosamente y aparentemente rechazaba las apasionadas caricias de su impaciente galán. Llegaron, al fin, jadeantes. Casiano abrió el portón, recorrió el zaguán —seguido por Chavita— luego el trasporten y ambos se dirigieron a la alcoba de aquél. Casiano cerró la puerta tras de sí, colocó la falleba en la argolla, se quitó el saco y la corbata y, como un garañón, se precipitó sobre Chavita, cubriéndole de besos el rostro y el cuello y pugnando por despojarla del abrigo, mientras le decía: — ¡No hay tiempo que perder! Tenemos que apurarle antes de que llegue gente... ¡Desnúdate, por favor!!

— ¿Y esa era la cosita que me ibas a mostrar? —preguntó Chavita, con falsa ingenuidad

y fingiendo todavía resistencia—.

— Ahorita te la muestro... ¡Y te va a fascinar!

Comenzaron a caer al suelo, lentamente, el abrigo y el traje de ella, la combinación, las medias, el "brassiere", los calzones... y la camisa, la franela, el pantalón y los pantaloncillos de él. Casiano, una vez desnudo, abrió la alacena de la que sacó una sábana con la que cubrió las imágenes de los santos, a tiempo que les decía: "Les ruego que me comprendan y me perdonen... La culpa es de esta maldita carne... Confío también en que me ayuden en este trance, para no quedar mal...". Y se santiguó devotamente. Luego condujo a Chavita, quien se tapaba pudorosamente los pechos con una mano y el monte de Venus con la otra, hasta el catre dorado y la invitó a que se tendiera en él, mientras la besaba y acariciaba lujuriosamente. Durante varios minutos sólo se oyeron en la habitación los ruidos producidos por el crujir convulsivo del catre, el chasquido de los

besos y la respiración anhelante de los dos enamorados.

— Bueno, caballero, muchísimas gracias y que perdone lo mal atendido... —dijo Chavita, con graciosísima sorna, inmediatamente después de que todo se hubo consumado—.

— ¿Mal atendido? —preguntó Casiano, sonriendo— ¡No seas modesta, muñeca! Te pareces a una de las violetas de tu floristería... ¡Todo lo contrario: divinamente atendido! ¡Mejor, imposible...! Tú eres una mujer maravillosa y he pasado un rato estupendo... Tenemos que repetirlo próximamente... Pero vistámonos pronto, que no demoran en volver la vieja Tránsito y la vieja Emperatriz... Y ¿quién las aguanta si te encuentran aquí? Voy a pedirte un favor especial...

—¿Otro? —preguntó Chavita—. ¿No dices que tienes tanto afán?

— Es uno pequeñito, comparado con el que

me acabas de hacer... —respondió Casiano—. Quiero que me regales o me vendas tus calzones...

— ¿Mis calzones? —preguntó, muy sorprendida, Chavita—. ¿Y eso para qué?

— Lo que sucede es que yo soy coleccionista... —repuso Casiano—. Tengo esa chifladura...

— ¡Qué chifladura tan rara! —exclamó Chavita—. Pero ¿cómo voy yo a salir de aquí sin calzones? Con el frío que está haciendo...

— Eso no tiene importancia... En el primer almacén que encuentres, compras unos... Yo te doy el valor... —contestó Casiano—.

Chavita, en un acto de resignación cristiana, accedió al capricho de Casiano, le hizo entrega de su rosada prenda interior y recibió de éste la suma de \$1.50 que entonces valía una igual. (Posteriormente apareció adherida a los calzones de Chavita una etiqueta, con la siguiente leyenda:

"Chavita, 28 de enero de 1924. ¡Una real hembra!" y con los de la empleada de la floristería "El Jazmín", la colección del fetichista alcanzó la envidiable suma de 287).

Los dos amantes se vistieron apresuradamente y abandonaron la respetabilísima casa de doña Tránsito Carrasco viuda de Rosillo. Cuando descendían por la Calle del Pecado Mortal, Casiano alcanzó a ver a Azucena quien, cargada de paquetes, subía con rumbo al susodicho inmueble. Rápidamente Casiano soltó a Chavita, pues la llevaba fuertemente asida del brazo, puso cara de seriedad y le dijo a su vecina de habitación: — ¡Dichosos los ojos que la ven... Las compras, por lo visto, estuvieron muy buenas... Aquí le presento a mi prima, que vino a..., que vino a... traerme un encargo...

Las dos mujeres se miraron, de pies a cabeza, con esa mezcla de curiosidad y rabia, con que lo hacen todas en el momento de conocerse; se tocaron leve y recíprocamente los hombros y

dijeron, al mismo tiempo: "¡Encantada!".

— Pero yo no le conocía a usted esa prima...  
—dijo Azucena, con una sonrisa incrédula—.

— Sí, hacía tiempos que no me visitaba... —  
replicó Casiano, con un ligero temblor en la voz  
—. Es una chica, muy digna, muy hacendosa, muy  
recatada... ¡Un puñado de virtudes...!

— Se vé, se vé... —contestó Azucena, en  
tono irónico—. Bueno, yo me voy porque tengo  
que cortar un vestido para un matrimonio... Hasta  
luego, Casi... Casi no me acuerdo de su nombre...  
Hasta luego, señorita... —agregó, acentuando el  
título sarcásticamente—.

— Hasta luego... —respondieron Casiano y  
Chavita, al unísono—.

— ¡A ésta no se le escapa nada...! ¡Es una  
lanza! —dijo Casiano, ya libre de su vecina—. Te  
juro que sospechó lo que estábamos haciendo...  
Pero ¡qué nos importa! Para eso estuvimos

felices... ¿A dónde vamos ahora a comprar tus calzones?

— ¿Cómo se te ocurre? —preguntó Chavita —. ¿Contigo? ¡Qué diría la gente...! ¿Para que después hablen de mi honor? —y se separaron en la puerta de la floristería —. El viernes siguiente, que era el primero del mes, Casiano —corroído por el remordimiento— fue a confesarse a la Iglesia de San Francisco, con el Padre Ciríaco Antorveza, un franciscano español, a quien mensualmente le revelaba sus pecados que, naturalmente, eran los mismos del mes anterior.

— ¡Hola, hijo! Ya suponía que vendrías hoy... Rezad el "Yo Pecador" y decidme vuestros pecados... —le ordenó el Padre Ciríaco—.

— Los de costumbre, Padre, los de costumbre... —contestó Casiano—.

— ¿Cómo los de costumbre? —preguntó el Padre Ciríaco—. Sois todo un fresco... ¿No os da

vergüenza? Pero abreviemos... Decidme los que hayáis cometido últimamente...

— Acúsome, Padre, de haber fornicado... — dijo Casiano—.

— ¿Cuántas veces? —preguntó el Padre Ciríaco—.

— Desgraciadamente no fue sino una... — repuso Casiano—.

— ¡Qué desfachatez! ¡Qué cinismo! — replicó el Padre Ciríaco—. ¿Habríais preferido entonces que hubieran sido varias?

— Yo, sinceramente, sí... —respondió Casiano—. Su Reverencia no se imagina la clase de mujer...

— ¡Callad, desvergonzado! —dijo, interrumpiéndolo, el Padre Ciríaco—. No contento con ofender a Dios, me estais irrespetando a mí...

— Me he limitado, Padre, a contestar a su pregunta... —respondió Casiano—.

— Sí, pero no necesitabais dar explicaciones que a mí no me importan... —contestó el Padre Ciríaco—. ¿Quién es ella?

— No me creo obligado a darle el nombre a Su Reverencia... —repuso Casiano—.

— Eso creéis vos, yo pienso otra cosa... ¡Vamos! Si no me dais el nombre y la dirección, ¡yo me negaré a absolveros! —replicó el Padre Ciríaco, en tono enérgico—. Es una oveja descarriada y mi misión es atraerla al redil nuevamente...

— Siendo para eso, con mucho gusto... —respondió Casiano, sonriendo maliciosamente—. Se llama Isabel Munévar... No sé donde vive, pero trabaja en la floristería "El Jazmín", de la Calle de las Béjares...

— Conozco esa floristería... —dijo el Padre

Ciríaco, mientras anotaba en una libreta el nombre y la dirección—. Pero decidme: ¿tiene esa mujer algún encanto especial? Quiero decir ¿es tan guapa como para encender en el pecho de un hombre la hoguera de la pasión?

— No sólo en el de uno sino en el de varios... —contestó Casiano—. Tiene una linda cara y un cuerpo hermosísimo... Si usted, Padre, la viera...

— ¡Basta! ¡Basta! —replicó el Padre Ciríaco—. ¡Huid de ella! El demonio suele adoptar la forma de una mujer bonita para tentar a los hombres y perderlos... Prometedme no volver a verla... Yo la buscaré para convencerla de que el camino por donde va conduce al infierno... Decidme ahora: ¿hubo entre vosotros comercio carnal?

— Pues comercio, lo que se llama comercio, no lo hubo, porque yo no le di un centavo ni antes ni después... —respondió Casiano—. Pero sí

tuvimos relaciones sexuales...

— ¡Horrendo pecado! —exclamó el Padre Ciríaco—. Arrepentios sinceramente de él y pedidle a San Luis Gonzaga que os ayude a refrenar vuestros instintos animales y a San José que os haga tan casto como él... ¿Pero me decíais que no le disteis dinero?

— No, Padre, fue puro amor... —contestó Casiano— .

— ¿Amor habéis dicho? ¿Y puro, además? —preguntó el Padre Ciriaco—. ¡insensato! No profanéis esa palabra, que tiene origen divino... El verdadero amor sólo puede existir dentro del matrimonio... No lo confundáis con la lujuria... Sin embargo, el hecho de que esa mujer no os hubiera exigido que la retribuyerais económicamente, indica que no es una prostituta... ¡Tanto mejor! —añadió, con un entusiasmo que a Casiano no le pasó inadvertido—. Deseo ahora que me digáis: ¿la conquista fue rápida y fácil o, por el contrario,

lenta y difícil?

— Rapidísima y facilísima, Padre... — contestó Casiano— Un helado donde la Chata Dorotea, un peto en La Irlanda", un "marzo" de Paulina Gracia y una invitación a matinée, fueron suficientes...

— ¡Bien! ¡Muy bien! —comentó el Padre Ciríaco—. Decidme finalmente: ¿es una mujer ardiente, impetuosa?

— Ambas cosas, Padre... —respondió Casiano—. No se imagina, Su Reverencia, el rato tan estupendo que pasé...

— ¡Suprimid los comentarios! —ordenó, severamente, el Padre Ciríaco—. ¡Vergüenza debía daros...! En todo caso, los datos que me habéis dado me serán de gran utilidad para salvar el alma de esa desdichada pecadora... ¿Habéis cometido algún otro pecado?

— No se me ha presentado la oportunidad de

fornicar en estos últimos días... —replicó Casiano—. Pero me acuso de haberme dejado llevar por la ira en mis discusiones políticas con Baltasar Riveros y haberlo injuriado...

— ¡Eso no es ningún pecado! ¡Vamos! —dijo el Padre Ciríaco—. Todo buen católico está obligado a defender la religión con la vehemencia que sea necesaria y todo buen ciudadano a defender los principios del partido conservador y tratar de convencer a los herejes de su error... Haciéndolo, le habéis prestado un servicio a Dios... ¿Os acordáis de algo más?

— Bueno... De haber deseado la mujer de mi prójimo... —respondió Casiano— Yo deseo todas las mujeres bonitas que veo... No sé si serán de mi prójimo o no... Pero que las deseo, las deseo... No lo puedo evitar...

— ¿De manera que no os basta con poseer a las que se os entregan, sino que, además, deseáis a las otras? —preguntó el Padre Ciríaco—. ¡Sois un

pecador redomado! ¿Cuándo vais a salir de ese círculo vicioso de pecados y confesiones?

— Yo creo que nunca, Padre... —contestó Casiano—. Tengo una carne demasiado débil...

— Lo que tenéis demasiado endeble es la voluntad... —afirmó el Padre— ¿De qué creéis que estoy hecho yo? ¡Coño! Pues de la misma carne vuestra... ¿Dónde está vuestro propósito de enmienda? ¿Por qué no os casáis para resolver vuestro problema sexual?

— ¡Todo menos eso! —exclamó, vivamente, Casiano—. Impóngame, Su Reverencia, cualquier otra penitencia... Además, yo no creo que un problema se resuelva con otro mucho más grande...

— ¡Seguid, entonces, en vuestra vida licenciosa y disoluta...! —replicó el Padre Ciríaco—. Ya os veo en los profundos infiernos y a vuestro lado un demonio tratando de arrancaros, con unas tenazas al rojo blanco, ese miembro

maldito que sólo habéis utilizado para ofender a Dios... Como penitencia os impongo la prohibición de ver en lo sucesivo a vuestra copartícipe en el pecado... ¡De ella me encargaré yo! ¡Rezad, además, veinte Padre Nuestros y diez Ave Marías y dadme, por último, el dinero que tengáis en efectivo para los gastos del culto...! —y le impartió la absolución—. Os espero, sin falta, el próximo Primer Viernes... —agregó, mientras Casiano le hacía entrega de los \$4.65 que portaba consigo, se santiguaba devotamente y se retiraba del confesionario—.

En la puerta de la iglesia se encontró con su viejo amigo Nicasio Figueredo, tan godo y beato como él: — Se me pone que ya te confesaste... Yo vengo a lo mismo... Se me iba haciendo tarde, pero si no hay muchas beatas, alcanzo a comulgar en la misa de doce... Tú siquiera ya saliste de eso... Se te vé la felicidad en la cara... ¡Bendito sea Dios!

— El que debe estar feliz con los datos que le di es el Padre Ciríaco... —respondió Casiano,

sonriendo con picardía y se despidió de su amigo —.

El 29 de febrero de 1924 murió el General Benjamín Herrera. La pena de Baltasar Riveros no es para ser descrita. Su dolor fue mucho, muchísimo más intenso y acerbo que el que había sentido, quince años antes, con la muerte de su madre. Tan pronto como se enteró de la espantosa noticia, voló a la tintorería "La gran solución", situada en la Calle del Palomar del Príncipe y mandó teñir de negro su viejo traje gris; adquirió un bombín o "media calabaza" en el Almacén Touchet; compró una docena de claveles rojos, porque el valor de una corona excedía a sus posibilidades pecuniarias; le colocó una cinta negra a la roja bandera que mantenía en la sala de su casa; pintó de negro su amarillo bastón; se anudó la corbata más negra que halló en su ropero; descolgó el retrato del difunto que decoraba una de las paredes de su alcoba y lo cubrió de besos y lágrimas, mientras decía: "¡Padre: ¿por qué me has abandonado? ¿Por qué dejaste huérfano a tu

pueblo? ¿Qué va a ser ahora de nosotros? Definitivamente Dios no existe... Y si existe, es godo... Porque sólo un godo puede permitir que se muera un genio como tú..."; se arremangó los pantalones para que parecieran a media asta y, empuñando en la diestra la bandera enlutada y en la siniestra los claveles y el bastón, se encaminó al Capitolio Nacional donde yacía, en cámara ardiente, el cadáver de su ídolo.

Allí permaneció, montando la guardia, dieciocho horas continuas, de pie sobre el pozo formado por sus lágrimas, circunstancia a la que Zoila, su mujer, atribuyó el reumatismo que le sobrevino meses después. ¿Cuántas gotas del humor segregado por sus glándulas lacrimales rodaron por sus mejillas, primero, y por su traje, después, hasta formar el lago en que estuvieron sumergidos sus zapatos durante tanto tiempo? ¿Cuántos sollozos sacudieron dolorosamente su cuerpo? ¿Cuántos suspiros desgarradores se escaparon de su pecho? ¿Cuántos recuerdos gloriosos emergieron del fondo de su memoria?

¿Cuántas esperanzas e ilusiones sepultó en esas horas interminables? ¿Cuántas maldiciones y blasfemias le dictó su impotencia? Sólo el Departamento Administrativo Nacional de Estadística —que entonces no existía— habría podido suministrar unas cifras aproximadas.

Orgullosamente envuelto en los pliegues de su bandera, el alma destrozada y los ojos tan anegados como los pies, se incorporó al cortejo fúnebre y acompañó al General, civil y militarmente derrotado en todas las campañas que emprendió, hasta el Cementerio Central donde oyó, impertérrito, los 17 discursos pronunciados por 6 oradores oficiales y 11 espontáneos en honor del ilustre finado. Después se abrió paso por entre la muchedumbre, llegó hasta el sitio en que fue sepultado y arrojó, dramáticamente, la docena de claveles rojos sobre el féretro y, por espacio de diez minutos, lloró a moco tendido, mientras decía: "¡Lástima de mi General, tan buen General que era...! ¿Quién conducirá ahora el pueblo al poder? Tú, mi General, tú... (y perdóneme que lo

tutee) seguirás impartiendo, desde la tumba, tus consignas de victoria y los hijos de ese pueblo que tanto amaste las obedeceremos ciegamente y pronto, muy pronto los campesinos, los obreros, los empleados bancarios —como yo— empuñaremos las riendas del gobierno...". Concluido el elocuente monólogo, guardó un minuto de silencio tan largo que equivalió, por lo menos a cinco, inclinó la bandera enlutada, con solemne lentitud, por tres veces, sobre la sepultura, exhaló un suspiro con caracteres de huracán y paso a paso, con la cabeza inclinada, abandonó el Cementerio.

Abordó un tranvía de franja blanca que lo condujo por el Camellón de la Alameda (Carrera 13) hasta el de los Carneros (Calle 15) y luego por la Calle Real hasta la Plaza de Bolívar, donde se apeó y a pie se dirigió a su casa, con el fin de guardar la bandera.

— ¿Cómo le fue, mijo? —le preguntó Zoila, dándole un beso en la mejilla—. ¿Que tal estuvo el

entierro?

— ¡Imponente! ¡Majestuoso! ¡Colosal! Tan bueno que parece que lo van a repetir... —contestó Baltasar—. ¡Un millón de personas! (Bogotá tenía, en esa época, 200.000 habitantes). ¡Ciento cincuenta coches repletos de coronas! (apenas había treinta en la ciudad). ¡No sé cuántas bandas! ¡Todos los masones con su escuadra y su mandil! ¡Diecisiete discursos en el Cementerio! ¡Algo nunca visto! Vamos a ver si al viejo Ospina, cuando se muera —y Dios quiera que sea pronto— le van a hacer uno igual... Bueno..., yo vine únicamente a dejar la bandera, porque es una imprudencia andar con ella... Ya ve lo que me pasó el otro día... Me voy a la "Botella de Oro", que allá debe estar Casiano esperándome... Y hoy tenemos mucho de qué hablar... ¿Los chinos hicieron ya las tareas? ¡Déles la comida temprano y hágalos acostar! Yo no me demoro... ¡Adiosito! —le dio a Zoila uno de aquellos besos de compromiso que los maridos les dan a sus mujeres después de 9 hijos y se marchó—.

Casiano, como se lo había imaginado Baltasar, lo esperaba en una de las mesas del café. El luto riguroso de su amigo, el abatimiento y la depresión que se reflejaban en su rostro, sus movimientos tristemente pausados, lo hicieron exclamar: — Pareces un chulo apaleado... Ni que se hubiera muerto tu papá...

— No te burles de mi dolor... —repuso Baltasar—. Y no te equivocas cuando dices que doy la sensación de un huérfano... Porque yo consideraba al General Herrera como a mi padre... El era el padre del pueblo y yo soy hijo de este pueblo...

— El único padre de este pueblo y de todos los pueblos es Dios Nuestro Señor... —replicó Casiano—. ¡No digas blasfemias!

— Ya saüó el godo camandulero... Se había demorado... —respondió Baltasar, comenzando a encolerizarse—. ¿Usted cree que a un pobre pendejo le van a hacer el entierro extraordinario

que le hicimos hoy al General?

— Como carnaval estuvo muy bueno... — contestó Casiano—. ¡Banderas coloradas! ¡Carrozas alegóricas! ¡Los herejes disfrazados de masones! Parecía un desfile del Circo Dumber... No les faltó sino echar voladores... ¡Ahí están pintados los liberales!!

— ¡Claro que ahí estamos pintados...! — exclamó Baltasar, dándole un primer golpe a la mesa—. Porque nosotros sí honramos la memoria de nuestros jefes, mientras que ustedes —los godos— los tumban y se ceban en ellos como hicieron con el pobre viejo Marco Fidel, por el crimen de haber vendido unos sueldos...

— Dígame una cosa: ¿Se puede saber qué herencia le dejó su padre? —preguntó Casiano, ya sulfurado—.

— Pues no me dejó plata, porque él tampoco la tenía.... —replicó Baltasar—, alzando la voz y

dándole a la mesa un segundo y violento golpe, que produjo el derramamiento del café servido en los pocillos de los amigos—. Y no la tenía, porque nunca se robó un centavo... Pero me dejó, en cambio, sus ideas, sus principios, el ejemplo de su vida...

— Su General no tenía ningunas ideas ni ningunos principios... A duras penas sabía leer y escribir... —repuso, iracundo, Casiano—. Lo único que se le ocurrió decir en su vida fue la pendejada esa de: "La patria por encima de los partidos"... ¡Y eso lo dice cualquiera! Lo único que, realmente le dejó al país fueron los 100.000 muertos de la guerra de los Mil Días... Porque los responsables de esa mortandad fueron él y el General Uribe Uribe...

— A quien ustedes mandaron asesinar... ¡Godo arrastrado! —respondió Baltasar, trémulo de rabia—.

— El arrastrado es usted, que se arrastra a

los pies de cualquier chafarote analfabeto...! — gritó, fuera de sí, Casiano—. Y de asesinos, más bien, no hablemos... ¿Usted sabe quién mandó matar al Mariscal Sucre?

— ¡Debió ser algún godo asesino...! Y me perdona el pleonasma... —contestó, coléricamente, Baltasar—.

— Pues fue un gran jefe liberal, uno de los proceres que tienen ustedes, a quien eligieron Presidente de la República para premiarle todos sus crímenes: ¡el bandido ese que se llamó José María Obando! —replicó Casiano, cada vez más furioso—.

— ¡Miente, godo gediondo! —vociferó frenéticamente Baltasar—. El General Obando fue uno de los grandes caudillos del pueblo y lo asesinaron los godos en Subachoque, cuando venía a derrocar al viejo Ospina Rodríguez quien, a su vez, había tratado de asesinar al Libertador...

— ¡Me meto por el culo a su pueblo y a su General Obando y a su General Herrera...!! — replicó Casiano, ya en el climax de la indignación —.

— Pues dudo que le quepan... —respondió Baltasar, muy exaltado—. Porque usted no es más que un Casi.. ano, o sea un ano incompleto, un proyecto de ano negado en primer debate...!

— Y usted no es más que un fanático, bruto e ignorante, que vive masturbándose con la idea de que el pueblo va a llegar al poder!... ¡En mi puta vida volveré a venir a este café!! —dijo Casiano, con el acento del hombre que ha tomado una determinación inmodificable—.

— Pues yo en la mía, que si es honorable, porque yo no soy un libertino y un depravado como usted, que vive engañando a mujeres ingenuas, volveré a poner los pies en este lugar... ¡Y yo sí cumplo lo que prometo!

— No me diga... —repuso Casiano—. ¿Cuántas veces ha hecho el mismo juramento, para violarlo al día siguiente? ¡Perjuro! Mañana lo he de ver aquí...

— Ahora es distinto, porque usted nunca me había ofendido a mí tanto... —replicó Baltasar—.

— Lo que pasa es que las verdades duelen... —dijo Casiano—.

— Verdades las que le he dicho yo a usted... —respondió Baltasar—. Por eso está tan adolorido...

— ¿Adolorido yo? ¡Já! ¡Já! —y Casiano fingió una carcajada—. Nunca había estado tan feliz...

— ¡Claro! Porque nunca se le había muerto un enemigo de la talla del General Herrera... Ese es el cristianismo de ustedes los godos... ¡Hipócritas! ¡Fariseos! ¡Sepulcros blanqueados! —contestó Baltasar, volviendo a encolerizarse—.

— ¿Vamos a comenzar otra vez? —preguntó Casiano, nuevamente enojado—. ¡A mí me importa un sieso su célebre General que, entre otras cosas, tenía talla de pigmeo...! Ustedes los liberales, si tuvieran vergüenza, sí debían estar felices, porque ahora ya no van a tener quien los lleve al matadero...

— Al matadero nos han llevado siempre ustedes los godos, con sus atropellos y sus arbitrariedades... —replicó Baltasar, golpeando la mesa con violencia—.

— ¡Dejémonos de brinquitos, que la sala está pareja! ¡A mí no me asusta usted con sus golpes...! —respondió, indignado, Casiano—. Ustedes todo lo arreglan con la fuerza bruta...

— ¡Más bruta será la suya! —replicó Baltasar, furioso—. Usted acaba de decir una mentira más grande que la Catedral: la de que el invicto General Herrera nos llevó al matadero...

Pues ¡falso! Porque si los liberales nos lanzamos a la guerra, fue para recuperar la libertad que ustedes, los godos, nos habían arrebatado...

— Usted, cada vez que quiera hablar ¡cállese! No hace sino decir bestialidades... — respondió Casiano, con el rostro congestionado—. En primer lugar, invicto es el que no ha sido vencido nunca y el viejo Herrera perdió todas las batallas... Y en segundo, ustedes los liberales confunden la libertad con el libertinaje... Si en este país no hubiera una absoluta libertad, usted no habría podido decir todas las estupideces que ha dicho esta noche...

— ¿Con que aquí hay una absoluta libertad? —preguntó Baltasar, sonriendo irónicamente—. ¡Es el mejor chiste que he oído últimamente! ¿Usted no se acuerda de lo que me pasó, hace algunos días, por haber salido a la calle con la bandera del gran partido liberal y haberme atrevido a echar un viva?

— Sí, y también por haberle echado un abajo al partido conservador, que es el único conglomerado respetable que hay en el país... — contestó Casiano—.

— Lo que pasó fue que cuando iba pasando por frente a la casa de un filipichín detestable, que vive en la misma cuadra de la mía, me dio por gritar: "¡Abajo los gomosos!", pero apenas alcancé a decir go..., porque en esas llegó el "chapol" y no me dejó acabar... —repuso Baltasar, sorprendido de su capacidad para urdir mentiras—.

— ¿Y usted cree que yo me voy a comer ese cuento? —preguntó Casiano—. A otro perro con ese hueso... Yo lo conozco mucho a usted y usted no puede echar un viva sin echar, a renglón seguido, un abajo a los godos... Quiero decir: a los conservadores... ¡Porque usted no es más que un fanático, un intransigente y un sectario...!!

— Miren quien habla de fanatismo, de intransigencia y de sectarismo... —exclamó

Baltasar—. ¡Un godo retardatario, troglodita y cavernícola...! Y le advierto que no le aguanto un insulto más... —gritó asestándole un puñetazo a la mesa—. ¡Se me va muy para el carajo...!!

— ¡No le pegue a la pobre mesa que no tiene la culpa...! —replicó Casiano, a grito herido—. ¡Pegúeme a mí, si es tan macho...!! —se levantó de la mesa y se cuadró a la manera de Carpentier—.

— ¿Usted cree que yo le tengo miedo? —vociferó Baltasar, levantándose también de la mesa y cuadrándose en la forma en que lo solía hacer Dempsey—. ¡Arranque para que vea, godo berriondo!!

— ¡Paz, paz, entre dos burros no hay más...! —dijo el señor Chaves, administrador del establecimiento, interponiéndose entre los dos contendores—. Dos caballeros como ustedes que, además, son buenos amigos ¿se van a poner a pelear por pendejadas? ¡No faltaba más! ¡Cálmense y siéntense!

— ¡Yo qué voy a ser amigo de ese guache inmundo...!! — rugió Casiano—.

— ¡Y yo mucho menos de ese grandísimo vergajo! —bramó Baltasar—.

— Pues si tienen tantas ganas de pelear, ¡sálganse al atrio y dense en la jeta!! —repuso el señor Chaves, visiblemente contrariado—. Pero aquí no vengán a hacer escándalo, porque me destierran la clientela... O llamo un policía...

— Sí, para que me lleve a mí, porque los godos son inmunes... —replicó Baltasar—. ¡Salgámonos a la calle —agregó, dirigiéndose a Casiano— para que vea cómo le arranco la cabeza de un pastorejo...!

— ¡Camine, pedazo de cabrón, para hacerle morder el polvo...! —tronó Casiano, tratando de darle un pescozón a Baltasar, por encima del hombro del señor Chaves—.

— ¡Agapito! ¡Agapito! —gritó este último,

llamando al camarero de ese nombre—. ¡Hágame el favor de llamar un policía!!

— ¿Un policía? —preguntó Baltasar, aterrado—. ¿Cómo se le ocurre, señor Chaves? ¿No ve que si viene uno, el jodido voy a ser yo? Dejemos la cosa de este tamaño... Tenga la bondad de excusarnos... Yo me voy a comer... Buenas noches... —se encasquetó la "media calabaza", empuñó el bastón y se dispuso a salir—.

— Sí, ¡vaya a comer... lo que ha comido desde que nació...!! —le gritó Casiano—.

— En ese caso tendría que comérmelo a usted...! ¡Adiós para siempre, godo arrastrado!! —le contestó Baltasar, desde la puerta—.

No repuesto todavía de la ira y el intenso dolor en que lo habían sumido los acontecimientos de la víspera, cejijunto y enfurruñado, con los labios apretados coléricamente, el codo apoyado en la mesa y el dedo índice de la mano derecha

colocado en la sien del mismo lado, estaba Casiano en la "Botella de Oro", a las 6 de la tarde, cuando — sin que él lo advirtiera— llegó Baltasar y después de contemplarlo, le dijo: — ¿De quién son trompas untadas de huevo frito? —y los dos desafortunados púgiles de la noche anterior, soltaron una estruendosa carcajada—.

El país, mientras tanto, seguía avanzando a una velocidad de 2 kilómetros por hora, a pesar de los esfuerzos que, para impedirlo, realizaban mancomunada y solidariamente conservadores y liberales. El pueblo soberano, en el que tenía puestas todas sus esperanzas Baltasar Riveros, continuaba embruteciéndose paulatinamente con la chicha que, además, era el combustible que movía el brazo de los homicidas en campos y ciudades y recorriendo dócilmente el camino que le señalaban el báculo de los Obispos y el látigo de los terratenientes. El analfabetismo, el hambre, la mortalidad infantil y el alcoholismo, los cuatro nuevos jinetes del Apocalipsis, galopaban orondos por el territorio nacional. Los contrastes

económicos y sociales eran dramáticos, pues mientras que una sola familia poseía haciendas de 72.000 hectáreas, como la de "Peñalisa", millones de campesinos no tenían donde sembrar una mata de maíz y morían de inanición sobre los surcos del amo. Los obreros y empleados urbanos carecían de prestaciones sociales y para compensar la insuficiencia de sus salarios misérrimos, caían en las garras de los agiotistas —esas aves de rapiña del capitalismo— que los despedazaban sin piedad, mientras que una oligarquía voraz y hedonista, aumentaba inmoderadamente sus ganancias y, en los salones del Jockey Club o en la fastuosa mansión de la Marquesa de Bonneval, "sorbía el champaña del fino baccarat".

Siguiendo parcialmente el consejo de los romanos, el gobierno no le daba pan al pueblo, pero sí circo. Y el circo era el Congreso Nacional. Allí, para diversión de la plebe hambrienta, se batían los gladiadores de uno y otro partido, pero armados con espadas de gelatina y protegidos con corazas de papel, porque no era un espectáculo

cruento sino bufo, del que ninguno de los contrincantes podía salir mal herido. Si no había motivos para el duelo oratorio, se inventaban pretextos. Uno muy bueno fue, en 1925, el proyecto de restablecer la pena de muerte, presentado por algunos miembros de la representación conservadora. Se enfrentaron para defenderlo y atacarlo, respectivamente, el Maestro Guillermo Valencia, descendiente de los Condes de Casa Valencia, de profesión poeta y latifundista, pues se había casado con la más rica heredera de Popayán y Antonio José Restrepo, radical furibundo, cínico y bohemio. Obviamente ni el uno ni el otro hablaron del proyecto, pero como dos vivanderas de la Plaza Grande, se agraviaron recíprocamente con los peores epítetos. El primero calificó al segundo de impotente y éste a aquél de patibulario. Casiano Pardo y Baltasar Riveros se divirtieron lo indecible con el espectáculo; ambos asistían todas las tardes a las barras del Senado; Casiano salía con las manos hinchadas de tanto aplaudir a Valencia y Baltasar con las suyas tumefactas de tanto aplaudir a Restrepo. Y los dos,

completamente afónicos de tanto gritar.

El General Pedro Nel Ospina había constituido su gabinete con varios de los personajes previstos por Casiano y todo marchaba igual o peor. Siete de los veinticinco millones de dólares pagados por los gringos —en un acto de remordimiento por haber prohijado la separación de Panamá— fueron invertidos en obras públicas y los dieciocho restantes en las correspondientes inauguraciones. El doctor Abadía Méndez, quien según las malas lenguas tenía una peor, calificó el régimen de Ospina como el de "la farándula y la vil trapacería".

Y mientras tanto, mientras los campesinos y los obreros distraían el hambre con la chicha y los oligarcas su ocio con finos licores y los de arriba explotaban inmisericordemente a los de abajo y el analfabetismo y la mortalidad infantil crecían y el Ejecutivo no ejecutaba y el Legislativo no legislaba y los políticos divertían a los simples con sus melodramas y sus saínetes, Baltasar y

Casiano seguían discutiendo todos los días en la "Botella de Oro", riñendo y reconciliándose sucesivamente y el primero continuaba soñando con la llegada del pueblo al poder.

## Capítulo III

Si Fedor Dostoievski, en vez de haber sido deportado a Siberia, lo hubiera sido a Bogotá, habría encontrado en la casa de Baltasar Riveros escenario y personajes para una novela. Porque allí reinaba la más deprimente y dolorosa miseria. No había ventana ni vidriera a la que no le faltaran varios cristales, ni silla que tuviera cuatro patas, ni asiento que no mostrara los resortes a través de la moqueta desgarrada, ni cama que mereciera ese nombre, ni cobija que no exhibiera boquetes y troneras casi tan grandes como ella, ni mesa que no padeciese de cojera crónica, ni taza o plato que no estuvieran resquebrajados, ni cuchillo que conservara la empuñadura, ni prenda de vestir ilesa, como que todas las exteriores e interiores de los cónyuges y sus hijos ostentaban enormes remiendos. Todos los muebles, enseres y ropas habían sido heridos en su desigual combate contra el tiempo y el uso. Las paredes ennegrecidas y cubiertas de cicatrices, los techos perforados por

las "goteras", los ladrillos rotos y un penetrante olor a moho que impregnaba el ambiente, completaban el sórdido cuadro.

Zoila, que lógicamente no tenía los poderes sobrenaturales que utilizó Cristo para multiplicar los peces, tenía que realizar el milagro diario de multiplicar los pesos que su marido devengaba en el Banco, que apenas alcanzaban la suma de cuarenta. Como el valor del alquiler era el de \$10.00, tenía que distribuir los treinta restantes en la alimentación, vestuario y educación de sus hijos y en la satisfacción de sus propias necesidades y las de su consorte.

Los hijos eran nueve, porque Baltasar no sólo era apasionado y ardiente frente a su amigo Casiano, sino también encima de su mujer, en el lecho conyugal y en nueve años de matrimonio la había preñado otras tantas. El pequeño ejército se descomponía en seis varones y tres mujeres, cuyos nombres —escogidos por Baltasar para rendir un homenaje a sus ídolos políticos y a sus heroínas

predilectas— eran: Rafael (en honor de Uribe Uribe), Benjamín (en el del General Herrera), Cenón (en el del General Figueredo), Sergio (en el del General Camargo), Leandro (en el del General Cuberos Niño), Paulo Emilio (en el del General Bustamante), Policarpa (en el de la Salavarieta), Antonia (en el de la Santos) y Juana (en el de la doncella de Orleans).

El menú cotidiano lo componían un plato de mazamorra y una taza de agua de panela, el ropero familiar era una colección de harapos y los niños en edad escolar estudiaban en la Escuela Pública del Barrio de la Peña.

Pero nada de eso preocupaba ni afligía a Baltasar, obsesionado como vivía con la política y dominado por la idea fija del ascenso de las clases populares al poder. "No sólo de pan vive el hombre. Es mucho más importante el alimento espiritual" — solía afirmar dogmáticamente—. Y el alimento espiritual era, obviamente la doctrina liberal, que él predicaba infatigablemente a la hora

del desayuno, a la del almuerzo y a la de la cena.

— ¡Baltasar! ¡Niños! ¡Pasen a almorzar, que ya les voy a servir...! —gritaba estentóreamente Zoila desde la cocina—.

Baltasar, sentado en la cabecera de la antiquísima mesa heredada de sus abuelos, cuyo color original era un enigma, se anudaba al cuello una servilleta que había sido de su padre, decorada con varios huecos y llamaba a lista: — ¡Rafael!

— Presente...

— ¡Benjamín!

— Aquí...

— ¡Cenón!

— Presente...

— ¡Sergio!

— A la orden, papacito...

— ¡Leandro!

— Está en el excusado... —contestaba Cenón

—.

— De eso no se habla en la mesa... ¡Vaya llámelo! —replicaba Baltasar—.

— ¡Paulo Emilio!

— Aquí...

— ¡Policarpita!

— Presente, papacito...

— ¡Antoñita!

— ¿Yo? —preguntó la niña, quien estaba distraída, hurgándose la nariz—.

— ¡Pues claro que usted...! ¿Acaso cuántas

Antonias hay en esta casa? ¡Y deje de meterse los dedos a las narices, que se las va a volver como las del doctor Abadía Méndez...! —ordenaba Baltasar—.

— ¡Juanita!

— Plesente... (ésta hablaba, todavía, a media lengua). — ¡Hay quorum! ¡Se abre la sesión! — decía Baltasar—.

— Primero que todo vamos a rezar... — pedía Zoila—.

— Rezarán ustedes, porque yo no creo en esas pendejadas... —reponía Baltasar—.

— Por eso estamos como estamos... — replicaba Zoila—.

— ¿Y cómo es que estamos? —gritaba Baltasar—. ¿Nos hace falta algo? ¿Usted no se siente muy orgullosa de estar casada con un gran liberal?

— ¡Orgullosísima! —respondía Zoila—. Pero no nos vamos a amargar el miserable bocado... ¡Atención, niños! —se santiguaba y comenzaba a rezar: "Unos tienen y no pueden, otros pueden y no tienen; nosotros tenemos y podemos ¡bendigamos al Señor!".

— Pues aunque nosotros es muy poco lo que tenemos y podemos ¡bendigámoslo! Pero dígame una cosa: ¿al señor qué? En fin, ¡empecemos!, porque se nos enfría la mazamorrta... —dijo Baltasar, empañando la cuchara y sumergiéndola en el plato—.

Y comenzaba la cátedra de filosofía política que, de 6 a 7 a.m., de 12 a 1 y de 7 a 8 p.m., les dictaba a sus hijos, todos los días, el brillante exégeta de los principios liberales.

— Les decía anoche que el partido más grande que hay en el mundo es el gran partido liberal...

— ¿Más grande que el elefante del Circo Dumbar? —preguntó Leandro, quien había entrado al comedor, procedente del excusado, abotonándose los pantalones—.

— ¡Muchísimo más grande! —respondió Baltasar—. Es como de aquí al Puente del Común... ¿Recuerdan que el otro día los llevé y que, por cierto, tuvimos que devolvernos a pata, porque no hubo para el regreso? Pues hagan de cuenta...

— Ayjuemíchica! ¡Qué cosa tan grande! —comentó Benjamín—. A mí todavía me duelen los pies de la caminata...

— Para que vean... —continuó Baltasar—. Pero no es sólo lo grande sino lo noble, lo puro, lo generoso... Todos los liberales son como yo: ecuánimes, desapasionados, tolerantes... En cambio, todos los godos son asesinos, ladrones y tramposos...

— ¿Y por qué será, papacito, que siendo los liberales tan buenos y los godos tan malos, los godos siempre están encima y los liberales debajo? —preguntó Paulo Emilio—.

— Eso se debe, mijito, a que los godos siempre nos hacen trampa en las elecciones, ayudados por los curas y por el gobierno... Pero no me interrumpen la disertación...

— Papacito: ¿qué es disertación? —preguntó Sergio— — ¿No les he dicho que no me interrumpen? ¡Carajo! —replicó Baltasar—. Disertación es..., disertación es..., bueno..., la que estoy haciendo... Les decía que el gran partido liberal es el partido más grande del mundo...

— Eso ya nos lo había dicho, papacito... — se atrevió a decir Policarpa—.

— ¡Cállese la boca, china arrastrada! — exclamó, furioso, Baltasar, dándole un violento golpe a la mesa, que produjo un verdadero

mesamoto, pues todos los platos tambalearon—. Cuantas veces me dé la gana, lo diré y lo repetiré, para que se lo aprendan de memoria,.. Continúo... Siendo un partido tan grande como es, ha producido los hombres más grandes, las ideas más grandes, las cosas más grandes... Filósofos y humanistas como, por ejemplo, el General José Hilario López, el General José María Obando, el General Santos Acosta, el General Santos Gutiérrez, el General Tulio Barón, el General Aveiino Rosas, el General Urías Romero, el General Paulo Emilio Bustamante... La lista es interminable... Los godos, en cambio, sólo han producido chafarotes ignorantes como el viejo Reyes y el viejo este Ospina que tenemos de Presidente y analfabetos como el tal Miguel Antonio Caro y el tal Marco Fidel Suárez... —se llevó a la boca una cucharada de mazamorra y prosiguió—. Por eso les puse a todos ustedes los nombres que llevan... Para que traten de seguir el ejemplo de los grandes hombres y las grandes mujeres que los llevaron... A usted, Rafael, le escogí ese nombre, para que imite al General

Uribe Uribe...

— Papacito: ¿Y no habrá peligro de que a mí también me maten los godos? —preguntó Rafael—.

— ¿Y le parece poca gloria morir asesinado en las gradas del Capitolio, como Julio César? — le preguntó Baltasar—.

— ¿Y ese Julio César era también liberal? —interrogó Leandro—.

— No estoy bien seguro... —respondió Baltasar—, Pero si no era, merecía serlo... Porque fue un tipo estupendo...

— ¿Ya Julio César lo mataron los godos? — preguntó Sergio—.

— Lo mató Bruto, que debía ser godo, porque todos los godos son brutísimos... —replicó Baltasar—. Bueno ¿pero me van a dejar continuar o no? Ya me hicieron perder el hilo... ¡Ah!, ya

recordé dónde iba... Les estaba explicando por qué les puse los nombres que tienen... A usted, Benjamín, lo bauticé así para rendirle un homenaje al extraordinario caudillo que acaba de morir... — le tembló la voz, se le llenaron los ojos de lágrimas y se los secó con la servilleta que, como varias veces la había empleado para limpiarse la boca, estaba untada de mazamorra—. Para que usted, cuando llegue a la edad militar, empuñe las armas y vaya a los campos de batalla a sacrificar su vida, si es preciso, en defensa de la libertad...

— ¡Bravo! —gritó Zoila, aplaudiendo—. ¡Aplaudan, niños, porque si no, su papá se pone bravo...! Ya lo conocen... — los niños obedecieron, entusiásticamente, la orden materna —.

— ¿Y si de pronto me derrotan y hasta me matan? — preguntó, asustado, Benjamín—.

— Si lo han de matar por defender sus ideales ¡ojalá lo maten! —repuso Baltasar—.

— ¡Cero y van dos muertos..! —comentó Sergio, quien era muy aficionado al fútbol, en voz lo suficientemente baja como para no ser oído por su padre—.

— A usted, Cenón, le puse ese nombre en honor del General Cenón Figueredo, el más buen mozo, el más gallardo y el más valiente de los Generales liberales...

— Y entonces ¿por qué será, papacito, que los chinos de la Escuela me dicen Tetón y la maestra me dice que parezco un sapo? —preguntó Cenón—.

— No les haga caso, mijito... ¡Eso es pura envidia! Los chinos y la maestra deben ser godos... —contestó Baltasar—. Acuérdense de mí y verá que con el tiempo usted se va a parecer al General Figueredo... A usted, Sergio, le escogí ese nombre para honrar la memoria del General Sergio Camargo, vencedor de "Garrapata"...

— ¿Y ese General también mataba zancudos? —preguntó Sergio—.

— ¡No sea bestia, mijito! —respondió Baltasar—. El no era un insecticida sino un General y "Garrapata" fue el nombre del lugar donde derrotó a los godos en la guerra del 76... Y en cuanto a usted, Leandro, ha de saber que lleva ese nombre, porque es el de uno de los héroes de la última guerra civil: el General Cuberos Niño, para que usted, cuando sea grande, trate de repetir sus hazañas... El General Paulo Emilio Bustamante fue otro gran guerrero y es, además, un hombre de un gran talento y de una gran erudición... Por eso usted lleva ese nombre...

— Yo creía que era una especie de Gonzalón, porque el otro día un chino, en la escuela, me echó un cuento de él... —dijo Paulo Emilio—.

— ¡Esas son infamias de los godos! No hacen más que inventarle chistes para ponerlo en

ridículo... —replicó Baltasar—. Usted, Policarpita, lleva ese nombre en recuerdo de la Pola, una mujer excepcional, que pagó con la vida su amor a la libertad, pues la fusilaron los españoles, que eran los godos de esa época...

— ¡Cero y van tres muertos...! —anotó Sergio, con voz casi imperceptible—.

— Ya mí, papacito, ¿también me irán a matar? —preguntó, aterrada, Policarpa—.

— Por el momento, no... —contestó Baltasar—, Pero si estás resuelta a imitarla, tienes muchas esperanzas... Sin embargo, ¡qué gloria para ti, para tus padres y hermanos, verte un día convertida en estatua...! ¿No te llama la atención? A ti, Antoñita, te puse ese nombre en honor de Antonia Santos, mártir de la libertad, asesinada por los chapetones, o sea los godos, en 1819...

— ¡Uy, que miedo!! —exclamó Antonia y comenzó a llorar inconsolablemente—.

— ¡No llores, no sea bobita! —dijo, conmovido Baltasar—. A Antonia Santos la mataron cuando tenía 34 años y tú apenas tienes 9...

— ¡Cero y van cinco! —comentó Sergio en voz muy queda—.

— Finalmente, a ti te puse el nombre de Juana porque siempre he admirado profundamente a Juana de Arco, quien murió quemada en una hoguera por el delito de ser liberal... —la niña que apenas tenía tres años, no entendió obviamente las palabras de su padre ni la suerte que la esperaba, pero fue tal el terror con que la miraron sus hermanos, que prorrumpió en un amargo llanto—.

— ¡Nada de cobardías, Juanita! —le dijo Baltasar—. Todos los liberales somos machos... Hasta las mujeres... ¡Cállate, porque si no, el Niño Dios no te va a traer juguetes... Claro que el Niño Dios soy yo y si no me aumentan el sueldo en el Banco, no va a haber para nadie... Ya están todos

enterados de las poderosas razones que tuve para ponerles los nombres que llevan... ¡Siéntanse orgullosos y procuren ser dignos de ellos!! ¡Sigan el ejemplo de esos héroes y de esas heroínas! Ustedes no pueden ser inferiores a Uribe Uribe, a Herrera, a Figueredo, a Camargo, a Cuberos Niño, a Bustamante, a Ja Pola, a Antonia Santos y a Juana de Arco...

Lo importante en la vida no es tener dinero, lo importante es ser un buen liberal como yo... ¿De qué le vale a un hombre salvar su alma si es godo? Mi mayor satisfacción de padre será la de saber un día que ustedes han sido asesinados a golpes de hachuela, o fusilados o quemados vivos en una hoguera, por defender los sagrados principios del gran partido liberal que, lo repito, es el partido más grande que hay en el mundo... Vamos a gritar todos: y el que no grite queda desheredado automáticamente: ¡Viva el gran partido liberal!!

— ¡Vivaa! —gritaron Zoila y sus nueve hijos

— ¡Abajo ios godos!! —dijo Baltasar, a voz de cuello—.

— ¡Abajoo! —corearon todos—.

— Fíjense cómo es de fácil ser liberal... — prosiguió Baltasar—. Eso le viene a uno en la sangre... Yo, por ejemplo, mamé las ideas liberales de las tetas de mi mamá, mi mamá de las de mi abuela, mi abuela de las de mi bisabuela, mi bisabuela de las de mi tatarabuela...

— ¿Pero entonces, papacito, los godos no maman? —preguntó Policarpa—.

— Sí, pero de la teta del Presupuesto... — afirmó Baltasar—. ¿No ven que viven prendidos, desde que nacen, a las ubres del gobierno?

— ¿Y qué son ubres? —preguntó Rafael—.

— Lo mismo que tetas, pero de vaca... — respondió Baltasar—. Quería decirles —y no tolero más interpelaciones—. que ser liberal no

cuesta ningún trabajo... Yo nací liberal, soy liberal y moriré liberal... Ustedes son tataranietos, bisnietos, nietos e hijos de liberales, luego forzosamente tienen que ser liberales... Y al que no lo sea, ¡lo saco de aquí a patadas!! ¿Entendido? El día en que me resulte godo uno de ustedes, lo estrangulo con estas manos... —e hizo el ademán correspondiente, lo que produjo en el infantil auditorio un sentimiento de terror—. Ustedes pueden tener sus ideas políticas, pero siempre y cuando que sean las del partido liberal... Yo no pretendo obligarlos a que piensen como yo... Pero ¡ay! del que no lo haga...! ¡Ya lo saben! Además, todos los godos, sin una sola excepción, son una manada de facinerosos y forajidos, ellos fueron los responsables de los temblores del 17 y de la gripa del 18, de la guerra mundial, del asesinato de "La Ñapa" y del de Sagrario Morales, de los aguaceros y las tempestades, del huracán ese que casi nos desenteja la casa en agosto... De manera que ustedes deben odiarlos con toda el alma... Hagan como yo que los aborrezco a todos, inclusive a Casiano que, como ustedes saben, es mi íntimo

amigo... Por último, recemos el "Credo liberal" (un plagio hecho por él del incorporado en el Catecismo del Padre Astete). ¡Todos de pie! ¡Junten las manos! Y ahora ¡a rezar con mucha devoción!: "Creo en el gran partido liberal, todopoderoso, creador del cielo y de la tierra y en el pueblo, su único hijo, que fue concebido por obra y gracia del General Santander, padeció bajo el poder de los godos, fue derrotado pero nunca pudo ser muerto ni tampoco sepultado, resurgirá algún día y ascenderá al poder. Creo en la Santa Iglesia Democrática, en el periódico de los Santos y en la vida perdurable del liberalismo. Amén". ¡Pueden sentarse! ¿Qué horas serán? ¡Cómo hace falta un reloj en esta casa!... Voy a tener que ir hasta la prendería a preguntarle al viejo Lasprilla qué horas son en el mío... Como no lo he podido desempeñar... Pero creo que ya vansiendo las dos de la tarde... Tengo que irme... Espero que les haya gustado la disertación... Esta noche la continuaré... ¡Se levanta la sesión! Consumida la mazamorra, Zoila les había servido a su cónyuge y sus vastagos sendas tazas de agua de panela, que

éstos habían apurado ya.

— Papá: ¿Le puedo decir una cosa? — preguntó Cenón—.

— Dígala, pero que sea corta, porque yo tengo afán... — respondió Baltasar levantándose de la mesa—.

— Pues fue que yo me quedé con hambre... —Dijo Cenón—.

— Yo también... —agregó Benjamín—.

— Y yo... Y yo..., Y yo... —gritaron los demás niños—.

— ¡Silencio! —ordenó Baltasar—. No me sacan de ninguna duda... Les confieso que mi apetito, en este momento, es casi igual al que tenía cuando me senté a la mesa... Todos los pobres sentimos hambre hace mucho tiempo y la seguiremos sintiendo hasta el día en que el pueblo llegue al poder... Mientras eso sucede, hagan lo

que yo: ¡Nútranse con esa esperanza! ¡Aliméntense con ideales! ¡Complementen la mazamorra y el agua de panela con los principios del gran partido liberal que yo les inculco a todas horas...! ¿Recuerdan que yo, para protestar por el fraude y la coacción de que se valieron los godos para encaramar al viejo Ospina, declaré una huelga de hambre? Claro que para hacer eso se necesita tener el temple mío... ¡La fe remueve las montañas! Cuando el pueblo llegue al poder —y según los vientos que corren— va a ser muy pronto ¡nos desquitaremos!! Bueno..., yo me voy, porque se me está haciendo tarde... —se retiró del comedor, buscó su "media-calabaza" y su bastón, colgados en un antiquísimo mueble que, muchos años antes, había sido un paragüero, besó lánguidamente a Zoila en la mejilla y se marchó al Banco—.

Vinieron entonces los comentarios de los niños, que continuaban sentados a la mesa, bostezando hasta desarticularse las mandíbulas y acariciando la inútil ilusión de que Zoila les adicionara el frugal condumio con alguna golosina.

— Sí oyeron a mi papá ¿no? —preguntó Rafael—.

— Yo no entendí ni pío... —anotó Paulo Emilio—.

— Más claro no canta un gallo: que aquí nos vamos todos a morir de hambre... —dijo Leandro—.

— De hambre no todos... —apuntó Sergio—. Porque a Rafael lo van a matar a hachuelazos en la muía para que muera como el General Uribe, a Policarpa y a Antonia las van a fusilar para que mueran como la Pola y Antonia Santos y a esta pobre china —agregó, señalando a Juanita— la van a quemar viva, para que muera achicharrada como Juana de Arco...

— ¡Yo sí no me dejo fusilar ni de fundas! —dijo Policarpa—. ¡Por qué santa gracia?

— Pues por ser liberal ¡china bruta! ¿O fue que no entendió? Hasta goda será... Cuando venga

mi papá le voy a dar las quejas, para que le eche reajo... —replicó el sucesor del General Herrera—.

— ¡Acusetas, panderetas, calzoncillos de bayetas! —repuso la heredera de la heroína de Guaduas y le sacó la lengua a su contendor—.

— Ustedes ya están igualitos a mi papá y a Don Casiano cuando comienzan con sus alegatos... ¿Qué nos importan a nosotros los liberales y los godos? —preguntó el tocayo del mártir del Capitolio—.

— ¿Como que qué nos importan? —preguntó, a su vez, el sustituto del General Figueredo—. ¿No oyó que al que no sea liberal mi papá lo saca de aquí a patadas y al que resulte godo, lo estrangula?

— Perro que ladra no muerde... —respondió el reemplazo del héroe de "Garrapata"— . Ahí está el de la señora Domitila, la de la tienda de la esquina, que le ladra a todo el mundo y no muerde

a nadie... Mi papá no es capaz de matar una mosca... Ya habría despescuezado a Don Casiano...

— ¡Otro que se volvió godo! —exclamó Benjamín—. Le voy a contar a mi papá, cuando vuelva, para que le funda el rabo a palo...

— A mí no me venga a amenazar ¡chino lambón! ¡Sálgase al patio para romperle la jeta! ¿Ya se le olvidó el "pistero" que le puse el otro día?

— ¡A callarse todos, chinos de los diablos! —gritó Zoila, iracunda—, ¡Ahora sí quedamos completos! Peleando por política como el taita... ¡Claro! El mal ejemplo cunde... A su papá no le hagan caso... El tiene esa chifladura...

Hay que llevarle la idea como a los locos...

— Pero, al fin ¿a quién le obedecemos, mamacita? —preguntó la encargada de imitar el heroísmo de Antonia Santos—.

— Pues a su papá cuando esté aquí y a mí cuando él se vaya... —contestó Zoila—. ¡Párense ya de la mesa, pues no hay nada más que darles...!

— Entonces nos tocará comer esperanzas... —dijo Paulo Emilio, socarronamente—.

— Y tragar ideales... —añadió, con sorna, Leandro—.

— Y completar el almuerzo con los principios "del gran partido liberal, que es el partido más grande que hay en el mundo"... —agregó Rafael, remedando la voz de su padre—.

— Y esperar a que el pueblo llegue al poder... —remató, Sergio, irónicamente—. Salieron al patio y Benjamín les preguntó a los demás: — ¿Por qué no jugamos a la guerra?

— Pero ¿cómo vamos a hacer, si todos somos liberales? — contrapreguntó Rafael—.

— ¡Muy fácil! —respondió Benjamín—. Como es un juego, unos hacemos el papel de liberales y los otros el de godos...

— Yo no quiero hacer de godo, porque después mi papá sabe y me pega... —dijo Paulo Emilio—.

— Yo tampoco... ¿Quién aguanta a mi papacito? —preguntó Policarpa—.

— Yo mucho menos... —dijo Leandro—.

— ¡Chinos pendejos! —exclamó Benjamín—, ¿No ven que es un juego? Además, mi papá no va a saber nada...

— Y si usted, que es tan lambón, ¿le cuenta? —inquirió Sergio—.

— Pero ¿cómo se le ocurre? Sería cuchillo para mi pescuezo... —repuso Benjamín—. ¿No recuerda ya que el que propuso el juego fui yo?

El irrefutable argumento del autor de la iniciativa, tuvo la virtud de convencerlos a todos. Se dividieron en dos bandos. El liberal quedó compuesto por Rafael, Sergio, Leandro y Policarpa y el conservador por Benjamín, Cenón, Paulo Emilio y Antonia. Juanita, la menor, no fue llamada a filas por no haber llegado aún a la edad militar. Sergio empuñó la roja bandera que Baltasar conservaba en la sala, Paulo Emilio ató un delantal azul de Zoila a una escoba, se armaron todos de palos y piedras —como lo habían hecho sus abuelos en la última guerra civil— y a los gritos de: "¡Viva el gran partido liberal!", "¡Abajo los godos!", proferidos por unos y los de "¡Viva el partido conservador!", "¡Mueran los cachiporros!" lanzados por los otros, se acometieron furiosamente, sin saber por qué lo hacían, lo mismo que les había ocurrido a sus antepasados.

Cinco minutos después los miembros de uno y otro ejército daban ayes de dolor y cinco de los ocho contrincantes habían quedado fuera de combate. A Leandro le manaba sangre de la

cabeza, a Cenón de la nariz, a Policarpa de la boca, Sergio presentaba una herida en la cara y Antonia una en la mano derecha.

— ¡Chivatos sinvergüenzas! —exclamó Zoila, irrumpiendo en el campo de batalla, con un rejo de siete ramales y repartiendo latigazos a diestra y siniestra—. ¡Todos heridos y echando sangre! ¡Estos bandidos me van a enloquecer! Se me pone que se pusieron a jugar a la guerra otra vez... En esta casa la política no puede faltar ni en los juegos... Como eso es lo que les enseña el papá... Y ahora ¿de dónde voy yo a sacar "Dioxogen" y algodón para curarlos? Con toda la plata que tengo... ¡Esta maldita política va a acabar conmigo...!

Baltasar, una vez fuera de su casa, se dirigió a la Calle de la Botica, donde quedaba situada la prendería "El Zafiro", de propiedad de Don Nicomedes Lasprilla, de quien era amigo, hasta donde puede serlo un mártir de su verdugo, pues aquél era un usurero implacable que le prestaba

unos pocos pesos, al 20%, sobre la única prenda de algún valor que poseía: su reloj de bolsillo, marca "Tequendama", con la correspondiente leontina de oro, que había heredado de su padre y éste del suyo.

— Buenas tardes, Don Nicomedes... ¿Qué tal está? ¿Cómo le va? ¿Cómo están por su casa? ¿Cómo le acabó de ir la última vez? ¿Qué hay de nuevo?

— ¡Hágame una sola pregunta y se la contesto...! —respondió, desabridamente, Don Nicomedes—. Porque yo no puedo contestarle cinco seguidas al tiempo... ¿Por qué será que ustedes, los bogotanos, son tan preguntones y tan zalameros?

— Por lo mismo que ustedes, los santandereanos, son tan toscos y tan brochas... —replicó Baltasar—. Pero yo no he venido a que me regañe, sino, en primer lugar, a saludarlo, en segundo a preguntarle qué horas son en mi reloj y

en tercero a proponerle un negocio...

— Ya me saludó... —respondió Don Nicomedes—. Le voy a dar las horas que son en mi reloj, porque el suyo —mientras no lo desempeñe— es mío... Son las dos y cinco minutos... Y ahora sí dígame: ¿Cuál es el negocio que me va a proponer?

— ¡Estoy en una situación espantosa! —exclamó Baltasar—.

— ¿Y el negocio consiste entonces en que yo lo saque de ella? —preguntó Don Nicomedes—. Ni se lo sueñe...

— Pero es que usted no me ha dejado terminar... —repuso Baltasar—.

— Ni hace falta que termine... —dijo Don Nicomedes—. Ya sé lo que me va a decir... Que está muy pobre, que necesita dinero, que yo se lo consiga y que usted algún día me lo paga... ¿No es así?

— Exactamente... —replicó Baltasar—. ¿Usted qué come, para adivinar?

— Me basta verlo a usted, saber dónde trabaja y cuánto gana y estar enterado de que tiene 9 hijos... Sólo a usted se le ocurre convertirse en un garañón y transformar su casa en un puesto de monta... Usted está fregado porque quiere... —dijo Don Nicomedes—.

— ¿Porque quiero? —preguntó, sorprendido, Baltasar—.

— Como lo oye... —contestó Don Nicomedes—. Si usted fuera otro, se volteaba, se volvía bien godo, se hacía nombrar Notario o Administrador de Aduana y ¡solucionado el problema!

— ¿Y mis ideas? ¿Y mis convicciones políticas? ¿Y mis principios filosóficos? ¿Y el partido liberal? ¿Y el pueblo? —preguntó Baltasar

—. ¡Prefiero morirme de hambre!

— Puede que usted prefiera, pero su mujer y sus hijos piensan otra cosa... —respondió Don Nicomedes — . Y no le quepa la menor duda de que si usted continúa con esas pendejadas, se van a cumplir sus deseos al pie de la letra... Podía también aprovechar la posición que tiene en el Banco...

— ¿Qué insinúa usted? ¿Qué sugiere? — preguntó Baltasar, iracundo—.

¿Qué me deshonre robando? Sus consejos son una ofensa.., Yo no cambio mi honorabilidad por todos los tesoros del mundo...

— Los Asilos de Indigentes están llenos de personas que piensan como usted... —replicó Don Nicomedes — . En fin, a mí sus problemas no me interesan y sí me quitan tiempo... ¿En qué le puedo servir?

— Necesito que usted me preste dinero... —

respondió resueltamente Baltasar—.

— ¡Ah, ¿sí? ¿Y puedo saber cuánto? — preguntó Don Nicomedes, con acento irónico—. No ha tenido siquiera con qué pagarme los intereses del reloj y ahora pretende que le preste más plata... ¿Cómo me va a garantizar el préstamo, si usted no tiene en qué caerse muerto?

— Le ofrezco mi patrimonio moral... — contestó Baltasar—.

— Pues con esa garantía vaya a la Sociedad de San Vicente de Paúl o a la Beneficencia de Cundinamarca... —dijo Don Nicomedes—. ¿O por qué no va, más bien, a la Dirección Liberal? a un copartidario como usted no le pueden negar un préstamo...

— ¡No le tolero que se burle de mí! — exclamó, furioso, Baltasar—. Y si los Asilos de Indigentes están llenos de gente honorable como yo, cuando triunfe la revolución y llegue el pueblo

al poder, los patíbulos y las horcas estarán llenos de agiotistas sin conciencia como usted!! Los días del capitalismo están contados y ya sabe lo que le va por la pierna arriba... ¡Godo tenía que ser!! ¡Una feliz tarde! (porque los bogotanos no abandonan la cortesía ni aún en los momentos de ira e intenso dolor) —y salió de la prendería—.

Llegó al Banco indignado. El señor Peña lo saludó cordialmente y Baltasar no le contestó. Se colocó la visera de cartón verde y las astrosas manguillas negras y comenzó a trabajar de mala gana. Aquella tarde cometió varios errores, por exceso y por defecto, en el cambio de cheques y la recepción de consignaciones.

— ¡Estoy completamente desesperado! —le decía a Triviño, el otro Cajero Auxiliar, cada vez que los clientes le dejaban un minuto libre—.

— Pero ¿qué te ha pasado? —le preguntaba Triviño, mientras contaba unos billetes—.

— Que el sueldo no me alcanza... — contestaba Baltasar—. En la casa apenas hay para una mazamorra y una taza de agua de panela... Naturalmente los niños se quedan con hambre... Hoy fui a donde el viejo Lasprilla, el usurero, a solicitarle un préstamo y me lo negó... Y aquí sin la menor esperanza de un aumento... El último, de \$5.00, fue hace seis años...

— Hay que tener paciencia,,. ¿Qué podemos hacer? — decía Triviño, sumando unas cifras—.

— La mía ya se agotó y sí podemos hacer algo... —reponía Baltasar—. ¿O nos vamos a dejar explotar toda la vida de estos oligarcas miserables?

— ¡Chito! —le ordenaba Triviño, llevándose el dedo índice a los labios—. Si te llegan a oír, te botan...

— Ojalá que me boten hoy mismo... Así podré dedicarle todo mi tiempo a la lucha política,

a organizar la revolución y la llegada del pueblo al poder... — replicaba Baltasar—.

— Hazme el favor de no decirme una palabra más... — le pedía Triviño—. Me haces equivocar y, además, es peligroso para ambos...

Al día siguiente el señor Peña, Jefe de Cuentas Corrientes, notificó a Baltasar que el Gerente de la entidad bancaria lo esperaba en su oficina, pues tenía urgente necesidad de hablar con él. Don Juan Crisóstomo de Uricoechea, que así se llamaba, pertenecía a una antigua y muy rica familia de banqueros bogotanos, poseía un latifundio en la Sabana, una casa en la Avenida de la República, otra en la Segunda Calle Real, otra en el Parque de Santander y una cuarta en la Primera Calle de Florián, numerosas acciones de todas las compañías de la época, era socio del Jockey y el Gun Club, cazador y jugador de polo. Pequeño, calvo, rechoncho, caminaba con la solemnidad de un pavo real. Compensaba su mediocridad con una suficiencia insoportable y su

ignorancia con una vanidad agresiva. Su actitud frente a los empleados del Banco oscilaba entre el desprecio y el asco.

Baltasar penetró a la espaciosa sala de la Gerencia, cubierta con un fino tapete persa y decorada con los retratos al óleo de los tres inmediatos antecesores del señor de Uricoechea y, tímidamente, se acercó a su escritorio.

— ¡Estoy a sus órdenes, señor Gerente! — balbució con voz temblorosa—.

— Tengo muy malos informes de usted... — le dijo el señor de Uricoechea, mirándolo despectivamente—. Me cuentan que ayer cometió una serie de equivocaciones gravísimas, que afectan el prestigio de la institución... Por culpa suya, apenas pudieron cuadrar la caja a las cuatro de la mañana...

— Eso no había ocurrido nunca en los diecisiete años que llevo al servicio del Banco...

—respondió Baltasar—.

— Pero ocurrió ayer y precisamente la circunstancia de que usted sea un empleado veterano aumenta la gravedad del hecho... — replicó el señor de Uricoechea, severamente—.

— Le ruego que me excuse... —suplicó Baltasar—.

— No debía aceptar sus excusas, porque sus errores son imperdonables... Pero usted me da lástima... En su hoja de vida aparece que usted tiene 9 hijos... ¿Todos vivos? —preguntó el señor de Uricoechea—.

— Desgraciadamente sí... —repuso Baltasar—. Pero si no me aumentan el sueldo pronto, hay muchas esperanzas de que se mueran de hambre...

— ¿Y usted cree que me va a conmover con sus dramas y sus exageraciones? —preguntó, encolerizado, el señor de Uricoechea—. ¡En este país nunca se ha muerto nadie de hambre...! Y

mucho menos los hijos de los empleados bancarios, unos privilegiados, que gozan de magníficas asignaciones... Usted debe ser un beodo o un tahúr, que malgasta en esos vicios su sueldo...

— Ni lo uno ni lo otro, señor Gerente... — replicó Baltasar—.

— ¿Tiene, entonces, una querida? — preguntó el Gerente—.

— La única querida que tengo es mi querida... esposa... —respondió Baltasar—. ¿Cómo puede tener amante un hombre que gana \$40.00 mensuales y debe alimentar y vestir a 9 hijos?

— A mí no me haga preguntas... ¡Irrespetuoso! —gritó el señor de Uricoechea—. Usted no vino aquí a preguntar sino a responder... Me han dicho también que usted es un politiquero empedernido, que vive hablando de política a

todas horas, lanzando consignas subversivas y diciendo que el pueblo va a llegar al poder... ¿Eso es cierto?

— Claro que yo tengo mis ideas políticas... —contestó Baltasar—. Y como estamos en una democracia, pues creo también que tengo el derecho de defenderlas...

— Los empleados de este Banco, mientras yo sea Gerente, tienen deberes pero no derechos... —replicó el señor le Uricoechea—. ¿Sabe qué pienso yo de la democracia? Que es muy buena pero entre poquitos... Y no se haga ninguna ilusión de que la gente decente va a permitir que la plebe inmunda, los ruanetas y los guaches, se tomen el poder... Por otra parte, al Banco no le conviene que sus empleados sean enemigos del gobierno... Los Bancos son, han sido y serán gobiernistas incondicionales... De manera que si quiere conservar la importante posición que le he encomendado y seguir disfrutando de mi confianza ¡gánese el sueldo honradamente, trabajando duro y

parejo, no se equivoque jamás y absténgase de intervenir en política!!

— Sus órdenes serán cumplidas..., pero ¿habrá la posibilidad de que me aumenten el sueldo? —preguntó Baltasar—.

— ¡Yo no había visto un cinismo igual al suyo...! —respondió el señor de Uricoechea—. Lo he llamado para increparle sus errores, su mala conducta, sus intromisiones en política y a usted lo único que se le ocurre decir es que necesita un aumento de sueldo...! ¡Qué desfachatez! En primer lugar, usted no lo merece; en segundo, yo nunca he sido partidario de los aumentos de sueldo a los empleados porque está demostrado que trabajan mejor con hambre; y en tercero, el Banco no puede, por ahora, hacer esas erogaciones...

— ¿Y las utilidades obtenidas en el último semestre? —se atrevió a preguntar Baltasar—.

— ¡No pretenderá que se las dé a usted para

premiarlo ¿verdad? —contestó el señor de Uricoechea, sarcásticamente—. Esas utilidades no son para distribuir entre los parásitos y los zánganos que viven del Banco... Pero hemos hablado demasiado... Usted y yo estamos perdiendo tiempo... ¡Puede retirarse! Por esta vez lo perdono...

La cólera que lo ahogaba no le permitió a Baltasar responder. Habría sido feliz arrojándole una bomba al grotesco tirano para verlo saltar en pedazos. Y muchas veces, después, gozó voluptuosamente imaginárselo frente a un pelotón de fusilamiento revolucionario o colgado de una horca levantada por la justicia popular. Hizo una ligera venia y se marchó.

— ¿A usted también le dieron 30 monedas de plata por denunciarme? —le preguntó a Triviño, cuando llegó a su lado—. ¡Estos Judas sobornados por el capitalismo son peores que el de la Pasión!! Pero cuando el pueblo llegue al poder ¡arreglaremos cuentas!!

En 1926 no llegó, obviamente, el pueblo, pero sí el doctor Miguel Abadía Méndez, a quien le correspondía el turno, pues había hecho cola durante 40 años y ocupado todos los cargos municipales, departamentales y nacionales de alguna categoría, con excepción de la Presidencia de la República. Hombre introvertido, circunspecto, adusto, impenetrable, era más fácil saber —frente a él— qué estaba pensando un espía japonés. Con su nombre fue unido a las urnas el partido conservador y el liberal, para no exponerse a una segura derrota, se abstuvo de lanzar candidato. El doctor Abadía obtuvo 370.492 votos (todos auténticos, según Casiano Pardo y fraudulentos en un 70%, según Baltasar Riveros), quienes sostuvieron prolongadas y candentes polémicas sobre el resultado electoral, pero no ya en la "Botella de Oro", con cuyo administrador se habían malquistado la noche en que impidió, con su intervención, que se fueran a las manos, sino en el Café "Windsor", situado en la Calle del Chorro de Santo Domingo (Calle 13 entre Carreras 7a. y 8a.), escogido por los dos

íntimos enemigos como nuevo punto de reunión y campo de sus batallas verbales.

Al "Windsor" concurría todas las tardes, como en el chotis de Agustín Lara, "la crema de la intelectualidad" y brillantes figuras jóvenes de los dos partidos políticos: León de Greiff, Luis Vidales, Alejandro Vallejo, Juan Lozano y Lozano, Jorge Zalamea, José Mar, Alberto y Felipe Lleras Camargo, José Camacho Carreño, Augusto Ramírez Moreno, Joaquín Fidalgo Hermida, Silvio Villegas, Eliseo Arango, Luis Paláu Rivas, Moisés Prieto, Diego Mejía, Gabriel Turbay, Luis Tejada, Ricardo Renden, Carlos Uribe Prada y muchos más. Los contertulios hablaban de literatura y de política, de música y de filosofía, de poesía y de pintura, referían cuentos y gracejos, improvisaban coplas y bebían café, brandy y cerveza, a los acordes de una magnífica orquesta. Baltasar y Casiano acudían diariamente, a las 6 p.m. El primero saludaba a los políticos e intelectuales de izquierda y, principalmente, a Gabriel Turbay, los hermanos Lleras Camargo y Luis Tejada, por

quienes sentía una viva admiración; y el segundo a los conservadores y, en forma especial, a José Camacho Carreño, cuya elocuencia en el Parlamento y el foro lo apasionaba.

Para el Presidente Abadía era mucho más importante cazar 100 patos en la laguna de "La Herrera" o hacer una serie de 50 carambolas, que los problemas y las necesidades de sus compatriotas. Y cuando soltaba la escopeta y el taco, se cruzaba de brazos a ver crecer los unos y las otras, porque —en su concepto— aquéllos y éstas se resolvían solos.

Dos hechos agitaron las aguas de ese lago tranquilo que fue su gobierno: la huelga y matanza de las Bananeras y los sucesos del 8 de junio de 1929, en que perdió la vida el estudiante nariñense Gonzalo Bravo Pérez. El primero de esos acontecimientos aparece referido en la Historia de Colombia, de Henao y Arrubia, en los siguientes términos: "Muy distinta fue la situación que ofreció posteriormente la región bananera de la

provincia de Santa Marta, del Departamento del Magdalena, sobre el Océano Atlántico. Gravedad verdadera presentaron los sucesos que se ofrecieron allí en la primera mitad del mes de noviembre de 1928.

"Por cuenta de la compañía americana "United Fruit Company" y de empresarios particulares colombianos, trabajaban en la zona del precioso fruto cerca de veinticinco mil obreros, muchos de ellos extranjeros, de clase ínfima, que propalaban sus ideas disociadoras. Al principio se inició el movimiento pacíficamente, con dos fines: aumento de los salarios y mejoramiento de los contratos sobre seguros. Poco a poco fueron empleando medidas violentas a todo lo largo de la vía férrea establecida para el servicio de la zona, con allanamiento de los hogares en forma audaz y agresiva; destrucción del banano que estaba listo para la exportación; se trató de impedir por la fuerza el servicio regular de los trenes y la continuación del corte de bananos y se atentó contra la libertad de los

mismos obreros que querían continuar trabajando y no secundaban el movimiento. Luego, los alzados desarmaron una escolta del ejército; destruyeron las líneas telegráficas y telefónicas; circularon hojas incendiarias; se desconoció a las autoridades, que fueron atacadas y las propiedades particulares sufrieron el pillaje y el incendio. El gobierno declaró turbado el orden público el día cinco del mes siguiente, como medio de defensa social, una vez agotados los recursos que indicaba la prudencia para ver de pacificar los ánimos, en la provincia dicha, Las vías de hecho adoptadas, mediante el imperio de la ley marcial, hicieron renacer la tranquilidad y volver al régimen legal. El orden público se restableció en la región el 14 de marzo de 1929". ¡Así se escribe la historia! Los historiadores no hablan de un solo muerto, mientras que García Márquez —en "Cien Años de Soledad"— afirma que fueron tres mil. La verdad está en el justo término medio, porque hubo centenares, cobardemente asesinados por los soldados del General Cortés Vargas. Pero eso no se puede decir en un texto de historia. Es mejor

recurrir al eufemismo de aseverar que "las vías de hecho adoptadas hicieron renacer la tranquilidad" y más cómodo —para ahorrarse el análisis de un hondo problema social— calificar de "ideas disociadoras" las justas peticiones de los trabajadores y motejarlos a éstos de "alzados". Milagrosamente Henao y Arrubla no les dan a los libertadores la denominación de insurrectos y facciosos y a las actas de independencia de las distintas ciudades la de documentos subversivos.

El otro hecho que obligó al doctor Abadía Méndez a suspender transitoriamente sus cacerías de patos y sus partidas de billar, fue el movimiento popular organizado en el Jockey Club para derrocar a la "rosca" que se había apoderado de la administración pública de Bogotá (todos los grandes movimientos populares: el del 13 de marzo de 1909, el del 8 de junio de 1929, el del 10 de mayo de 1957, se han gestado en los elegantes salones de ese Club) y para protestar por la destitución de Luis Augusto Cuervo, Alcaide de la ciudad. Hubo manifestaciones y discursos. Y

una bala perdida (todas las que disparan los militares contra los civiles lo son) le causó la muerte a Gonzalo Bravo Pérez, estudiante de derecho. Una junta de notables (nada confiere más notabilidad que el dinero) solicitó y obtuvo la caída del Director de la Policía y de los Ministros de Guerra y Obras Públicas. Y el "pueblo", logrados sus objetivos, se disolvió pacíficamente.

Baltasar Riveros pidió y le fueron concedidas las vacaciones a que tenía derecho en el Banco, para participar activamente en las jornadas democráticas de aquellos días. Durante tres no comió ni durmió; asistió a nueve manifestaciones; oyó treinta y cuatro discursos; estuvo a punto de morir aplastado bajo los cascos de los caballos que lanzaron los carabineros contra la multitud en la Plaza de Bolívar; allí sufrió un bolillazo en la cabeza y un sablazo en un hombro; aprovechó el posterior acuartelamiento del ejército y la policía para recorrer la ciudad, haciendo tremolar su vieja y ya descolorida bandera, desde la Plaza de las Cruces hasta San

Diego y desde Egipto hasta La Capuchina, lanzando vivas al gran partido liberal y abajos a los godos; cantó el Himno Nacional, La Marsellesa, "La cucaracha", "Adelita" y otras canciones de la revolución mexicana; aplaudió frenéticamente a los oradores; caminó, trotó y galopó en todas direcciones; accionó, gesticuló, vociferó y discutió con innumerables personas y fue tan intensamente feliz como nunca antes lo había sido.

Extenuado, pálido y ojeroso, con el cabello en desorden, y completamente afónico, pero con una sonrisa eufórica y la felicidad reflejada en el rostro, penetró al Café "Windsor", frotándose las manos, y buscó a Casiano, quien lo esperaba en una mesa: — ¡Triunfamos, carajo, triunfamos! "Allons enfants de la patrie...!". ¡Oh, gloria inmarcesible! ¡Oh, júbilo inmortal!

— Vamos por partes... —respondió Casiano—. En primer lugar: ¿quiénes fueron los que triunfaron?

— Pues quiénes iban a ser sino los proletarios, los obreros, los campesinos, los de abajo... En una palabra: ¡el pueblo! —contestó Baltasar—.

— Yo no sabía que los proletarios ios obreros y los campesinos fueran socios del Jockey Club., —replicó Casiano—. Porque éstos fueron los triunfadores...

— ¡Hombre de poca fe! ¡Tienen ojos y no ven...! ¡Oídos y no oyen! —repuso Baltasar, muy satisfecho de su erudición evangélica—.

— Yo lo que he visto y oído es que ios notables, como se llaman a sí mismos los ricachones, le exigieron a Abadía Méndez que destituyera a dos de sus Ministros y el muy pendejo, aflojó... —respondió Casiano—.

— Me permito recordarte que ese pendejo es el Presidente conservador, elegido unánimemente por ustedes los godos... —dijo Baltasar—.

— Ese viejo bolas de apio ¿no es conservador! —contestó Casiano—. Si lo fuera, no habría sacrificado el principio de autoridad, para darles gusto a unos cuantos señorones...

— A unos cuantos señorones ¿no! ¡Ai pueblo soberano! —replicó Baltasar, ya gritando—. O ¿qué quería? ¿Que le hubiera ordenado al ejército disparar?

— Tranquilidad, viene de tranca... Y a grandes males, grandes remedios... —repuso Casiano—. Sí Cortés Vargas no hubiera pasado al papayo a unos pocos revoltosos en la Zona Bananera, habrían tumbado al gobierno...

— Ustedes, ios godos, todo lo resuelven a plomo... —respondió Baltasar—.

— Y ¿de qué estaban hechas las balas que usaron ustedes, los cachiporros, para asesinar conservadores en la última guerra? ¿De algodón? —preguntó Casiano—.

— A mis copartidarios no los trata usted de cachiporros...! ¡Godo arrastrado! —gritó Baltasar, dándole un primer golpe a la mesa—.

— ¿Comenzaron los golpecitos? —preguntó, iracundo, Casiano—. Aunque desbarate la mesa a manotazos ¡a mí no me asusta! Yo no soy el viejo Abadía Méndez que se las pisa y pregunta de quién son...

— ¡Respete al primer magistrado de la República! —replicó Baltasar—. ¡Y respete también a los doctores que están en la otra mesa: al doctor Turbay, al doctor Jorge Zalamea, al doctor Alberto Lleras, a Don Luis Vidales, al Maestro de Greiff.,.! (los cinco personajes asistían, regocijados, a la escena, desde una mesa contigua). ¿No le da vergüenza?

— ¡Al que debía darle vergüenza es a usted: permanecer con el sombrero puesto, bajo techo, en un lugar tan respetable como éste...! Y a propósito: ¿por qué no se lo ha quitado? —preguntó Casiano

—.

— No me lo he quitado... —respondió Baltasar, visiblemente azorado, porque estoy muy acalorado... Pero le voy a dar gusto... —y se descubrió, mostrando un vendaje que le cubría el parietal derecho—.

— Y eso ¿qué le pasó? —preguntó Casiano, observándolo—. Se me pone que en una de las manifestaciones de ayer lo hirieron, por estar buscándole tres patas al gato...

— Fue que me caí... —contestó Baltasar, bastante turbado—.

— ¿No sería, más bien, que le cayó algo encima? —inquirió Casiano, sonriendo—. Por ejemplo: ¿una culata o un bolillo?

— Pues para que usted se alegre, eso fue lo que pasó... — repuso Baltasar, muy contento de haber salido del mal paso—. Como los liberales de Une no le tenemos miedo a nadie, me le

enfrenté a la policía en la Plaza de Bolívar y un "chapol" me rajó la cabeza de un bolillazo... ¡A mucha honra! Y cuantas veces sea necesario salir en defensa del pueblo, estaré dispuesto a jugarme la vida...

— ¡No hay lambón que no chupe...! — comentó Casiano—.

— ¡Lambón usted, que vive adulando a los asesinos y los explotadores del pueblo! — exclamó, furibundo, Baltasar—. Y agradezca que están presentes mis jefes, porque si no le volaba los dientes de una trompada, ¡godo infeliz! Por respeto a ellos me voy... ¡Y que me parta un rayo el día en que vuelva a este café...!! ¡Adiós, jefes ilustres! —agregó, dirigiéndose a Gabriel Turbay y sus compañeros de mesa y, sin despedirse de Casiano, se marchó—.

— Perdónenlo, doctores, porque no sabe lo que hace... —les dijo éste a aquéllos—. ¡El pobre es tan bruto! —pagó la cuenta y se dispuso a salir

—.

Alrededor de una mesa situada cerca a la puerta, conversaban animadamente sobre la actualidad política, los cinco "Leopardos": José Camacho Carreño, Augusto Ramírez Moreno, Silvio Villegas, Elíseo Arango y Joaquín Fidalgo Hermida. Casiano les dijo: — Buenas noches, distinguidos copartidarios... Dios y la Virgen Santísima del Carmen los protejan y les den su salud, por el bien del partido conservador...

Cuando abandonó el café, Carlos Julio Ramírez, quien era un niño a la sazón, acompañado por la orquesta, cantaba:

"Princesita la de ojos azules y labios de grana,  
mariposa de lindos colores, florecita de alegre  
mañana..."

## Capítulo IV

El sol se había levantado aquel día más temprano que de costumbre y se paseaba, orondo, por un cielo sin nubes. Los cerros de Monserrate y Guadalupe, desconcertados, lo habían visto trepar por sus espaldas, a una hora inusitadamente prematura, asomarse a la ciudad dormida, en que titilaban aún los cocuyos eléctricos de las bombillas y después a la Sabana ubérrima, que empezaba a desperezarse con el trino de los copetones, el mugido de las vacas y el chirrido de los carros de yunta. A las siete de la mañana la temperatura era tibia como si la urbe, para burlarse del conquistador sádico que la fundó en un nido de águilas, hubiera descendido 1.600 metros.

El Astro Rey, título que se le daba todavía al sol, aunque quedaban ya muy pocas coronas en el mundo, lanzó uno de sus primeros rayos sobre la Calle del Pecado Mortal, se deslizó por varios tejados hasta posarse en el de la casa de doña

Tránsito Carrasco viuda de Rosillo, retozó sobre él brevemente, acabó colándose por la claraboya encargada de evitar que el aposento de Casiano Pardo no solamente fuera un antro moral sino físico y descendió hasta el rostro del respetable miembro del partido conservador y negociante en finca raíz quien, despertándose, optó por seguir el ejemplo del astro precitado, con alguna vergüenza de que éste le hubiera tomado la delantera. Para no interrumpir una tradición inveterada (lo que habría sido inaudito en un conservador como él), orinó, rezó sus oraciones matinales, de rodillas, frente a las nueve imágenes que pendían de la pared, besó y acarició a cada una de sus veinte amantes desnudas, saludándolas con los consabidos piropos, se lavó la cara y se rasuró, se puso el menos agujereado de sus calzoncillos, la menos averiada de sus franelas, la menos raída de sus camisas, el menos maltrecho de sus trajes, la menos antigua de sus corbatas, las menos zurcidas de sus medias y sus únicos zapatos negros, recién remontados (porque aquel día tenía una cita importante con el posible comprador de una casa

en San Agustín), se peinó con esmero ante el espejo y salió de la habitación.

Avanzó hasta el centro del patio, convertido por doña Tránsito en una selva de matas de azalea, geranio, arabia, cilantrillo, ala de ángel, cananga, novios, manto de María, mirto, diosme, begonia, yedra y heléchos. Nunca había visto, en Bogotá, un sol más radiante ni un cielo más azul. Y jamás, a esa hora, había sentido un calorcillo tan reconfortante. Recordó un poema de Rafael Pombo que comienza: "Hoy es del año el más hermoso día...".

— Ahí metido entre todas esas matas, se parece a Arturo Cova en Casanare... —le dijo Azucena (quien acababa de leer "la Vorágine") desde la puerta de su pieza—.

— Aquí veraneando como nos toca a los pobres en Bogotá... —replicó Casiano—. Y solo, porque como no tengo una Alicia que me acompañe...

— Conmigo sí no cuente para eso... — respondió Azucena—. Está lindo el día ¿no?

— ¡Lindísimo! —exclamó Casiano—, Casi tanto como usted... ¿Por qué no ha vuelto a visitarme? Me ha dejado esperándola...

— Lo grave sería que usted me dejara esperando a mí... —repuso Azucena, con una sonrisa maliciosa—. Además, usted tiene varias amigas que lo visitan... ¿Recuerda la del otro día?

— ¡Por favor! —le suplicó Casiano, llevándose el índice a los labios—. ¡De eso ni una palabra!

— ¿Pero acaso no era una señorita muy digna y muy respetable? —preguntó Azucena—.

— ¡Claro que sí! —contestó Casiano—. Pero precisamente por eso hay que evitar que se sepa que estuvo aquí... ¿Quién le aguanta la lengua a doña Filomena?

— ¿La lengua a quién? —preguntó doña Filomena, saliendo de la columna tras la cual había escuchado la conversación—.

— A usted... —respondió Casiano, asustado—. Como no la puede tener quieta...

— El que no puede tener nada quieto: ni la lengua ni los demás órganos es usted...! —gritó doña Filomena, con los ojos fuera de las órbitas—. Afortunadamente alcancé a oír las propuestas que le estaba haciendo a Azucena... ¿Con que está loco porque lo visite en su pieza, no? Supongo que no será para rezar el rosario... ¡Usted es un vagabundo de siete suelas...!

— Le pido, señora, un poco de respeto... —dijo Casiano—.

— Pues sí quiere que lo respeten ¡respete a la gente! —replicó doña Filomena—. ¡No traiga mujerzuelas aquí para acostarse con ellas! ¡No empapele la habitación con monas desnudas! ¡No

guarde sostenes y calzones de mujer en un baúl!

— Nada de eso le consta a usted... — respondió Casiano—.

— ¿Que no me consta? —preguntó, furibunda, doña Filomena—. Mire cabailerito: varios lunes he hecho el papel de irme a misa al Cementerio, pero me he devuelto a las pocas cuerdas, he pasado en puntas de pies por su pieza y he oído el traqueteo del catre y a usted resoplando como una locomotora...

— Lo que pasa es que yo sufro de paludismo y me dan unos escalofríos tremendos... —contestó Casiano—.

— ¡Ah!, ¿sí? —preguntó doña Filomena, con sarcasmo—. ¿Y usted besa a los escalofríos y les dice palabras de amor?

Casiano, anonadado, no supo qué responder, Azucena, compadecida, salió al quite: — ¿Por qué no suspenden la discusión y nos vamos a

desayunar? —preguntó—. Mientras doña Tránsito no nos vea sentados a la mesa, no nos sirve...

— Sí, es lo mejor... —dijo Casiano, lanzando sobre Azucena una mirada de gratitud—. ¡Vamos! —y los tres se dirigieron al comedor y ocuparon sus puestos habituales—.

— ¡Qué día tan divino! ¡Bogotá se nos volvió tierra caliente...! —exclamó doña Tránsito entrando con una bandeja sobre la que humeaban tres tazas de "changua" y otras tantas de café—.

— ¡Está precioso! —comentó Azucena—.

— Como para almidonar... —anotó doña Filomena—.

— Hacía mucho tiempo que no se veía uno tan bonito... —apuntó Casiano—. A las 12 el calor va a ser terrible...

El único tema, durante el desayuno, fue el metereológico. Doña Filomena se retiró tan pronto

como hubo terminado.

— Bueno, Azucena ¿y qué ha resuelto? —le preguntó Casiano cuando quedaron solos—.

— Que he resuelto ¿de qué? —preguntó Azucena—.

— ¿De qué será? — contrapreguntó Casiano—. De lo nuestro...

— Pero ¿qué es lo nuestro? —inquirió Azucena—. Si los dos no tenemos nada...

— Porque usted no ha querido... Pero en cualquier momento podemos tener algo... — contestó Casiano—.

— ¿Y qué es lo que vamos a tener? —volvió a preguntar Azucena—.

— Por ejemplo: un romance, un idilio... ¿No le gustaría? — preguntó Casiano—.

— Mejores propuestas me han hecho... — repuso Azucena—. Yo sé en lo que paran esos romances... A los nueve meses comienzan a berrear las consecuencias... Me voy porque tengo que acabar un vestido que debo entregar esta tarde... —agregó, levantándose de la mesa—.

— ¡Allá usted y sus bestialidades! — contestó Casiano—. Yo también me voy a cumplir una cita...

Salió a la calle y echó a andar en dirección a la de la Portería, donde funcionaba el "Café Inglés", lugar en que había quedado de encontrarse, a las 9 a.m., con Conrado Amézquita (amigo suyo que solía servirle de oficial de enlace en operaciones de finca raíz), quien debía presentarle al presunto comprador de una amplia y valiosa casa situada en el Camellón de San Agustín, que él había sido comisionado para vender. Ninguna nube empañaba el azul intenso del cielo, como si estuvieran disfrutando de unas vacaciones colectivas y el sol avanzaba con la

petulante arrogancia con que lo hacía don Juan Crisóstomo de Uricoechea, patrón de Baltasar Riveros, por los pasillos del Banco de la Patria. Una insólita temperatura de 18 grados había logrado el milagro de que los bogotanos desarrugaron el ceño e intercambiaran sonrisas eufóricas.

Casiano caminaba silbando un aire de moda: "Allá en mi rancho bonito" y a todas las mujeres con quienes tropezaba, entre los 15 y los 50 años, les disparaba un piropo, pues tenía la teoría de que no había ninguno perdido. "La que no cae muerta o herida, agradece la intención que uno ha tenido de derribarla", decía frecuentemente el desaforado cazador. A la altura de la Calle del Panteón de las Nieves con la Avenida de la República, vio que en sentido contrario venía una jamona exuberante, en la que el tamaño de los ojos emulaba con el de los senos y el de éstos con el de las nalgas: — ¡Adiós, mamacita! Así me las ha recetado el médico... —le dijo, desnudándola con la mirada—.

— Y este barrigón ¿qué estará pensando? — le preguntó ella, mirándolo de pies a cabeza—.

— Ojalá que a vos te crezca la barriga tan honestamente como a mí... —respondió Casiano, sonriendo—.

En el Parque de Santander lo esperaba una desagradable sorpresa, pues en una de las bancas permanecían sentados, en animado palique, el Reverendo Padre Ciríaco Antorveza y Chavita, la florista de la Calle de las Béjares, y tan entretenidos que, aunque pasó frente a ellos, no advirtieron su presencia. Casiano sintió una inmensa rabia y unos vehementes deseos de matarlos a ambos. Pero a sus instintos de amante celoso se sobrepusieron sus acendradas creencias religiosas. Pensó en la cara que pondrían el Sagrado Corazón, el Divino Rostro, la Inmaculada Concepción, el Ángel de la Guarda, la Virgen del Carmen, San Antonia de Padua, San Judas Tadeo, Santa Rita de Casia y las Benditas Almas del Purgatorio cuando se enteraran de que, en

desarrollo de una tragedia pasional, había asesinado a un sacerdote; se imaginó los comentarios de los miembros de las cuatro congregaciones a que pertenecía, los de sus copartidarios de Choachí, los de Baltasar Riveros; reflexionó en el castigo que le esperaba en la tierra y debajo de ella, en el infierno, y optó por desistir de sus proyectos de venganza y proseguir tranquilamente su camino; a partir de ese momento, sin embargo, tuvo la extraña sensación de que sus huesos frontales —después de romper la dermis y la epidermis— habían resuelto asomarse al mundo exterior.

Sobre las paredes del Pasaje Rufijo Cuervo habían sido pegados unos carteles que decían: "CONVOCATORIA URGENTE. Se cita a todos los conservadores partidarios de la candidatura presidencial del General Alfredo Vásquez Cobo a una importante reunión que se celebrará hoy a las 9 a.m. en la sede del Directorio Vasquista".

No había tiempo que perder. En su reloj eran

las 8 y 45, en el de la Catedral las 8 y 50 y en el de San Francisco las 8 y 55 minutos, porque en Bogotá nunca se ha operado el milagro de que tres estén de acuerdo. La importantísima cita que había concertado para las 9, a pocos metros de allí, había perdido todo interés. Cumpliéndola podía ganarse unos buenos pesos, pero primero estaban sus deberes con la patria y sus obligaciones con el partido conservador, que para él se confundían en unos solos. Aunque Casiano no era, como su amigo Baltasar, un fanático ni abrigaba la más remota esperanza de que los triunfos electorales de su partido mejoraran la situación general ni la suya, era un soldado disciplinado, presto siempre a acudir al llamamiento de sus jefes políticos y a obedecer incondicionalmente sus órdenes. No en vano había nacido en Choachí, bastión tradicionalista de la Provincia de Cáqueza y bebido los principios de la doctrina conservadora de los labios del Cura Párroco y de los del General Ruperto Meló; no en balde sus tatarabuelos, bisabuelos, abuelos y padres habían defendido la causa de la religión y del orden en las

guerras civiles de 1840, 1854, 1860, 1876, 1885, 1895 y 1899 y no inútilmente había escupido azul de Prusia y orinado azul de metileno desde su más temprana infancia.

Habían sido ya lanzadas las candidaturas de Guillermo Valencia y del General Alfredo Vásquez Cobo y el partido liberal no había proclamado aún la de Enrique Olaya Herrera. Recientemente un periodista había interrogado a varios políticos y parlamentarios liberales acerca de la actitud que asumirían en el supuesto de que su partido no lanzara ninguna. "En caso de que no haya candidato liberal usted ¿por cuál de los candidatos conservadores estaría dispuesto a votar?". "Su pregunta —respondió Antonio José Restrepo— me hace acordar del bobo de mi pueblo, quien se sentaba en una esquina de la plaza, se ponía a majar con un palo un poco de mierda, la dividía en dos porciones y a todo el que pasaba le preguntaba: ¿A usted de cuál le provoca?". La fecal comparación de "Ñito" había hecho desternillar de la risa a Baltasar Riveros,

quien no desperdiciaba ocasión de repetirla. A Casiano Pardo, obviamente, no le había hecho ninguna gracia, pues sentía por los dos caudillos una encendida admiración, aunque —como todos los godos de la "línea dura"— prefería al General Vásquez Cobo.

A grandes zancadas, para no llegar tarde, se dirigió a la sede del Directorio Vasquista, que funcionaba en una casona de la Segunda Calle de Florián. Allí estaban ya reunidos e) General Mazabel, el General Suárez Castillo, el General Micolta, el General Ruperto Meló, otros héroes de la guerra de los Mil Días y el doctor Sotero Peñuela, supremo Zaque de las tribus de Boyacá, propietario de una cabellera tan hirsuta como sus ideas, pantalones de saltar charcas, calzoncillos y botas de amarrar, tres escapularios y un escudo con la imagen de la Virgen de Chiquinquirá en la solapa, quien —puesto de pie— dijo: "El sacrosanto partido conservador, fundado por Dios Nuestro Señor el mismo día en que pronunció el Sermón de la Montaña, según acta que conservo en

mi casa de Punta, al que pertenecieron todos los Apóstoles, con excepción de Judas quien, como buen traidor, era liberal; del que han sido miembros todos los santos, vírgenes, mártires, Papas, Cardenales, Arzobispos, Obispos, sacerdotes, monjas, Hermanos Cristianos, legos y sacristanes que ha habido en el mundo; al que están afiliadas todas las personas honorables y decentes del universo, se encuentra en peligro. Y el único que puede salvarlo es el invicto General Vásquez Cobo, superior como guerrero a Aníbal, a Julio César, a Carlomagno, a Napoleón, a Bolívar, a Von Ludendorf, a Von Hindenburg, a Joffre, a Foch, e infinitamente superior, desde luego, a ese par de herejes que se llamaron el General Uribe Uribe y el General Herrera, quienes deben estar ardiendo en los profundos infiernos. Nuestro candidato, además, hizo algo que ninguno de los personajes que he nombrado fue capaz de hacer: ¡construir el Ferrocarril del Pacífico! Esto demuestra que tiene los pantalones muy bien amarrados y que es un hombre echao'palante, como decimos en Boyacá. Y ese es el Presidente que

necesita el país...! Algunos conservadores desteñidos y blandengues han lanzado la candidatura del poeta Valencia, quien sólo sabe hacer versos a unos animales que no conocemos como los camellos, las cigüeñas y el centauro, que fue candidato de los liberales ateos en 1918 y que, según las malas lenguas, es masón... No queremos un Presidente que sepa tocar la lira sino uno que sepa manejar el teodolito del progreso y el azadón del trabajo y que, llegado el momento, sea capaz de empuñar un fusil para, combatir a los enemigos de Dios y de la religión...! ¡Viva el futuro Presidente de la República General Alfredo Vásquez Cobo! ¡Viva el sacrosanto partido conservador! ¡Viva Cristo Rey! ¡Mueran los rojos descreídos! ¡Viva la santa religión católica!".

El discurso de Sotero, idéntico en el fondo y en la forma a todos los que había pronunciado hasta entonces y a los que pronunció posteriormente, calificado por "El Nuevo Tiempo" del día siguiente como "un compendio de filosofía política y una magistral exégesis del pensamiento

conservador", entusiasmó al auditorio hasta el frenesí. Casiano, de ordinario tan incrédulo y apático, contagiado del delirio colectivo, no sólo lanzó vítores estrepitosos y aplaudió rabiosamente, sino que le hizo entrega al tesorero del movimiento de los únicos cinco pesos que llevaba consigo.

La división conservadora continuó ahondándose por la obstinación de los dos candidatos a no deponer sus ambiciones y la vacilante actitud del Arzobispo Perdomo, quien primero recomendó la candidatura del uno y después la del otro. Y el partido liberal vio una ceja de luz en el horizonte y le ofreció la candidatura presidencial a Enrique Olaya Herrera, obsecuente servidor de la hegemonía, exMinistro de Relaciones Exteriores de Carlos E. Restrepo y de Jorge Holguín, exMinistro en la Argentina y Chile y Ministro en Washington desde 1922.

Olaya, hombre cauto, astuto y sagaz, transaccional y contemporizador, la aceptó con la

condición de que no fuera una candidatura de partido sino de "concentración nacional", regresó al país e hizo una campaña relámpago.

El día más feliz de la vida de Baltasar Riveros fue el de la llegada del candidato liberal a Bogotá. La víspera compró dos yardas de raso rojo para reemplazar su vieja y descolorida bandera, una corbata encarnada para sustituir la desteñida que guardaba en su armario, una cinta roja para superponer en la verdinegra de su antiguo sombrero de fieltro, el clavel más rojo que encontró en una floristería, un escudo con la efigie de Olaya para lucir en la solapa y una botella de aguardiente. Se levantó muy temprano y — mientras desnudo al pie de la alberca, se echaba agua helada con la ayuda de una totuma, trataba inútilmente de sacarle espuma a un jabón de la tierra y se refregaba el cuerpo con un estropajo— comenzó a cantar a voz en cuello:

"Ranchito hermoso

que alegra el hogar

de la que adoro,

divina mujer de bucles de oro y cuerpo gentil de  
licenciosa..."

Era la letra de "El Guatecano", un bambuco de Emilio Murillo, que resultaba alusivo al acto de ese día, pues el doctor Olaya Herrera era oriundo de Guateque (Boyacá).

— Hoy sí que amanecemos contentos... —le dijo Zoila, haciéndole entrega de una toalla—. ¿Fue que le aumentaron el sueldo?

— ¡Qué sueldo ni qué carajo! —respondió Baltasar—. Usted no piensa sino en la plata... ¿Cómo no he de estar contento si hoy llega a Bogotá el salvador de Colombia, el redentor de la patria, el Mesías prometido? ¡Viva el gran partido liberal! ¡Viva el doctor Enrique Olaya Herrera!

— ¡Sí, que vivan el gran partido liberal y el doctor Olaya Herrera, aunque usted, sus hijos y yo nos muramos de hambre...! —replicó Zoila, irónicamente—.

— ¿Por qué serán tan brutas las mujeres? —preguntó, ya colérico, Baltasar—. ¿No entiende usted que con el triunfo de Olaya Herrera vendrá la solución de todos los problemas?

— Hasta no ver, no creer... —repuso Zoila—, ¿Cuánto tiempo llevamos esperando que se nos arregle la situación?

Baltasar, fingiendo que no había oído a su mujer, continuó cantando: "Hilito de agua, de

suave rumor...".

A las 6 y 30 a.m. él y sus hijos se sentaron alrededor de la mesa del comedor, mientras Zoila les servía el desayuno compuesto por una taza de agua de panela y un pan de centavo. Después de llamar a lista y verificar que había quorum, declaró abierta la sesión. Zoila, a su turno, rezó la oración consabida: "Unos tienen y no pueden; otros pueden y no tienen; nosotros tenemos y podemos ¡bendigamos al Señor!".

— Pues de ahora en adelante sí que vamos a tener y a poder... —comentó Baltasar, iniciando su cátedra de filosofía política—. Porque les tengo muy buenas noticias...

— ¿Lo ascendieron en el Banco, papacito? —preguntó Sergio—.

— Todos ustedes son iguales a su mamá: no piensan sino en el vil metal... —respondió Baltasar—. ¿Cuántas veces tendré que decirles

que no sólo de pan vive el hombre? Se trata de algo mucho más importante... A que no adivinan ¿quién llega hoy a Bogotá?

— ¿Será Lindbergh, otra vez? —  
contrapreguntó Paulo Emilio—.

— ¡No sea pendejo, mijo! —contestó Baltasar—. El que va a llegar hoy es el doctor Enrique O-la-ya He-rre-ra...

— ¿Y quién es ese viejo? —inquirió Policarpa—.

— ¡Nada de viejo! ¡Y cuidadito con faltarle al respeto al futuro Presidente de la República! —ordenó Baltasar, enérgicamente—. El doctor Olaya es el hombre más grande que ha producido Colombia, América, el mundo... El no sólo es grande física sino intelectual, espiritual y moralmente... Y como la candidatura de este hombre tan grande, ha sido proclamada por el partido más grande que ha habido y habrá, que es

el gran partido liberal, el triunfo va a ser muy grande...

— A propósito de cosas grandes, le cuento, mijo, que la cuenta en la tienda de misiá Bernardina está ya grandísima... —dijo Zoila—. Ayer me dijo que no me fiaba un centavo más...

— Pues va a tener que esperar hasta el próximo 7 de agosto... —replicó Baltasar—. Ese día llegará el pueblo al poder y todo se arreglará... Entonces no habrá más escasez ni más privaciones... Todos los buenos liberales tendremos casa propia, pan abundante, educación gratuita para nuestros hijos, hospitales, drogas... ¡Esto va a ser un paraíso! Ya verán...

— Dios lo oiga, mijo, porque el hambre no da espera...

Y el dueño de la casa tampoco... —repuso Zoila—. La última vez que vino me notificó que si no le pagábamos dentro de ocho días los tres

meses de arrendamiento que le estamos debiendo, procedería a iniciar el desahucio...

— ¡Que se atreva a hacerlo! —exclamó Baltasar, dándole un golpe a la mesa—. No sabe lo que le va por la pierna arriba... Porque todos los terratenientes, todos los ricos, todos los explotadores del pueblo serán juzgados por los tribunales populares y recibirán su merecido... ¡Y no alcanzarán los árboles para colgarlos...! Hoy quisiera referirles los asesinatos, los robos y las iniquidades que han cometido los godos durante los últimos 45 años, contarles las hazañas del General Uribe Uribe, del General Herrera, del General Sergio Camargo, del General Cenón Figueredo, del General Leandro Cuberos Niño, del General Paulo Emilio Bustamante y explicarles por qué es tan sumamente grande el gran partido liberal y en qué consiste la grandeza de ese hombre extraordinariamente grande que se llama Enrique Olaya Herrera, pero desgraciadamente no tengo tiempo... El doctor Olaya llega a las 3 de la tarde y tengo que ir a coger puesto en la Plaza de

Bolívar... ¡Recemos el Credo Liberal! ¡Pónganse de pie! Y ahora con mucha devoción y respeto, repitan: “Creo en el gran partido liberal, todopoderoso, creador del cielo y de la tierra y en el pueblo, su único hijo, que fue concebido por obra y gracia del General Santander, padeció bajo el poder de los godos, fue derrotado pero nunca pudo ser muerto ni tampoco sepultado, resurgirá el próximo 7 de agosto y ascenderá al poder. Creo en la Santa Iglesia Democrática, en el periódico de los Santos, en el triunfo del doctor Olaya Herrera y en la vida perdurable del liberalismo. Amén”.  
¡Se levanta la sesión!

— ¿Sí oyeron lo que dijo mi papá? —les preguntó Rafael a sus hermanos tan pronto como Baltasar salió del comedor— Que cuando suba el pueblo al poder vamos a comer muy bien...

— Y a estrenar vestidos... —agregó Leandro—.

— Y a comprar casa... —añadió Cenón—.

— Y que nos van a sacar de la Escuela y a matricularnos en los colegios donde estudian los niños decentes... —comentó Antonia—.

— ¡Pura paja! —dijo Sergio—. Ese es el cuento de toda la vida... Y cada vez estamos peor...

— Le voy a decir a mi papá que usted es godo, para que le meta una buena muenda... —anotó Benjamín—.

— ¡Vaya dígame, chino lambón! —replicó Sergio—.

Baltasar terminó de acicalarse, se colocó el clavel rojo en la solapa derecha de la chaqueta, el escudo de Olaya Herrera en la izquierda, el pañuelo encarnado en el bolsillo del pecho, se introdujo la botella en uno de los traseros del pantalón, se tocó con el sombrero circundado por la cinta roja, empuñó la bandera liberal y, ebrio de gozo, se lanzó a la calle.

La Plaza de Bolívar estaba vacía aún, pero él se apostó debajo del balcón del 13 de marzo, desde el cual hablaría el candidato. Paulatinamente fue llegando gente procedente de los cuatro puntos cardinales de la ciudad, portando banderas y carteles. A las 2 de la tarde no cabía un alma más. Baltasar, clavado en su sitio del que no se había movido durante siete horas, poseído por una emoción indescriptible, se llevaba frecuentemente la botella a la boca y apuraba grandes tragos de aguardiente, mientras lanzaba gritos estentóreos: ¡Viva el gran partido liberal! ¡Abajo los godos! ¡Viva Enrique Olaya Herrera! ¡Viva el futuro Presidente de la República!

Sobre la muchedumbre flotaba un hálito de ingenua esperanza, de candoroso optimismo. El pueblo, muchas veces, no es un conjunto de seres pensantes, sino una reunión de Baltasares Riveros. Olaya Herrera era la luz después del túnel interminable de la hegemonía conservadora, la fuente después del desierto, el puerto después de) naufragio. Su elección significaría el fin de la

teocracia, del oscurantismo, del atraso y el principio de ía democracia auténtica, de la libertad y del progreso. Para las decenas de miles de Baltasares Riveros que se apretujaban en la Plaza, Olaya era el hombre providencial que. en cumplimiento de un mandato divino, vema a salvar la República.

Cuando el candidato apareció en el balcón que, veinte años antes había utilizado como catapulta para lanzar sus andanadas verbales contra el General Rafael Reyes, la muchedumbre lanzó un inmenso rugido. Baltasar, ya en el segundo grado de embriaguez por obra de las continuas ingestiones de alcohol, rubicundo, excitado, jadeante, sintió un defallecimiento voluptuoso muy parecido al orgasmo. Quiso gritar pero no pudo y hubo de conformarse con agitar frenéticamente ía bandera, mientras por sus mejillas coman, abundantes, las lágrimas.

Olaya, experto en lugares comunes, ambigüedades y eufemismos, poseía una voz de

trueno a la que le imprimía unos trémolos sostenidos que hacían vibrar al auditorio. Fue, indudablemente, el bajo más alto de su época, ya que medía cerca de dos metros. Compensó siempre su déficit de ideas con un superávit de palabras sonoras: patria, república, nacionalidad, derecho, justicia, libertad, trascendental importancia, vital interés. Tenía el don de decir muchas cosas sin decir, a la postre, ninguna. Teatralmente solemne, extendió sus largos brazos sobre la multitud para imponerle silencio y dijo: “Con cuán profundo interés, con cuán sincero entusiasmo, con cuán legítimo orgullo, hemos visto a través de esta gira luminosa el resurgimiento magnífico del partido liberal, que le está diciendo al país que sólo la justicia y el derecho podrán ser los dioses tutelares de la patria!!”.

Los cerros de Monserrate y Guadalupe se estremecieron con la ensordecedora ovación que sucedió a esas palabras. Obviamente las últimas del discurso fueron tan sonoras y vacuas como las primeras. Sin embargo, los millares de Baltasares

—en el clímax de la exaltación— continuaron, por largo rato, aplaudiendo, bufando, vitoreando, cantando, bailando. Riveros, ya incapaz de tenerse en pie, se revolcaba en el suelo como un epiléptico. Al fin, se levantó trabajosamente y se refugió en la Capilla del Sagrario, en una de cuyas bancas se sentó. Estaba exhausto. Y, además, perdidamente borracho, pues había bebido las dos terceras partes de su botella de aguardiente. Unos minutos después, con la satisfacción del deber cumplido, quedó sumido en un profundo sueño.

— ¡A dormir a su casa! Este es un lugar sagrado... —le dijo el sacristán, una hora más tarde, haciendo sonar un manajo de llaves—.

— Era sagrado... —respondió Baltasar, despertándose—. Porque de hoy en adelante pertenece al pueblo... Próximamente construiremos aquí un colegio o una universidad y cambiaremos por libros estos mamarrachos... —y, tambaleándose, salió del templo—.

El 9 de febrero de 1930 se verificaron las elecciones. Olaya Herrera obtuvo 369.934 votos, Guillermo Valencia 240.360 y Alfredo Vásquez Cobo 213.583.

Al día siguiente Baltasar, a la hora acostumbrada, hizo su entrada triunfal al “Windsor”. Los ojos resplandecientes, una ancha sonrisa de satisfacción, el paso marcial, eran los de un vencedor. Por primera vez en su vida conocía la fruición de la victoria. La orquesta tocaba “La ronda de los enamorados”, de “La del Soto del Parral”. En una mesa Gabriel Turbay, Alejandro Vallejo, Jorge Zalamea, Juan Lozano y Lozano, Felipe Lleras y Moisés Prieto comentaban alegremente las incidencias de la jornada electoral, mientras que en otra Augusto Ramírez Moreno, José Camacho Carreño, Silvio Villegas y Elíseo Arango, taciturnos y sombríos, rumiaban la derrota.

Baltasar se acercó a la de estos últimos y les dijo con ironía: — ¡Lo siento inmensamente! —y

agregó sin poderse contener: No me lo alegro, pero siento un fresco... —después se aproximó a la de los políticos liberales—.

— ¡Los felicito, jefes! ¡Y me felicito! ¡Felicitémonos! ¡Estoy más contento que una mirla en un cerezo...! ¡Al fin, carajo, al fin!

Casiano, visiblemente deprimido, lo esperaba en una mesa.

— ¿Cómo la ves? —le preguntó alborozadamente—.

¡Triunfo en toda la línea!!

— Todavía no se ha confirmado... —respondió, malhumorado, Casiano—. Faltan muchos datos...

— ¡No digas pendejadas! —repuso Baltasar—. El General Vásquez Cobo ya reconoció la derrota y felicitó a Olaya...

— Pero el Maestro Valencia, no... —replicó Casiano—.

— Ese viejo nunca ha sabido perder... Así fue en 1918... —respondió Baltasar—.

— Pues no se te olvide que “ese viejo”, como lo llamas ahora, fue tu candidato entonces... —dijo Casiano—.

— Eran otros tiempos... —contestó Baltasar—. Valencia en aquella época era el candidato del partido liberal y yo, por disciplina, voté por él... En todo caso que Olaya Herrera ganó, ganó...

— Suponiendo, en gracia de discusión, que el señor Olaya haya ganado ¿en qué te beneficia a ti su triunfo? — preguntó Casiano—.

— Puede que a mí, directamente, ese triunfo no me beneficie en nada, pero al pueblo y al gran partido liberal, sí... —replicó Baltasar—.

— ¿Cuándo dejarás de ser cándido? —

preguntó Casiano—. El rebaño jamás se beneficia... Se benefician los pastores que lo explotan... ¿Tú sabes quién ha sido el señor Olaya Herrera? Un burócrata de tiempo completo, que no ha soltado la teta del presupuesto en los últimos 20 años, un perrito de todas bodas que, aún desobedeciendo las órdenes del General Herrera y de la Convención de Ibagué, aceptó la Legación en Washington y permaneció en ella durante ocho años, un lacayo servil del imperialismo yanqui que —hace dos años— en la Conferencia de La Habana, defendió la intervención americana en Cuba y Centro América y un campesino boyacense, convertido en aristócrata bogotano, que siente por el pueblo de que tanto hablas un profundo desprecio...

— ¡No le admito que se exprese en esa forma del Presidente electo de Colombia! — repuso enérgicamente Baltasar, suspendiendo el tuteo y dándole a la mesa un primer golpe—. Lo que pasa es que usted, como buen godó, está resollando por la herida... Olaya Herrera es uno de

los hombres más grandes que ha producido este país...

— Físicamente, no hay la menor duda, pues mide más de 1.90... — respondió Casiano—. Pero ¿qué es lo que ha hecho por el pueblo y qué es lo que va a hacer ahora? Que yo sepa, lo único que ha hecho hasta el momento es decir pendejadas, con un vozarrón que ya se la quisieran los boteros del Volga... Y en cuanto a lo que va a hacer, me lo imagino... Repartir el botín entre los mismos señorones de siempre, para dejarlos contentos a todos... Y al pobre pueblo que se lo trague la tierra...

— A los que se va a tragar la tierra es a ustedes los godos camanduleros, asesinos y ladrones... —gritó, coléricamente, Baltasar, asestándole un segundo y violento golpe a la mesa—. —.

— ¡La mesa no es conservadora para que la golpée...! —replicó, ya iracundo Casiano—. —.

Muchas veces le he dicho que sus golpecitos no me asustan... Y si los gobiernos conservadores fueron asesinos y ladrones, el señor Olaya Herrera fue cómplice de todos ellos, pues a todos les sirvió con mucho entusiasmo...

— El no les sirvió a los godos sino a la nación, a la República, a la patria... —exclamó Baltasar, con el rostro congestionado por la ira—.

— Eso dice él y eso dicen todos los politicastos que confunden la patria con sus intereses y sus conveniencias... Y eso es lo que repiten, como loras, los idiotas, los cretinos y los pendejos... —gritó, furibundo, Casiano—.

— ¡Más idiota, más cretino y más pendejo, será usted, godo arrastrado! Si no me diera vergüenza con el doctor Turbay y los otros doctores que están en esa mesa, le rompería la jeta para castigarle sus embustes...! —vociferó Baltasar, fuera de sí—.

— Y si a mí no me diera con el doctor Camacho Carreño y sus compañeros de mesa, le rompería a usted no sólo la jeta sino el alma ¡fanático asqueroso! ¡Sectario inmundo! ¡Cachiporro desgraciado! —rugió Casiano—.

— Pues nos van a tener que aguantar a los cachiporros encima por mucho tiempo... —respondió Baltasar, haciendo un supremo esfuerzo por reportarse—.

— Las señoras dicen que debajo también se goza.

— contestó Casiano, en tono más tranquilo—. De todas maneras, como a usted, por lo que veo, se le han subido los humos con el triunfo y yo no deseo volver a pasar un rato tan desagradable como este, le anuncio que no pienso regresar nunca a este establecimiento...

— Yo había tomado ya la misma determinación... —repuso Baltasar—. Con godos

retrógrados y cavernícolas como usted no se puede hablar...

— Y con rojos ateos, tercos como unas malas, que no admiten razones, mucho menos... — respondió Casiano—. Lo he de ver, dentro de cuatro años, muerto de hambre, con los calzones rotos y los zapatos desfondados, ganando \$40.00 en el Banco, decepcionado de su doctor Olaya Herrera y suspirando por la llegada del pueblo al poder...

— Y yo lo he de ver a usted tratando de estafar a la gente con sus operaciones de finca raíz, enamorando a muchachas incautas, coleccionando pantalones y sostenes, haciendo hostias para el diablo, pecando veintinueve días al mes y arrepintiéndose uno y diciendo estupideces como siempre... ¡Hasta nunca, godo arrastrado! — dijo Baltasar, levantándose muy dignamente de la mesa—.

— ¡Hasta nunca, collarejo infeliz! —

respondió Casiano, sacando la billetera del bolsillo para cancelar la cuenta—.

Los políticos liberales y conservadores que, desde las mesas vecinas, habían escuchado el desarrollo y epílogo del diálogo sostenido por los dos acérrimos amigos, se reían a más no poder.

Olaya Herrera tomó posesión de la Presidencia el 7 de agosto y, confirmando las predicciones de Casiano, nombró un Gabinete compuesto por cuatro personajes conspicuos de uno de los partidos y cuatro no menos egregios del otro: el exPresidente Carlos E. Bestrepo, Eduardo Santos, Francisco de Paula Pérez, Agustín Morales Olaya (primo del mandatario), Francisco J. Chaux, Abel Carbonell, Tulio Enrique Tascón y Fabio Lozano Torrijos. Un “canapé republicano” de ocho puestos. La distribución equitativa del puchero presupuestal. La “partija mecánica” de que habló posteriormente Jorge Eliécer Gaitán. Y el pueblo, como Lázaro, siguió esperando las migajas desprendidas de la mesa del rico Epulón. El

hambre, el desempleo, el analfabetismo, la mortalidad infantil, agudizados por la dramática crisis de la tercera década del siglo, continuaron creciendo. Y estalló una pugna cruenta entre los liberales que creían haber ganado la totalidad del poder y los conservadores que no se conformaban con retener apenas la mitad. El ejército y la policía resolvieron liberalizar, con argumentos de plomo, los Departamentos más aguerridamente tradicionalistas del país y millares de labriegos quedaron tendidos en las breñas de Santander y las campiñas de Boyacá. Laureano Gómez renunció a la Legación en Berlín y regresó a ponerse al frente de sus huestes perseguidas.

El pintoresco conflicto con el Perú, que surgió cuando algunos ciudadanos de ese país, apoyados por el gobierno del General Sánchez Cerro, se apoderaron del puerto de Leticia, sirvió para fortalecer económicamente al régimen de Olaya y apuntalarlo políticamente, ya que todos los buenos patriotas, encabezados por el jefe de la oposición Laureano Gómez, creyendo que era un

drama lo que fue un sainete, lo rodearon fervorosamente y le hicieron entrega hasta de sus argollas de matrimonio; sirvió también para que el General Alfredo Vásquez Cobo, al tomarse el cerro de Tarapacá —abandonado por los peruanos ocho días antes— ingresara triunfalmente a la galería de los más grandes héroes de la nacionalidad; para que el Capitán y poeta Juan Lozano y Lozano, refiriendo el combate de Güepí (en que no hubo muertos ni heridos) escribiera la más brillante página de la literatura épica universal y, finalmente, para que unos prominentes miembros de la clase dirigente recibieran jugosas comisiones de la “Skoda”, una casa checa productora de armas.

Aunque hacía ya tres años que, según Baltasar Riveras, el pueblo había llegado al poder, la situación pecuniaria del intrépido soldado de la causa popular no era ya crítica sino desesperada. La miseria, en forma de hambre y desnudez, se paseaba espectralmente por las estancias de su casa en ruinas que, por obra de un

milagro, se sostenía aún en pie. Zoila y sus nueve hijos eran diez esqueletos cubiertos de harapos. Baltasar seguía siendo Cajero del Banco de la Patria (todos los bancos y las compañías de seguros disfrazan sus verdaderas finalidades con nombres geográficos u olorosos a heroísmo y a gloria: Colombia, Bogotá, Caldas, Santander, Bolívar, Patria, Libertad). Y a pesar de que la institución liquidaba, cada semestre, pingües utilidades y de que el Gerente, Don Juan Crisóstomo de Uricoechea, se había transformado en un magnate, él apenas había logrado un aumento de diez pesos en su sueldo mensual.

— ¡Estoy desesperado! —le dijo Baltasar a Casiano un día en que los dos inseparables enemigos habían acudido a la tertulia vespertina del “Windsor”—. Mi mujer y mis hijos están en el último grado de la desnutrición y mi casa parece ya un campo nudista... Hace ocho días nos cortaron el agua y la luz y próximamente nos lanzarán a la calle... He llegado a pensar seriamente en el suicidio... Lo malo es que no tengo revólver, pero

ni siquiera dinero para comprar cianuro o estricnina... Tendré que irme a pie hasta el Salto de Tequendama, porque no tengo para el pasaje...

— ¿Y no decías que con la llegada del pueblo y de tu gran partido liberal al poder, se iban a solucionar todos los problemas? —preguntó Casiano—. Recuerdo exactamente la discusión que tuvimos en este mismo sitio cuando triunfó tu ídolo, el señor Olaya Herrera... ¿Reconoces ahora que yo tenía razón cuando te decía que no te hicieras ilusiones? ¿Que todo iba a seguir igual o peor?

— Me acuerdo muy bien... —repuso Baltasar—. Pero ahora no necesito regaños sino consejos...

— Voy a darte uno... —contestó Casiano—. Tú has sido toda la vida un liberal apasionado, beligerante... No has hecho nada distinto de pensar en tu partido, de defender tus ideas políticas, de pelear conmigo por ellas... Pero tus copartidarios nunca te han dado nada... Ahora que están en el

poder están obligados a ayudarte... ¿Por qué no le pides una audiencia a Olaya, le expones tu situación y le solicitas un puesto?

— Es un buen consejo y lo voy a seguir... — dijo Baltasar—.

Y por primera vez en muchos años, se separaron pacíficamente.

Por intermedio de Clodoveo Gutiérrez, un paisano y copartidario suyo, que trabajaba en la Secretaría de la Presidencia, Baltasar solicitó la audiencia. Pasaron días, semanas y meses. Al fin un día, cuando habla perdido ya toda esperanza de ser oído, recibió una nota que decía: “El Excelentísimo Señor Presidente de la República ha resuelto acceder a su petición y, por tanto, lo atenderá mañana en su despacho a las 4 de la tarde”.

Baltasar no había sentido en su vida una emoción igual. Iba a tener frente a él al salvador

de la República, al hombre providencial escogido por Dios para redimir a Colombia, al más excelso tribuno, al más hábil parlamentario y al más sagaz diplomático de todos los tiempos, al estadista incomparable que encarnaba la majestad de la patria, a una de las más grandes figuras de la historia universal. Iba a verlo, a oírlo, a palparlo, a olerlo, a gustarlo. Aquello era superior a todo lo que había soñado. Era el premio a su fe en la democracia y a su amor por las ideas liberales. Su celo, su ardor, su perseverancia iban, al fin, a ser retribuidos. Olvidando momentáneamente su ateísmo, exclamó: “¡Gracias, Dios mío! ¿Qué habré hecho yo para merecer tan señalado beneficio?”.

Le ordenó a Zoila que le limpiara y planchara su raído traje negro, lustró con esmero sus únicos zapatos, consiguió dinero prestado para pagar los servicios de un peluquero, eligió la menos antigua de sus camisas, se anudó la corbata roja y colocó en el bolsillo del pecho el pañuelo encarnado que, tres años antes, había adquirido

para asistir a la recepción del insigne repúblico y, henchido de orgullo y de optimismo, se dirigió al Palacio de la Carrera.

Guiado por un oficial, cruzó por varias oficinas donde unos burócratas peripuestos y relamidos simulaban trabajar, ascendió por una elegante escalera alfombrada, atravesó varios salones decorados fastuosamente, mirando deslumbrado arañas, tapetes y espejos que él nunca había sospechado siquiera que pudieran existir y llegó, por último, a una pequeña antesala en que refulgía el dorado y llameaba el rojo de los muebles coloniales. Allí se le invitó a sentarse. Eran las 4 de la tarde, pero la espera se prolongó por espacio de hora y media. Al fin se le dijo que podía entrar al despacho del Presidente. Intensamente pálido, trémulo, sudoroso, transpuso el umbral.

Sentado en un sillón que más parecía un trono, con la cabeza inclinada sobre el hombro derecho, grave, imponente, majestático, estaba el

mandatario. Lo miró displicentemente y con un movimiento de la mano le indicó que podía avanzar hasta él, Baltasar comenzó a hacerlo pero sintió que las piernas se le doblaban y estuvo a punto de caer de rodillas.

— No es estrictamente necesario que usted se arrodille... —le dijo Olaya con su habitual voz de bajo profundo—. ¿En qué puedo servirle?

— Excelentísimo Señor..., excelentísimo señor..., excelentísimo señor... —balbució Baltasar, cada vez más tembloroso—.

— Supongo que usted ha venido aquí a decirme algo más... —dijo Olaya, impaciente—. Y le pido que abrevie porque tengo muchas ocupaciones...

— Sucede, Excelentísimo Señor... —repuso Baltasar, con voz entrecortada—. Sucede que yo... pues soy muy buen liberal..., he votado siempre por los candidatos liberales..., he asistido a todas

las manifestaciones liberales... Además, tengo nueve hijos que naturalmente son también liberales...

— Liberales hay muchos en este país y padres prolíficos, muchísimos... —respondió Olaya—. Pero ¿qué tengo yo que ver con eso?

— Como yo sé que Su Excelencia es liberal... y que el partido liberal está mandando... y yo estoy muy pobre..., pues no gano sino cincuenta pesos en el Banco de la Patria..., he pensado que Su Excelencia podía darme un empleo... —replicó Baltasar—.

— Le hago saber que la Presidencia de la República no es una casa de beneficencia ni una bolsa de empleos... —respondió Olaya en tono oratorio—. Que yo no estoy gobernando en nombre del partido liberal sino en el de una concentración nacional y que el hecho de pertenecer a ese partido y tener muchos hijos no confiere título de idoneidad para el ejercicio de ningún cargo

público... Finalmente, yo no estoy aquí para resolver pequeños problemas personales, sino los grandes de la República, aquellos de vital interés y de trascendental importancia para el presente y el porvenir de la patria...!

— Perdóneme, Excelentísimo Señor... — contestó humildemente Baltasar—. Pero yo estaba convencido de que el pueblo había llegado al poder... Y como yo soy hijo del pueblo creí...

— Usted está profundamente equivocado... —replicó Olaya, interrumpiéndolo—. Los pueblos nunca llegan al poder... Los que llegan son los dirigentes... ¡La entrevista ha terminado! ¡Buenas tardes!

Los centinelas de Palacio, sorprendidos, vieron salir minutos después a un hombre de traje negro y corbata roja sollozando y llevándose a los ojos un pañuelo encarnado.

## Capítulo V

La Bogotá de 1934 no difería grandemente de la de 1920. Tenía, tal vez, 50.000 habitantes más. Los barrios extremos eran el de San Cristóbal, en el sur; el de Chapinero, en el norte; el de Egipto, en el oriente; y el Ricaurte, en el occidente, que se comunicaban entre sí por medio de los tranvías eléctricos, los “Taxis Rojos” y algunas decenas de automóviles particulares. El centro político, económico y comercial seguían siendo las tres Calles Reales, las tres de Florián, la Avenida de la República y la Plaza de Bolívar, aunque con la construcción del Barrio de Teusaquillo, se había iniciado el éxodo de los ricos al norte. Los únicos hoteles que merecían ese nombre eran el Granada y el Regina, situados en las esquinas sur y nororiental del Parque de Santander, respectivamente, y la lista de las cinco salas de cine: Olimpia, Faenza, Bogotá Caldas y Cinerama, se había visto aumentada con varios nombres: Alhambra, Nuevo, Real, Apolo, Atenas y Nariño y estaban en su apogeo las películas de Greta Garbo, Marlene Dietrich, Buck Jones, Tom Mix, las del Gordo y el Flaco y las de Carlos

Gardel. El Lago Gaitán y los Parques de la Independencia y del Centenario habían recibido el refuerzo del Nacional. El viejo Circo de San Diego había sido sustituido por la Plaza de Santamaría y el Hipódromo de “La Magdalena” por el de la 53. Se había iniciado el proceso de decadencia de la cortesía y el humor, pero aún alegraban el ambiente grave y circunspecto de la villa las vistosas indumentarias de “La loca Margarita”, los extravagantes atuendos del “Conde de Cuchicute” y los pintorescos improperios de “Pomponio”. La marihuana y la cocaína eran totalmente desconocidas y apenas unos cuantos intelectuales y poetas buscaban en la morfina un paraíso artificial. En cuanto a secuestros solamente se sabía que, en los remotos Estados Unidos, un carpintero alemán se había llevado consigo al pequeño hijo de Charles Lindbergh. Y en punto a esmeraldas, sólo se conocía la existencia de unas minas inexploradas de Muzo y Coscuez. Los únicos delitos de sangre se cometían, bajo los efectos de la chicha, en “La Perseverancia” y el Paseo Bolívar y los robos

eran tan escasos como las grandes fortunas. Luis Eduardo Nieto Caballero, Baldomero Sanín Cano y Armando Solano orientaban, con sus comentarios, la opinión, mientras que Alberto Angel Montoya, Eduardo Castillo y Víctor M. Londoño la deleitaban con sus versos.

La sociedad de la época se dividía en la “high class” o, simplemente, la “jai”, formada por terratenientes sabaneros y ricos propietarios urbanos, príncipes de la sangre y del dinero, que detentaban el poder económico y el político y la plebe, compuesta por gentes de la clase baja y la media, obreros, artesanos, empleados de ínfimos salarios, la inmensa masa de los “minus habentes”, de los siervos de la gleba, de los explotados, de los humillados y ofendidos de que habló Dostoievski, el pueblo soberano, en fin, a que pertenecían el ingenuo Baltasar Riveros y el pragmático Casiano Pardo. Y sobre los furgones de Egipto y La Peña, sobre los tugurios de Las Cruces, sobre los chiribitiles de San Victorino, sobre las buhardillas del “Aguanueva” se alzaban,

soberbios, el Castillo de Kopp y la Quinta Camacho, el Palacio Duperly y el Echeverri, las mansiones de la “Holguinocracia”, de las Dávilas y las hijas de Don Pepe Sierra, de la Marquesa de Bonneval y de Don Ulpiano de Valenzuela.

La profesión de Casiano que consistía en comprar y vender fincas urbanas y rurales para otros, le había permitido conocer a Nicanor Saldarriaga, industrial, comerciante y hacendado antioqueño quien, a fuerza de habilidad y privaciones, había logrado acumular un capital apreciable, representado en dos fábricas, tres almacenes, once casas, una hacienda ganadera en la Sabana y otra de café en Caldas, una quinta de recreo en Villeta y numerosas acciones de diferentes bancos y empresas.

Hombre introvertido, adusto, empecinado, lacónico, de pésimo carácter, obsesionado con la idea de ganar dinero, desconfiado y tacaño, se había casado —ya otoñal— con Susana Monsalve, 35 años menor que él, menuda, frívola, locuaz,

deliciosamente coqueta, dueña de unos negros ojos vivaces, una encantadora nariz respingada, unos labios sensuales, permanentemente entreabiertos para mostrar unos dientes simétricos y blanquísimos y unos bien conformados senos erectos.

Bien porque a Don Nicanor le hubiera pasado ya la edad fértil o bien porque las manifiestas incompatibilidades de la dispareja pareja hubieran llegado hasta el lecho nupcial, era lo cierto que no habían tenido hijos. Las malas lenguas aseguraban que Susana solía buscar y encontrar, en alcobas ajenas, la felicidad que nunca había hallado en la propia y circulaba el chisme de que, en varias ocasiones, se le había visto entrar furtivamente al apartamento de soltero de un estudiante de medicina, al consultorio de un médico y a la oficina de un abogado penalista. Y justa o injustamente los vecinos le habían cambiado a Nicanor su nombre por el de Cornelio.

El matrimonio vivía en una amplia y elegante

casa de la Avenida de la República (hoy Carrera Séptima), próxima a las Embajadas de la Argentina y los Estados Unidos, ricamente adornada, adquirida por intermedio de Casiano. Esa circunstancia había hecho al comprador amigo del comisionista, hasta donde puede serlo un potentado de un pobre. En una de sus visitas Casiano había conocido a Susana y tanto los atributos que se describieron anteriormente, como el fuego de su mirada, el donaire de su andar y la gracia irresistible de su sonrisa, lo habían fascinado. Poder un día conducirla hasta su mezquino refugio, desnudarla lentamente, cubrirla de besos, aprisionar sus senos incomparables, acariciar todo su cuerpo voluptuosamente, poseerla, enriquecer su colección con el trofeo invaluable de sus pantalones, fueron ideas fijas para él desde ese instante. Entre ellos se interponía un insondable abismo económico y social, pero él había leído alguna vez que para el amor no existe el imposible. Su constancia podía abrirle las puertas de la fortaleza que parecía inexpugnable. A partir de ese día y con el pretexto

de pedirle consejo a Don Nicanor sobre reales o imaginarias operaciones de finca raíz, comenzó a visitar asiduamente su casa. Las conversaciones se desarrollaban en la biblioteca, naturalmente virgen, del viejo millonario y a todas, invariablemente, asistía Susana, quien atendía al visitante con mucha solicitud y afabilidad y, de cuando en cuando, sin que lo advirtiera su marido, envolvía a Casiano con una mirada llena de coquetería, que contribuía a excitarlo y a avivar su esperanza. “Este huevo quiere sal” —decía para sus adentros el empedernido conquistador— y reanudaba con renovados bríos la ofensiva, que consistía en miradas ardientes, discretos piropos y sugerencias casi ininteligibles. Para Don Nicanor, obsesionado con los balances de sus fábricas y almacenes, las altas y bajas de sus acciones en la Bolsa, los extractos bancarios y los informes de los mayordomos de sus haciendas, no tenía ninguna importancia lo que hiciera u omitiese su mujer e ignoraba los avances del tácito romance o fingía ignorarlos.

Una noche en que el dueño de casa permanecía recogido en su lecho, víctima de uno de sus frecuentes achaques, Casiano fue recibido en la alcoba. El enfermo, bajo los efectos de un somnífero, quedó de pronto sumido en un profundo sueño, circunstancia que Susana y Casiano aprovecharon para hablar con alguna libertad: — Usted cada día más bonita... —dijo Casiano—.

— Y usted cada vez más atrevido... ¡Sinvergüenzón! — replicó Susana, con encantadora picardía — . ¿Qué tal que lo oyera Nicanor?

— Estoy seguro de que no le importaría... — respondió Casiano—. A él sólo le preocupan sus negocios...

— Eso es cierto, desgraciadamente... — anotó Susana, simulando un suspiro—. Yo en esta casa soy un cero a la izquierda...

— Pues para mí usted significa muchos a la

derecha... ¡Porque usted, Susana, es un tesoro! — contestó Casiano—.

— ¿A cuántas les ha dicho lo mismo? — preguntó Susana—.

— Le juro que a ninguna... —replicó Casiano—. Porque ninguna me ha interesado, me ha impresionado, me ha gustado tanto como usted... Desde la primera vez que la vi, quedé locamente enamorado...

— ¡Mentiroso! ¡Embustero! —protestó Susana—.

— No son mentiras ni embustes... ¿Por quién cree usted que vengo tan a menudo a esta casa? — preguntó Casiano—.

— ¿Por quién ha de ser? — contrapreguntó Susana e indicó a su marido, que continuaba durmiendo a pierna suelta—.

— Ese es el pretexto y usted lo sabe muy

bien... —respondió Casiano—. ¡Créame Susana, se lo ruego! Yo a usted la amo, la adoro, la idolatro... Pienso en usted a todas horas... Nunca había sentido por nadie una pasión igual...

— ¡Chit!! —ordenó Susana, llevándose un dedo a los labios—. Va a despertar a Nicanor... Es mejor que usted se marche antes de que se despierte... Voy a acompañarlo hasta la puerta...

— No me iré mientras no me diga qué siente usted por mí... —replicó Casiano—.

— ¿Usted cree que si no sintiera algo, lo habría escuchado? —preguntó Susana, con coquetería—.

— ¡No me diga más! Lo que me ha dicho basta... Ahora sí me voy... Y me voy completamente feliz... —dijo Casiano—.

Cuando llegaron a la puerta, él le tendió la mano y ella se la oprimió significativamente. Casiano trató de besarla en la boca y ella lo

rechazó suavemente: — ¡Modere sus ímpetus, caballerito! “Chi va piano, va sano et va lontano”, como dice Salvatore Pignalosa... —y sonrió picaramente—.

Ya en la calle Casiano se frotó las manos alborozadamente. La caída de la plaza era inminente. Aunque, en realidad, no amaba a Susana, la deseaba con ansiedad. Era una hembra capaz de satisfacer plenamente al más exigente de los galanes. Y era, además, un partido estupendo. Porque el viejo Nicanor no podía durar mucho tiempo y ella iba a ser su único heredero. ¡Dos fábricas! ¡Tres almacenes! ¡Once casas! ¡Dos haciendas! ¡Finca de recreo! ¡Mil quinientas cabezas de ganado! ¡Muchísimas acciones! ¡Abundante dinero en los bancos! ¡Automóvil y chofer! ¡Viajes! ¡Fiestas! ¡Buenos platos y mejores vinos! ¡Posición social! En dos palabras: ¡la vida y la felicidad! Atrás iban a quedar, como simples recuerdos de un pasado oprobioso, las privaciones y las necesidades insatisfechas de la pobreza, el trabajo agotador de complacer a quienes pretenden

comprar casas baratas y venderlas caras, las comisiones exiguas, el tormento de las deudas, el pan duro y escaso, los trajes raídos y los sombreros astrosos, el miserable aposento de la casa de doña Tránsito Carrasco viuda de Rosillo, el camastro desvencijado y crujiente, el amor clandestino con costureras y floristas, malogrado por continuos sobresaltos, las sátiras moralistas de la vieja Filomena, la indiferencia ofensiva de Azucena...

Habían transcurrido algunos meses. Un día Casiano salió temprano de su casa, adquirió un ejemplar de “El Tiempo” y con él bajo el brazo, se dirigió al Café Luis XV (Calle 14 con Carrera 8a.), que era el cuartel general de sus negocios. Pidió un “tinto” y se disponía a leer las páginas de “Avisos Limitados”, de obligada lectura para todo negociante, cuando en la primera vio uno, a tres columnas, que lo puso pálido y tembloroso:

# “DON NICANOR SALDARRIAGA

Descansó en la paz del Señor.

Su viuda, doña Susana Monsalve de Saldarriaga, invita a las exequias que se efectuarán en la Iglesia de San Diego a las 12 m.”.

Las páginas 6a., 7a., 8a. y 9a. estaban repletas de invitaciones al entierro, hechas por todos los bancos, federaciones, asociaciones y corporaciones comerciales, industriales, agrícolas y ganaderas de la ciudad. (El número de millones que posea un individuo se puede calcular por el de avisos fúnebres que aparezcan cuando muera). Y en la Pagina Social” había una nota necrológica, obviamente suscrita por el doctor Nieto Caballero, que decía: “Colombia, Antioquia, Caldas, Bogotá,

Villeta, la Sabana, el comercio, la industria, la agricultura, la ganadería, la banca, la Bolsa, están de duelo. Porque ayer le entregó su alma al Gran Arquitecto del Universo (el doctor Nieto era masón), para que con ella continúe su constructiva labor, este hombre bueno como el pan, cordialmente extrovertido, dicharachero y guasón, desprendido hasta el sacrificio, generoso hasta la munificencia, insomne artífice del progreso nacional, que dedicó su larga y meritísima existencia a la filantrópica tarea de crear riqueza para repartirla entre los desheredados de la fortuna. Descanse en paz el noble ciudadano que, por trabajar incesantemente al servicio de los demás, nunca descansó y llegue hasta su inconsolable viuda la expresión conmovida de nuestro pesar”.

Casiano, poseído por una dicha que nunca antes había sentido, se levantó de la mesa, salió a la calle y en el Almacén Ricaurte, situado a pocos metros, compró una corbata negra con la que reemplazó la verde que lucía y se encaminó a la

casa del finado. Más exactamente a la de su nueva propietaria. A su futuro nido de amor. El Sagrado Corazón, el Divino Rostro, la Inmaculada Concepción, el Angel de la Guarda, la Virgen del Carmen, San Antonio de Padua, San Judas Tadeo, Santa Rita de Casia y las Benditas Almas del Purgatorio habían oído, al fin, sus oraciones. Todos sus sueños iban a realizarse. Y arrullado con el pensamiento de su próxima felicidad, llegó a la mansión de la Avenida de la República. Varios vecinos leían los avisos mortuorios que habían sido pegados a lado y lado de la puerta. Uno de ellos comentó: — Van a tener que enterrar los cuernos en otro cajón, porque no creo que quepan en el del difunto... —y el comentario provocó una carcajada general—.

Las floristerías bogotanas habían hecho su agosto ese día, como ocurre siempre que muere un creador de riqueza. Las coronas, distribuidas en todas las habitaciones y pasillos, llegaban hasta el techo. El féretro, envuelto en la bandera de la Sociedad de San Vicente de Paúl, a cuyo fondo

contribuía Don Nicanor con la suma de cinco pesos mensuales, había sido colocado en el centro del salón principal. Alrededor permanecían sentados varios banqueros, comerciantes de la Calle Real, miembros de la Bolsa, hacendados de la Sabana y algunas señoras de la alta sociedad (el peso era y sigue siendo la unidad de medida de la altura social). Unos guardaban silencio y suspiraban hondamente, otros comentaban el hecho insólito y absurdo de que un hombre de 77 años, que padecía de cáncer, enfisema pulmonar y trastornos cardiovasculares, hubiera muerto, cuando aún podía esperarse de él tantas cosas y otros, en voz queda, hacían crueles gracejos acerca de la avaricia del finado y de las infidelidades de su viuda.

Esta, de luto riguroso, con un rictus de amargura infinita, la mirada perdida en el vacío, los ojos enrojecidos y las mejillas húmedas, sentada en una poltrona, presidía el velorio y agradecía con acento patético los saludos de condolencia de quienes se le acercaban.

Empuñaba en la diestra una caja de “Mentholatum” y periódicamente, con gran disimulo, se embadurnaba los párpados con parte del contenido, lo que estimulaba el funcionamiento de su glándula lacrimal. Y cada diez minutos miraba el reloj y exclamaba dramáticamente: ¡Qué pena tan horrible!!

— ¡Aquí estoy contigo y nadie podrá ya separarnos...! —le dijo, al oído, Casiano, abrazándola estrechamente y dándole un beso en la mejilla derecha y otro en la izquierda—.

— ¡Nadie! —repuso Susana, en voz lo suficientemente alta como para que todos la oyeran —, ¡Sí, nadie... sabe lo que yo estoy sufriendo...! ¡Ay, mi Nicanor querido...! ¡Tan trabajador, tan bueno, tan generoso, tan simpático...!!

— Unos mueren para que otros vivan... — dijo Casiano, en voz baja, sentándose a su lado—. Tú tienes que seguir viviendo... Mejor dicho: ios dos...

— Sí, hay que aceptar los designios de Dios... ¡Dále, Señor, el descanso eterno! —replicó Susana, mientras se untaba más “Mentholatum” en los párpados, para reanudar el llanto—.

— ¡Brille para su alma la luz perpetua!! — contestó Casiano, visiblemente entusiasmado—. Dios sabe cómo hace sus cosas... —agregó, frotándose las manos—. Yo trataré de llenar el vacío que Nicanor dejó en ti... Y que, según creo, no llenó nunca... —añadió sonriendo—.

— ¡Cállate, por Dios! Me vas a hacer reír... —respondió Susana, en voz casi imperceptible—. Ya habrá tiempo para que hablemos de eso... —y, bajo la acción del “Mentholatum”, continuó llorando amargamente—.

— Se me pone que este tipo va a ser el reemplazo de aquel... —le comentó el Gerente del Banco de la Justicia al Gerente de la Compañía de Seguros “La Nacionalidad”, indicándole el cadáver—.

— Pues lo envidio sinceramente porque va a hacer un magnífico negocio... Don Nica no dejó menos de cinco milloncejos... Además, la viuda está estupenda... —replicó el asegurador—.

— Voy a pedirle a Susana que me lo presente, porque puede ser un buen cliente... —repuso el banquero—.

— Y una vez que lo conozcas, me lo presentas... Tengo mucho interés... —respondió el Gerente de “La Nacionalidad”-.

Casiano, desde ese momento, asumió las funciones de dueño de casa. Desplegando una actividad febril, se dedicó a recibir las coronas y los mensajes de pésame, a contestar las llamadas telefónicas, a darles la bienvenida a los visitantes, muchos de los cuales —creyendo que se trataba de un pariente cercano del difunto— lo abrazaban compungidos, a despedir a los que se retiraban, a ordenarle a la servidumbre que preparara y sirviera café. Convertido en diez personas,

entraba, salía, subía y bajaba escaleras, hablaba, gesticulaba, sonreía, suspiraba y estaba en todas partes. Susana, mientras tanto, lo miraba entre agradecida y coqueta. Cuando llegó el momento de conducir el cadáver a la iglesia, quiso apoderarse del ataúd para acarrearlo él solo y no poco trabajo costó disuadirlo de su empeño. Casiano fue, después del muerto, la persona más importante del entierro.

Y comenzaron las visitas cotidianas del galán. Tenía ante sí una presa fácil. No se necesitaba ser un psicólogo para comprender que Susana era una mujer sentimental y sexualmente insatisfecha, apasionada y ardiente, sedienta de amor, extraordinariamente sensible a la caricia y al halago del piropo, ávida de vivir plenamente. Poseía una cultura superficial, pero amaba la poesía. Y Casiano atacaba simultáneamente el frente físico y el espiritual. El primero con besos fogosos y tocamientos excitantes; el segundo con ardorosas declaraciones, promesas solemnes y versos ajenos que recitaba como propios: — Ayer,

pensando en ti, compuse unos versos... ¿Quieres que te los diga? —y declamaba, con voz trémula, poemas de Rubén Darío, Amado Nervo o José Asunción Silva—.

— ¡Qué belleza! —exclamaba, emocionada, Susana— ¡Qué feliz me haces...! Nunca creí que pudiera inspirar unos versos tan lindos... —añadía, orgullosa de haberlos inspirado—.

Casiano, después de llegar al alma de su amada, trataba por todos los medios de llegar a su cuerpo. Y a fe que lo lograba pues Susana se estremecía voluptuosamente con sus caricias apasionadas y sus besos frenéticos. El enemigo ofrecía señales inequívocas de vencimiento y no pasaría mucho tiempo antes de que izara bandera blanca. Había llegado el momento de lanzar la carga final.

— Tú me necesitas y yo te necesito a ti... Nunca tuviste un marido verdadero y yo nunca he tenido una verdadera esposa... Me amas y yo te

amo inmensamente... No has conocido los placeres inefables de la maternidad ni yo los de la paternidad... Nacimos, definitivamente, el uno para el otro... Aparentemente lo tienes todo, pero te hace falta una persona que vele por tus intereses y a mí me falta el calor de un hogar... ¿Por qué no nos casamos?

— ¿No será demasiado pronto? — contrapreguntó Susana—. La gente va a decir que no dejamos enfriar al pobre Nicanor...

— ¿Y qué nos importa lo que diga la gente? Además, hace tres meses que murió tu marido y cualquier persona, por ardiente que haya sido, se enfría en una hora... Y Nicanor no era, precisamente, una brasa... —arguyó Casiano, sin poder reprimir una sonrisa—.

— Esperemos, al menos, que abran el juicio de sucesión... —respondió Susana—.

— Eso a mí me tiene sin cuidado... —replicó

Casiano, poniendo cara de dignidad—. ¿Tú crees que yo me caso por interés? ¡No faltaba más! Me casaría contigo aunque el difunto no te hubiera dejado un solo centavo... Siempre he creído que el dinero no hace la felicidad...

Esa noche, con ella pintada en el rostro, Casiano salió de la casa que había sido de Don Nicanor Saldarriaga, canturreando el conocido trozo de la popular opereta:

“Castísima Susana:

Usted se equivocó!

Usted necesitaba Un hombre como yo...”.

Tres días después apareció en “El Tiempo” el siguiente aviso: “Motivo viaje vendo, muy baratos, catre dorado, mesa noche, armario de

espejo, mesa pequeña, taburete cuero, bacinilla porcelana con tapa, prendas íntimas femeninas ligeramente usadas”.

— Te comunico que próximamente pasaré a mejor vida... —le dijo Casiano a Baltasar, cuando se encontraron en el “Windsor”—.

— ¿Te vas a suicidar? —le preguntó Baltasar, sorprendido—. ¡Dáme la fórmula...!

— Yo no soy tan pendejo para matarme... —repuso Casiano—. Ahora es cuando voy a comenzar a vivir... Pienso contraer matrimonio...

— Contraer matrimonio es una forma de suicidarse...—respondió Baltasar, dogmáticamente—.

— Depende de con quien uno se case... —contestó Casiano—. Yo me cansé de ser pobre y me voy a casar con una viuda rica, riquísima, millonaria...

— ¡Ah, muy bonito! ¿Te vas a vender entonces por una vagina? —preguntó Baltasar, con dejo irónico—.

— Sí, pero por una vagina engastada en diamantes... ¡Dos fábricas! ¡Tres almacenes! ¡Once casas! ¡Una hacienda en la Sabana y otras en Caldas! ¡1.500 cabezas de ganado! ¡Finca de recreo en Villeta! ¡Acciones! ¡Dinero en el banco! ¿Te parece poco?

— Me parece muy poco para un hombre que tenga dignidad y orgullo... —respondió Baltasar—.

— Tú con tu dignidad y tu orgullo y tu fe en el gran partido liberal y en la llegada del pueblo al poder, te vas a morir de hambre... —replicó Casiano—.

— Más vale morir de pie que vivir de rodillas, como dijo el General Uribe Uribe... —contestó Baltasar—.

— El General Uribe no murió de pie sino acostado en su cama... —repuso Casiano—.

— Sí, pero a consecuencia de los hachuelazos que le asestaron en la cabeza dos godos asesinos... —dijo, montando en cólera, Baltasar—.

— ¡Falta usted a la verdad, cachiporro desgraciado! — gritó, furibundo Casiano—, Yo vine aquí a contarle que me iba a casar y no a que usted me insultara y calumniara al partido conservador... ¡Me voy! ¿Cuánto se debe? —le preguntó al camarero, levantándose de la mesa—.

— Sí, vaya a venderse al mejor postor! — exclamó Baltasar, dándole un golpe a la mesa—. ¡Godo arribista y logrero!

— Y usted quédese ahí sentado, esperando a que el doctor Olaya Herrera, que es tan bueno, lo nombre Ministro o Gobernador... ¡Cachiporro envidioso! Y para que sufra le informo que mi

futura esposa no es sólo millonaria sino linda... — tiró sobre la mesa el valor de la cuenta y se marchó—.

El Padre Ciríaco Antorveza bendijo el matrimonio que, “debido al reciente luto de la novia”, se celebró íntimamente y se consumó en la finca “La Amapola”, de Villeta, escenario de la luna de miel.

Y el oscuro negociante en finca raíz, el modesto inquilino de doña Tránsito Carrasco viuda de Rosillo, el humilde conquistador de fáciles floristas, se transformó en un rico industrial, comerciante, agricultor y ganadero y, obviamente, en un distinguido caballero de la alta sociedad bogotana, a cuyo nombre todo el mundo comenzó a anteponer el “don” y a su apellido el “doctor”, en un respetable y elegante clubman y en el afortunado cónyuge de una mujer todavía joven y hermosa.

— Las santas y santos de quienes sois tan

devoto han premiado vuestra fe... —le dijo el Padre Antorveza, un mes más tarde, cuando fue a confesarse con él—. En señal de gratitud debéis ser, de ahora en adelante, muy generoso con la Iglesia... El dinero que os ha caído del Cielo es mucho y las necesidades del culto muy grandes... Vuestra contribución mensual, por tanto, no puede ser inferior a mil pesos... ¡No lo olvidéis...! Espero también que ahora que tenéis con quien desahogar vuestros instintos, sin incurrir en pecado, dejéis tranquilas a las chicas que perseguíais...

— Esas se las dejaré a los solteros que quieran condenarse... —respondió Casiano, acordándose de Chavita y de la escena del Parque de Santander—. Y en cuanto a la contribución, puede contar, Su Reverencia, con ella...

— Dejádmela de una vez, hijo mío, rezad tres Padre Nuestros y tres Ave Marías e id con Dios...! —respondió el Padre Antorveza—.

Olaya Herrera, para cerrarle el paso al candidato liberal Alfonso López Pumarejo, les había propuesto a los conservadores una coalición con el nombre de Carlos Adolfo Urueta y, muerto éste, con el de Alfonso Araújo, hechura suya y su discípulo amado. Pero Laureano Gómez, jefe del partido conservador e íntimo amigo de López, desbarató la maniobra y les ordenó a sus partidarios que se abstuvieran de votar. Y López fue elegido, sin contendor, por tan alto número de votos (938.808), que él mismo condenó el fraude hecho en su favor.

El nuevo Presidente era un producto típico de la clase dirigente colombiana. Hijo del más grande exportador de café y del más acaudalado banquero de la época, criado entre sedas y olanes, su juventud se había deslizado sobre los tapetes de los bares londinenses y las alfombras del Jockey Club de Bogotá. Sin ningún título universitario pero poseedor de una buena información general (“no soy abogado ni bueno ni malo, médico ni bueno ni malo, ingeniero ni bueno ni malo”, dijo

alguna vez) había probado fortuna en los negocios, con tan mala que muchos le atribuían la quiebra del Banco López, fundado por su padre. Ese fracaso lo condujo a tentar suerte en la política. Elegido Representante a la Cámara formó con Laureano Gómez —con quien tantas afinidades temperamentales tenía— el binomio que dio en tierra con Don Marco Fidel Suárez. Escéptico, despectivo, sardónico, llevó al gobierno la amargura y el resentimiento que le habían producido sus insucesos económicos. Llegó resuelto a asustar a los ricos. Y logró asustarlos con el ogro de la reforma tributaria, con el lobo de la ley de tierras y con el fantasma de la reforma constitucional del 36. Los de arriba temblaron de miedo y los de abajo creyeron que tenían a la vista la Tierra Prometida. El sabía muy bien que las grandes revoluciones se malogran y frustran con las revoluciones a medias. Y que es necesario darle una parte al pueblo para evitar que lo arrebate todo. E indudablemente alcanzó el doble objetivo de atemorizar a los ricos y de alimentar la esperanza de los pobres.

La de Baltasar Riveros nunca fue más viva ni ardiente. El pueblo había llegado, por fin, al poder. López era el redentor que iba a expulsar a los mercaderes del templo y a promulgar el evangelio de la justicia social. El Lenin colombiano. El gran transformador de las instituciones y las costumbres. El superhombre que iba a hacer tabla rasa de un pasado de desigualdad oprobiosa y privilegios inicuos. El alquimista que iba a convertir la miseria en abundancia, el analfabetismo en cultura, los tugurios en viviendas espaciosas y cómodas, las enfermedades en vigor y lozanía y la muerte en una posibilidad remota. El campeón de todas las reivindicaciones populares. El único y verdadero Libertador de la patria.

El porvenir del mundo, además, estaba en la izquierda. El Frente Popular había triunfado en Francia y en España y a la Presidencia de México había llegado el General Lázaro Cárdenas, quien, en un audaz desafío al imperialismo yanqui, había nacionalizado el petróleo, la dictadura del proletariado se había consolidado en la antigua

Rusia de los Zares y un fuerte viento revolucionario soplaba ya sobre la China. Colombia había cambiado su nombre por el de República Liberal y su Presidente era el jefe de la Revolución en Marcha, Baltasar, después del fracaso de su gestión ante el doctor Olaya Herrera, que le causó un profundo desengaño, hasta el punto de que no volvió a nombrarlo jamás, había renunciado a sus aspiraciones burocráticas y continuaba siendo empleado bancario. Pero había obtenido otro cargo, naturalmente “ad-honorem”: el de Secretario del Comité Liberal del Barrio de La Peña, para el que se le había designado como reconocimiento a su celo y fervor por la causa y cuyo ejercicio implicaba un trabajo agobiador en las vísperas electorales y cada vez que se preparaba una manifestación, pues tenía que visitar las casas de todos los copartidarios que vivían en el Barrio, convencerlos de que debían votar o concurrir a la reunión multitudinaria, conducirlos a las mesas de votación, pegar afiches, empacar votos, repartir hojas volantes, elaborar brazaletes y banderines.

El 30 de abril de 1936 estuvo intensamente ocupado. Fingió una enfermedad para no asistir al Banco y desde las 6 a.m. hasta las 8 a.m. del día siguiente, trabajó febrilmente, sin un solo momento de reposo. Con motivo de la Fiesta del Trabajo el partido liberal, el comunista, las gentes de izquierda, los sindicatos, los estudiantes y “todas las fuerzas vivas de la democracia” como rezaban las invitaciones, habían resuelto ofrecerle una manifestación de respaldo al Presidente López.

Durmió dos horas, al cabo de las cuales se levantó y comenzó a acicalarse para participar en el grandioso acto, que debía empezar cinco horas después. Se atavió, obviamente, con las prendas que invariablemente usaba en las grandes efemérides democráticas: corbata, brazalete y cinta de color rojo en el sombrero, pañuelo encarnado en el bolsillo del pecho y rosetón en la solapa, desempolvó la bandera liberal que continuaba montando guardia al pie del retrato del General Uribe Uribe y, empuñándola, se dispuso a salir: — No sé a qué horas podré volver... —le

dijo a Zoila— . Voy a recibir el poder que el doctor Alfonso López le va a entregar esta tarde al pueblo... Porque en su discurso va a anunciar el reparto de la riqueza, la distribución de las tierras, la abolición de la propiedad privada, la adjudicación de viviendas a todos los pobres del país, la nacionalización de los Bancos, la educación gratuita, la socialización de la medicina, la ruptura de relaciones con el imperialismo yanqui y el Vaticano... ¡Ahora sí se jodieron los ricos y nos llegó la hora a los pobres! Lo siento por Casiano, que se vendió al capitalismo... Pero para nosotros ¡se acabaron los problemas! ¡Al fin nos pusimos las botas!

— Desde que nos casamos le estoy oyendo decir que nos las vamos a poner y, al paso que vamos, próximamente tendremos que usar alpargatas... —replicó Zoila—.

— Genio y figura hasta la sepultura... — respondió Baltasar—. ¿Cuándo tendrá usted fe en el pueblo? Dígame una cosa: ¿Quién está

mandando en Francia? El Frente Popular. ¿Y en España? El Frente Popular. ¿Y en la Unión Soviética? El proletariado. ¿Y en México? Las izquierdas revolucionarias. ¿Y quién va a mandar, desde hoy, en Colombia? Pues el pueblo ¡vieja estúpida!

— ¿Ya empezó a insultarme por decir la verdad? —preguntó Zoila, haciendo pucheros—.

— La verdad no es la suya sino la mía... —repuso Baltasar—, Claro que hemos tenido pequeños problemas, como todo el mundo, que nos hacen falta algunas cosas... Pero la gran verdad es la de que, con la llegada del pueblo al poder, todo se va a arreglar...

— ¡Ojalá que así sea! —dijo Zoila—. Pero yo hasta no ver...

— Sí, como el tal Tomás, a quien usted llama santo, porque yo no creo en la santidad de nadie... —contestó Baltasar, interrumpiéndola—.

Ese es otro de los anuncios que va a hacer hoy el doctor López: la expropiación de las iglesias, la destrucción de todos los mamarrachos que hay en ellas para engañar a los imbéciles y la expulsión de los curas...

— Sin embargo a Casiano, que es tan piadoso, le hicieron el milagro los santos... — respondió Zoila—.

— ¡Qué milagro ni qué santos ni qué carajo! —exclamó Baltasar—. Lo que pasó fue que ese godo miserable, que no tiene ninguna dignidad, se vendió tristemente... Pero así le va a pesar... Porque todas las casas y las fábricas y los almacenes y las haciendas que pretende robarle a la viuda con quien se casó, van a pasar ahora a manos del pueblo... Usted me decía que necesitaba meter el dedo en la llaga para convencerse ¿no? Pues esta tarde, después del discurso del doctor López, podrá meter no sólo uno, sino los otros nueve de las manos y los diez de los pies... Bueno, yo me vpy porque si no, no alcanzo a la

manifestación...

— No se vaya a emborrachar por allá, mijo... —le recomendó Zoila—. ¡Acuérdese de la planta en que vino el día en que llegó su doctor Olaya Herrera, que no le sirvió para un chorizo... ¡Cúidese mucho porque puede haber piedra...

— ¿Piedritas a mí? ¡Ja, ja, ja! —repuso Baltasar, simulando una carcajada—. Las piedras, si las hay, serán para “El Tiempo” y los oligarcas de la APEN que se oponen a la revolución... ¡Adiós, mujer! Y récele a sus santos para que todo salga bien...

A misiá Bernardina, propietaria de la tienda de la esquina, le pidió que le fiara una botella de aguardiente, se la introdujo en el bolsillo trasero del pantalón y, henchido de gozo, agitando orgullosamente la bandera, lanzando en cada esquina un sonoro viva al gran partido liberal, se encaminó a la Plaza de Toros, sitio escogido para que de él partiera la manifestación.

Fue, naturalmente, de los primeros en llegar. La multitud, compuesta por gentes de la clase baja y de la media, por obreros, empleados y estudiantes golpeados por el infortunio, frustrados por la injusticia social, aferrados a la esperanza de un cambio que los redima, es un conjunto de Baltasares Riveros. El esclavo solo se siente impotente para sacudir la coyunda impuesta por sus amos y se resigna a su suerte; pero reunido con otros muchos se cree omnipotente y le parece muy fácil romper las cadenas de la iniquidad. Por ello el individuo es pusilánime y cobarde, mientras que la muchedumbre es audaz y agresiva. En las miradas de todos los que se iban congregando en las graderías, se advertían relámpagos de cólera reprimida y destellos de ardiente esperanza en un futuro mejor. Y en el ambiente flotaba la sensación inequívoca de que en ese día se iba a partir en dos la historia de la República. Atrás iban a quedar la desigualdad, la explotación, los privilegios y abusos de la casta dirigente, la miseria de los más y la opulencia de los menos; y adelante: la democracia auténtica, el derecho igualitario, la

justicia distributiva, la libertad, el pan, el techo y la educación para todos.

Baltasar se colocó a la vanguardia de la manifestación que, a las 3 de la tarde, comenzó a avanzar por la Carrera Séptima al sur, rumbo al Palacio de la Carrera. Unos cuantos tragos de aguardiente le habían infundido la euforia del primer grado de embriaguez. Estaba intensamente emocionado. ¿Quién podría detener a ese monstruo de cincuenta mil cabezas, resuelto a derribar los altares de los ídolos falsos, a derruir los palacios de sus opresores y verdugos y a construir, sobre los escombros, el grandioso edificio de la libertad, la igualdad y la fraternidad? Y la seguridad de que todos los que marchaban a su lado compartían su fe, lo estimulaba y enardecía. Definitivamente el pueblo era invencible.

Los gritos de los manifestantes no eran los tradicionales de: “¡Viva el partido liberal!”, “¡Abajo los godos!”. Los avances de la izquierda en el mundo, la victoria del Frente Popular en

Francia y España, la política anti-imperialista de Lázaro Cárdenas en México y la institución, en Colombia, de la República Liberal y la Revolución en Marcha, impulsaban a la gente a gritar: ¡Viva León Blum! ¡Viva Largo Caballero! ¡Viva el camarada López! ¡Viva Lázaro Cárdenas! ¡Viva el Frente Popular! ¡Viva la Revolución en Marcha! ¡Abajo el imperialismo yanqui! ¡Abajo la reacción conservadora! ¡Abajo los oligarcas! ¡Abajo los curas! ¡Muera el Papa! A la altura de Las Nieves, Baltasar de tanto gritar, estaba ya completamente afónico.

Muchos, con el puño cerrado en alto, cantaban "La Internacional" y vivaban a Lenin, a Stalin y a Gilberto Vieira. Cuando la manifestación pasó por frente a las iglesias de La Tercera y La Veracruz algunos, entre ellos Baltasar, arrojaron piedras sobre las puertas que permanecían cerradas.

El Presidente López, rodeado por los nuevos burócratas: Darío Echandía, Alberto Lleras, Jorge

Soto del Corral, Antonio Rocha, Jorge Zalamea, Benito Hernández Bustos, que habían reemplazado a los viejos zorros de la hegemonía conservadora (Esteban Jaramillo, Francisco de Paula Pérez, Pomponio Guzmán, Jorge Vélez, Miguel Jiménez López), esperaba a la multitud en los balcones del Palacio.

Cuando Baltasar alcanzó a divisar la elegante silueta del mandatario, ataviado con un traje impecable, confeccionado por el mejor sastre de Londres, entró en éxtasis, como los bienaventurados a quienes se les aparece la Virgen. Las lágrimas nublaron sus ojos y un temblor convulsivo empezó a sacudir su cuerpo. Allí, a pocos metros de él, estaba el Cristo redivivo, el redentor del pueblo, el Lenin colombiano, el gran transformador, el alquimista prodigioso, el Quijote que iba a desfacer todos los agravios y a enderezar todos los entuertos del sistema capitalista, el apóstol de la justicia y el derecho, el único y verdadero Libertador de la patria. ¿Aquello era sueño o realidad? ¿Era,

acaso, una alucinación producida por el alcohol, pues había consumido ya buena parte de la botella de aguardiente? No daba crédito a sus ojos y se pellizcaba para persuadirse de que estaba despierto. La vida, hasta entonces, había sido avara con él, pero la aparición maravillosa lo indemnizaba con creces.

Para contestar los discursos pronunciados por varios jefes políticos y líderes sindicales, en que plantearon los graves problemas del país y los gravísimos de las clases menos favorecidas, habló López. Comenzó por lanzar sus tres originales vivas al partido liberal, profirió algunas frases demagógicas, hizo unas vagas promesas, vivó de nuevo, por tres veces, al partido liberal y, levantando sobre la multitud el puño cerrado, sonrió socarronamente. No anunció el reparto de la riqueza ni la abolición de la propiedad privada ni la adjudicación de viviendas a los pobres ni la educación gratuita ni la expropiación de iglesias ni la expulsión de curas. No obstante, una ovación extraordinaria atronó el espacio. “¡Viva el

camarada López!”, gritaron los miembros del Sindicato de Limpiabotas de Bogotá, coreados por la muchedumbre. Y el “camarada” asintió, sonriendo con sorna. Baltasar quedó anonadado. Lo que acababa de ver y de oír era superior a sus fuerzas. El príncipe, el millonario descendiente de Don Pedro A. López, el clubman, el paradigma de la alta sociedad bogotana, el Presidente de la República, había aceptado, complacido, el irrespeto supremo de que los limpiabotas bogotanos lo llamaran camarada suyo. San Francisco de Asís no había dado jamás una mayor prueba de humildad. Baltasar cayó al suelo, sin sentido. Cuando volvió en sí, varios copartidarios que lo habían recogido y llevado a una droguería de San Agustín, trataban de hacerle beber un vaso de agua.

Todavía bajo los efectos del alcohol ingerido se dirigió, tambaleando, a su casa, con el fin de guardar la bandera, la cinta del sombrero, el brazalete, el rosetón y el pañuelo encarnado.

— ¿Y dónde está el poder que le iban a dar?  
—le preguntó Zoila, al verlo entrar—.

— ¿Cuál poder? — contrapreguntó Baltasar, malhumorado—.

— ¿No se acuerda ya de lo que me dijo esta mañana? ¿Que el doctor López le iba a entregar el poder al pueblo y que les iba a quitar todo a los ricos para dárselo a los pobres y no sé cuántas cosas más?

— volvió a preguntar Zoila—.

— “No se tomó a Zamora en una hora”... — replicó Baltasar—. El doctor López no es Dios para hacer la luz en un solo día... Eso en el supuesto de que Dios la haya hecho, que no está comprobado... En todo caso, la manifestación estuvo estupenda y el discurso de López, magistral...

— ¡Con eso tenemos! —respondió Zoila—.

— ¿Quería que le trajera un costal lleno de billetes? — preguntó Baltasar, empezando a sulfurarse—. ¡Ahí está pintada! Usted no es más que una mujer metalizada, que no piensa sino en el dinero... Yo, en cambio, soy un idealista, un romántico, para quien lo único que vale en el mundo son los grandes principios del gran partido liberal... Además, yo vine únicamente a dejar estas cositas y no a oír las estupideces de una mujer químicamente bruta como usted... Salgo a encontrarme con el Conde de Montecristo... —y se dirigió a la puerta—.

— ¿Y quién es ese Conde, que yo no lo había oído nombrar? —preguntó Zoila—.

— ¡Claro! Como las mujeres no leen... Es un personaje de Alejandro Dumas... Un pobre marinero que descubrió un tesoro y se volvió archimillonario... Es el mismo caso de Casiano Pardo, un pobre comisionista que encontró un tesoro, en forma de viuda rica, y ahora no sabe dónde echar la plata... ¿Entendió?

Media hora después esperaba a su amigo en una mesa del Café “Windsor”. A las 6 en punto llegó Casiano luciendo un abrigo de piel de camello, un sombrero “Johnson Lukas”, encocado, un paraguas “Fox”, un elegante terno, de legítimo paño inglés, confeccionado por V. Ramón Hernández, fina corbata italiana con perla, guantes de cabritilla y oloroso a un exquisito perfume francés.

— Buenas noches, señor Conde... —le dijo Baltasar, poniéndose de pie y haciendo una profunda venia—.

— Pues aunque lo digas irónicamente, el título no me disgusta... —contestó Casiano, quitándose el sombrero, el abrigo y los guantes—. Porque es mejor ser el Conde de Montecristo, que seguir siendo toda la vida un Edmundo Dantés...

— Sátiras a Santander, que las entienda Bolívar... — replicó Baltasar—.

— No he querido fastidiarte... —repuso Casiano—. ¿Acaso el primitivo nombre del Conde no era Edmundo Dantés? Pero cambiemos de tema... Y ante todo tomemos algo... ¿Quieres un whisky?

— ¿Whisky yo? —preguntó Baltasar—. Esa es bebida de ricos...

— Pues un rico o, mejor, un nuevo rico te la ofrece... —contestó Casiano—, ¡Tráiganos dos tragos dobles de whisky, pero que sean de “Johnnie Walker”! Es mi marca favorita... —le ordenó al camarero—.

— Acepto irrevocablemente... —dijo Baltasar—. Hoy me tomé unos tragos en la manifestación y quedé con deseos de tomarme otros...

— Y a propósito: ¿Cómo estuvo la manifestación? —preguntó Casiano—.

— ¡Grandiosa! ¡Fenomenal! ¡Nunca vista! —

exclamó Baltasar—. Hoy ha sido uno de los días más gloriosos de mi vida...

— ¿Hasta cuándo seguirás entusiasmándote con pendejadas que nada te importan? —preguntó Casiano—.

— ¡Nada de pendejadas y sí me importan! —replicó Baltasar—. Lo que pasa es que tú no crees en el pueblo y yo sí...

— Ese disco del pueblo está ya muy rayado... —respondió Casiano—. ¿Por qué no pones otro? Mil veces te he dicho que el pueblo es un rebaño, una recua, una manada, que se limita a poner los votos en las urnas, los muertos en el cementerio y el dinero en la Administración de Impuestos, para que se lo roben los políticos de uno y otro partido... La manifestación estuvo muy buena ¿y qué? Muchos gritos, muchas banderas, muchos discursos... ¿Y qué sale de ahí?

— El discurso del doctor López fue

sensacional... — argüyó Baltasar—.

— Lo oí por la radio... —repuso Casiano—. Los mismos tres vivas de siempre, las mismas promesas, la misma demagogia, las mismas mentiras...

— Pues quiéraslo o no López es uno de los grandes revolucionarios de todos los tiempos... — contestó Baltasar—.

— Como chiste, está estupendo... —dijo Casiano—. ¡No seas ingenuo! ¿Cómo puede ser revolucionario un individuo que lo ha tenido todo desde que nació: dinero, influencia, posición social? El pertenece a su clase y eso de la Revolución en Marcha es una farsa... Como tú sabes yo soy ahora socio del Jockey Club y recientemente me contaba otro socio, quien es amigo de López, que éste se desternillaba de risa pensando en el susto que les había metido a los oligarcas con sus reformas... “Eso había que hacerlo para calmar un poco a la guacherna. Pero

no se atortolen. Recuerden que yo soy de los mismos”, dizque les dijo a sus amigos...

— Yo no puedo creer que eso sea cierto... ¡Sería una infamia! —replicó Baltasar—.

— No olvides que Felipe Igualdad jugó también a la revolución y no vaciló en votar la muerte de su primo Luis XVI para probar su sinceridad revolucionaria... La historia está llena de farsantes... —dijo Casiano— ¡Salud! —agregó, levantando su vaso de whisky—.

## Capítulo VI

El nuevo amigo de Casiano y consocio suyo en el Jockey Club era un típico señorito bogotano: engreído, vacuo, superficial, mentiroso, relamido y fanfarrón. Se llamaba Pedro Felipe de la Santísima Trinidad Ezpeleta Borbón, pero todo el mundo lo conocía por el sobrenombre de “El Marqués”. Se decía descendiente de los Virreyes José de Ezpeleta y Antonio Amar y Borbón, pero el bibliotecario del Club, muy aficionado a las investigaciones genealógicas, había descubierto que el primero había muerto soltero y el segundo no había tenido hijos. Aseguraba que su padre había sido un linajudo y acaudalado caballero y su madre una aristocrática dama, pero nadie recordaba haber conocido al uno ni a la otra. Su origen era, por tanto, un enigma. Poseía, sin embargo, un escudo de armas elaborado por doña Georgina Fletcher, señora bogotana de la época, experta en heráldica, cuya profesión consistía en hacerlos al gusto del interesado, quien podía elegir

los esmaltes (azur, gules, sable, sinople, púrpura, plata u oro), las figuras (león, águila, oso) y las brisuras (estrella, aníllete, flor de lis, octafolio, etc.). Su grado de instrucción era otro misterio, pues aunque afirmaba que había hecho sus estudios en el Colegio de Nuestra Señora del Rosario, nadie había sido profesor ni condiscípulo suyo. Y una incógnita, tan indescifrable como las anteriores, eran sus medios de subsistencia, pues era un holgazán redomado, sin profesión, arte ni oficio, a quien nadie le conocía bienes muebles ni inmuebles. Ni sus más íntimos amigos llegaron a saber nunca dónde vivía, porque él se negaba sistemáticamente a dar la dirección de su casa.

El misterioso personaje comía, bebía y vestía como un príncipe. El Club era su hogar, su lugar de trabajo y su sitio de diversión y en él permanecía todo el día y gran parte de la noche. Audaz, inteligente, simpático, conocía las debilidades y flaquezas de todos los socios y las explotaba con pasmosa habilidad. A los torpes (que eran la mayoría) les alababa el talento; a los

ignorantes (que eran muchos) les ponderaba su cultura; a los tacaños (que no eran pocos) les ensalzaba su generosidad; y a los petulantes y antipáticos (que eran todos) les elogiaba su modestia y su gracia. Naturalmente, todos lo querían y se disputaban el privilegio de invitarlo a comer y a beber, hasta el punto de que jamás se supo que hubiera pagado una cuenta. Por los caminos de la adulación y el halago había llegado a convertirse en el centro de todas las reuniones y en el más popular de los socios. Algunos dijeron, en un principio, que era un impostor, un caballero de industria, un simulador de nobleza y cultura, pero como no pudieron, por una parte, comprobar sus sospechas y, por otra, acabaron cayendo en las redes del Marqués, terminaron siendo sus mejores amigos y sus más asiduos anfitriones. Los únicos que sabían cuál era la verdadera fuente de sus ingresos eran las víctimas de sus petardos y sablazos, quienes —para no quedar en ridículo— se abstendrían de revelarla.

Tres días después de habersele comunicado

su admisión como socio, Casiano decidió conocer el elegante centro social, del que, obviamente, apenas conocía la fachada. Observando, de hito en hito, los lujosos muebles, las arañas, espejos y cuadros, recorrió los grandes salones, los comedores, la biblioteca. Varios socios lo miraron con una curiosidad despectiva que equivalía a la pregunta: ¿Quién será este tipo? Llegó, finalmente, al bar. Sentado en una de las butacas que rodeaban el mostrador, como un cazador que acecha la presa, permanecía el Marqués. Inmediatamente se puso de pie y se dirigió a él: — ¡Ala, viejo! Mucho gusto de verte... ¿Cómo estás? ¿Cómo te va? ¿Qué tal en tu casa? Los dos ya nos conocíamos... Tal vez fue en la Legación de Francia o en la de la Gran Bretaña... Tu cara, en todo caso, me es familiar... Se me pone que eres Holguín... Aunque los ojos son de Dávila... Y el caminado es como de Carrizosa...

— Yo soy Pardo... —dijo Casiano, interrumpiéndolo—.

— ¡Ah...! Entonces debes ser hijo de Don...

— Soy de los Pardos de Choachí... —replicó Casiano, volviendo a interrumpirlo—.

— Seguramente naciste allá en un veraneo de tú mamá... —repuso el Marqués—. Porque tu tipo es muy bogotano... Como nadie nos ha presentado, te voy a decir quién soy yo... Me llamo Pedro Felipe de la Santísima Trinidad Ezpeleta Borbón... Los nobles españoles les ponían a sus hijos nombres larguísimos ¿ves? Desciendo por la vía paterna del Virrey Ezpeleta y por la materna del Virrey Amar y Borbón... Mi padre fue uno de los hombres más ricos y de los caballeros más distinguidos que ha tenido Bogotá y mi madre una mujer bellísima y elegantísima... Como yo heredé la nobleza de ambos, me llaman el Marqués... Aquí soy amigo de todo el mundo y, modestia aparte, todo el mundo me adora ¿ves? ¿Tú ingresaste al Club recientemente?

— Acabo de ser admitido... —contestó

Casiano—.

— ¿Y por qué no había ingresado antes? — preguntó el Marqués—.

— Circunstancias económicas me habían impedido presentar la solicitud... —respondió Casiano—.

— ¿Entonces fue que recibiste una herencia o te ganaste una lotería? —preguntó el Marqués—.

— Simplemente me casé con la viuda de Nicanor Saldarriaga...

— ¡Te felicito sinceramente! —exclamó el Marqués, visiblemente entusiasmado—. ¡Venga un abrazo! —y lo estrechó fuertemente—. Lo conocí muchísimo... ¿A quién no conozco "yo? Era un viejo tacaño y detestable, pero inmensamente rico... Perdóname la franqueza: ¡hiciste un negocio redondo! Porque me han contado que la viuda es chusquísima... Cuéntame: ¿Qué bienes dejó el viejo? —preguntó el Marqués—.

— Dos fábricas, tres almacenes, dos haciendas, once casas, una finca en Villeta, algunas acciones... —respondió Casiano—.

— ¡Qué maravilla! —dijo el Marqués, frotándose las manos—. ¡Tú eres un pisco envidiable! Esto hay que celebrarlo... Y te advierto que en el Club existe la costumbre de que todo nuevo socio, cuando viene por primera vez, debe invitar a uno de los antiguos a almorzar, con los correspondientes aperitivos de rigor.. ¡Moreno! —añadió, dirigiéndose al barman—. ¡Dos tragos de whisky! Y le presento al nuevo socio, el doctor Pardo, un profesional eminente, caballero a carta cabal y dueño de una gran fortuna...

— Le agradezco profundamente esta bienvenida, señor Marqués... —repuso, tímidamente, Casiano—. Porque la verdad es que yo no conozco aquí a nadie y me estaba sintiendo como gallina en corral ajeno...

— ¡Nada de señor! ¡Marqués a secas! Y tutéame, por favor! Los dos tenemos que ser muy buenos amigos... Te voy a relacionar con todos los socios... ¡Aquí está lo mejor de Bogotá! Claro que hay unos más brutos que un adobe, otros que a duras penas saben leer y escribir, algunos que no gastan ni dándoles con qué y, casi sin excepción, son unos viejitos presumidos y odiosos, que se creen la mama de Dios y miran a la gente de pies a cabeza, pero sabiendo llevarlos son chirriadísimos ¿ves? —dijo el Marqués—.

Casiano estaba deslumbrado. Nunca había conocido a un hombre más fino y amable. ¡Qué diferencia con la gentuza que había tratado hasta entonces! Y era, indudablemente, un auténtico noble, culto y rico. Las libaciones en el bar se prolongaron durante cuatro horas, lapso que el Marqués aprovechó para analizar a Casiano y deducir que era un humilde provinciano, sin casta ni pedigree, un antiguo negociante en finca raíz, rastacueros y ramplón, un personaje, en fin, muy parecido a Don Gonzalo González de la

Gonzalera, el de Don José María de Pereda. Y, sobre todo, una fácil y magnífica presa para el astuto vividor. Semi-embriagados por la abundante ingestión de alcohol, "pasaron a manteles", como dijo el Marqués, para sorpresa de Casiano, quien no sabía que eso significaba sentarse a la mesa.

— Te aconsejo, mi viejo, que pidas una langosta a la Thermidor... —le insinuó el Marqués, mientras examinaba la carta—. Aquí la preparan exquisita...

— Yo nunca he comido langosta... —confesó humildemente Casiano—. Prefiero una sobrebarriga...

— ¿Sobrebarriga? —preguntó, aterrado, el Marqués—. ¡Qué horror! Esas viandas toscas no se consiguen en este Club... Tienes que habituarte a los platos finos, educar el paladar... Yo me encargaré de enseñarte...

— ¡Mil gracias! —respondió Casiano—. Y

no sabes lo contento que estoy y lo honrado que me siento de haberte conocido! ¡Da gusto departir con personas como tú...! —agregó, atreviéndose, al fin, a tutear al Marqués—.

— Todos los favores en la vida son prestados... —replicó éste—. Realmente yo te puedo ser muy útil y tú, a tu vez, me puedes prestar también grandes servicios... Tengo, por ejemplo, en este momento un pequeño problema y tú puedes ayudarme a solucionarlo...

— ¡Estoy a tus órdenes! ¡Me encantará servirte! —repuso Casiano—.

— Sabía que esa iba a ser tu respuesta... — contestó el Marqués—. ¡Qué bueno eres! Por eso Dios te premió... Imagínate que mi padre, a quien Dios lo tenga en su gloria, además de ser un perfecto “gentleman”, un “clubman” consumado y un “causeur” delicioso, era un extraordinario reproductor y dejó no sé cuantos hijos naturales, porque todos los días aparece uno nuevo... Hasta

ayer íbamos en treinta y cuatro... Suponte las complicaciones y los líos del juicio de sucesión... Y el dinero que he tenido que gastar en abogados, papel sellado e impuestos... Me llevan de la lengua... Y lo peor de todo es que la éntrega de mi herencia, unos tres o cuatro millones de pesos, está demorada... Tengo que darle diez mil pesos a uno de mis abogados, para evitar que se paralice el juicio ¿ves? ¿Tú me los podrías prestar? Naturalmente, por un plazo corto y con todas las garantías que tú me exijas...

— ¡De mil amores! —respondió Casiano, encantado de poder servirle a su nuevo y distinguidísimo amigo—. Y en cuanto a garantías, no necesito ninguna... ¡No faltaba más! La palabra de un caballero como tú basta y sobra... Voy a girarte ya el cheque... —e hizo el ademán de sacar la chequera—.

— Aquí de ninguna manera... —dijo el Marqués—. Es de muy mal gusto girar cheques en la mesa... Me lo girarás en el bar cuando

regresemos a tomar el “pousse-café”... No hay ningún afán... Y te agradezco muchísimo la confianza que has depositado en mí... No te defraudaré... Pero cambiemos de tema... Siempre me ha repugnado hablar de dinero, ¿ves? Hablemos, más bien, de política... ¿Tú eres conservador o liberal?

— Conservador... —contestó Casiano—. ¿No ves que soy de Choachí?

— ¡Claro! Lo había olvidado... Y en Choachí no hay un liberal para un remedio... Yo soy apolítico, pero más de derecha que de izquierda y más monarquista que republicano, ¿ves? Como pertenezco a una familia tan aristocrática y tan tradicionalista, suponte tú... en este Club la política no tiene ninguna importancia, porque mande quien mandare, siempre tenemos la sartén por el mango... Aquí organizamos todos los movimientos políticos o los hacemos abortar... Elegimos Presidentes o los tumbamos... Aprobamos las leyes o las derogamos... La

inmensa mayoría de los ministros, de los parlamentarios, de los periodistas, de los políticos importantes, son socios nuestros... El ascendiente del Club es superior al de los masones y los jesuitas reunidos... ¡El Jockey es el Poder Ejecutivo, el Legislativo y el Judicial y fuera de él no hay salvación!

— Me gustaría que oyera lo que estás diciendo un amigo mío que vive convencido de que el pueblo manda y de que va a llegar al poder. —dijo Casiano, interrumpiendo al Marqués—.

— Pues tu amigo debe ser un retardado mental o un gran pendejo... —replicó el Marqués—. Porque se necesita mucho candor para pensar eso y mucho más para decirlo... Aquí no ha mandado, no manda ni mandará nunca el pueblo... El pueblo es una manada de idiotas que votan por los candidatos que les indican los caciques y los gamonales y se matan unos a otros sin saber por qué, mientras nosotros bebemos whisky y comemos langosta ¿ves? Y a propósito: ¿Hay

inconveniente en que nos tomemos otro trago?

— ¡Ninguno! ¡Que lo traigan! —repuso Casiano—. Estoy completamente de acuerdo contigo... Soy, ante todo, un hombre realista... Como te dije antes, estoy afiliado al partido conservador, más por herencia que por convicción, pero no he sido ni podré ser nunca un sectario... En materia religiosa te confieso que sí soy ligeramente fanático... Porque aquí donde me ves soy muy devoto de la Virgen del Carmen, del Divino Rostro, de San Judas Tadeo, de la Inmaculada Concepción, de Santa Rita de Casia y de las Benditas Almas del Purgatorio, a quienes debo el milagro de mi actual prosperidad, me confieso y comulgo todos los Primeros Viernes y contribuyo a la Iglesia con mil pesos mensuales...

— Aunque yo, religiosamente hablando, soy muy frío, respeto profundamente las creencias ajenas... —respondió el Marqués—. Y te felicito por tenerlas tan arraigadas... ¿Tú juegas golf? —le preguntó, cambiando de tema—.

— El único deporte que practico es el tejo...  
—contestó Casiano—.

— No se te vaya a ocurrir contarle eso a nadie aquí... — le ordenó el Marqués, en tono severo—. En cuanto lo sepan ¡te expulsan inmediatamente! Ese es un juego de zapateros y albañiles... Los únicos deportes que puede practicar un clubman son el golf y el polo... Próximamente te los enseñaré...

Se trasladaron al bar donde Casiano, por insinuación del Marqués, pidió dos brandys, los apuraron, aquél giró a éste el cheque y ya se disponían a retirarse, pues era avanzada la hora, cuando aparecieron —notoriamente borrachos, abrazados y cantando un ritmo de moda— el “Chamizo” Umaña, (hacendado de la Sabana), el “Cumbo” Samper (banquero) y el “Zagalón” Rocha (rentista y holgazán), tres de los más conspicuos y conocidos socios, todos miembros de la nobleza criolla, infatuados, dipsómanos y brutos, quienes eran buenos amigos entre sí y

bebían juntos diariamente. El Marqués se levantó a saludarlos: — ¡Mis viejos queridos! ¡Qué juma tan estupenda la que traen! Están como unas micas...

— ¿Ya usted qué le importa, Marqués de mierda? —le preguntó el “Curubo”, brutalmente —. Si bebemos es con nuestra plata... Pero no me pongas bolas... Tú sabes que a mí me gusta joder y hacer chistes... Es la bendita vaina de ser uno tan bogotano, ¿ves? Yo a ti te quiero mucho aunque no me pagues lo que me debes... Lo que pasa es que estoy en una perra que vuelo...

— ¿Y quién es ese lobo estepario que está contigo? — le preguntó el “Zagalón” al Marqués —.

— Caminen hasta allí y les cuento... — respondió éste y se los llevó a un rincón desde donde no podía ser oído por Casiano, quien continuaba sentado en una de las butacas del mostrador—. Es un pobre tipo de Choachí... Bueno, era un pobre tipo, porque hace poco se

casó con la viuda del viejo Nicanor Saldarriaga, que la dejó riquísima...

— Más puta que la perra de San Roque... — comentó el “Chamizo”— . A esa se la tiraban el médico Benjumea y un abogado de apellido Enciso... Yo no la conozco pero me dicen que es un hembronón... Hay que decirle que nos la presente...

— Les sigo contando... —continuó el Marqués —. Fue admitido recientemente como socio y hoy vino a conocer el Club... Como está en el plan de relacionarse, me invitó a tomar trago y a almorzar... Es un pisco ingenuo y como a la mujer le quedó tanta plata, creo que puede ser una mina... ¿Me entienden? Se los voy a presentar pero ¡por caridad! no vayan a humillarlo ni a decirle cosas desagradables... Yo sé lo vergajos que son ustedes...

— Puede que seamos vergajos, pero no huevones... — replicó el “Zagalón”, arrastrando

las palabras y bamboleándose—. ¿Cómo se te ocurre que vayamos a matar la gallina de los huevos de oro?

— ¿Y cómo se llama el gigoló de Choachí? —preguntó el “Curubo”—.

— Se llama Casiano Pardo... —contestó el Marqués—.

— ¿Casiano? ¡Ah, carajo! Milagrosamente no lo pusieron Medioculo... —exclamó el “Chamizo”, muy satisfecho de su ingeniosa salida y los cuatro lanzaron una estruendosa carcajada—.

— El nombre está chirriadísimo... —comentó el “Zagalón”— ¡Queda solemnemente bautizado con él desde este momento!

— ¡Llamémoslo así, pero entre nos... Que no se entere, porque nos tiramos todo... —anotó el Marqués— . Caminen, ahora sí, se los presento... —y condujo a sus tres amigos al mostrador—. Perdóname —le dijo a Casiano— que te hubiera

abandonado por unos instantes, pero tenía que hablar algo muy reservado con estos amigos, que son tres distinguidísimos socios del Club, pertenecen a la flor y nata de la sociedad bogotana, unos tipazos ¿ves? ¡Te los presento!

— ¡Encantados! —dijeron en coro los tres beodos, apoyándose entre sí pues no podían tenerse ya en pie y sin dignarse tenderle la mano a Casiano, quien se quedó con la suya en el aire—.

— Me siento muy complacido y muy honrado de conocer a unos personajes como ustedes... — dijo Casiano—. Me llamo Casiano Pardo y estoy enteramente a sus órdenes... ¡Mil gracias, Marqués! Para celebrar este acontecimiento quiero pedirles que me hagan el honor de aceptarme una invitación a almorzar mañana, si no tienen inconveniente... El Marqués me ha dicho que todo nuevo socio debe comenzar por invitar a los antiguos...

— Mis amigos y yo no tenemos ningún

inconveniente... —repuso el Marqués, asumiendo la vocería del grupo—. Por el contrario, nos encantará ¿ves? Mañana, a la una de la tarde, nos encontraremos aquí, nos tomaremos unos cuantos aperitivos y pasaremos a manteles...

— ¡Estuve feliz! —le dijo Casiano a Susana cuando llegó a su casa—. Fui a conocer el Jockey y allá me relacioné con lo mejor de Bogotá... Almorcé con un Marqués y quedamos de íntimos amigos. Mañana almorzaré con un Duque, con un Conde, con un Barón, que sé yo... ¡Y qué caballeros tan finos, tan amables, tan sencillos...! Me trataron de tú a tú y estuvieron encantados conmigo... Un día de estos los voy a invitar aquí para que los conozcas... Definitivamente no hay como esa gente...

Y, en realidad, no había gente más viva ni más lista que la que acababa de conocer. El provinciano de clase media, el antiguo negociante de finca raíz, había caído en una trampa de la que no podría ya salir y a la que arrastraría a su mujer.

Al almuerzo del día siguiente sucedieron muchísimos más, por cuenta del nuevo socio, quien se sentía obligado a invitar a cada uno de los antiguos que le era presentado y, además, a los cuatro que había conocido el día de su debut. Estos, ni cortos ni perezosos, organizaban frecuentemente sesiones alcohólicas en el bar, cuyas cuentas eran indefectiblemente canceladas por Casiano —o Medioculo como despectivamente lo llamaban ya todos los socios, sin que él lo supiera— y partidas de poker en las que siempre era el perdedor, ya que sus compañeros de juego eran consumados tahúres. Por concepto de comidas, bebidas y pérdidas en el juego hubo de desembolsar, en un solo mes, la entonces ingente cantidad de setenta y ocho mil pesos.

Menudeaban, por otra parte, los préstamos del Marqués, con destino al pago de impuestos y al de los honorarios de los abogados que atendían su pleito. Para que Casiano no abrigara ninguna duda, el Marqués le enseñaba autos, despachos y

exhortos del Juzgado 4o. Civil del Circuito, cuyo Secretario era amigo del supuesto heredero y, por pequeñas sumas con que lo retribuía éste, elaboraba en papel timbrado y con los sellos auténticos de la oficina judicial, providencias imaginarias.

— La cosa va muy bien ¿ves? —le decía el Marqués—. Esta es la copia del último auto dictado en el juicio... ¡Léela! Yo creo que en unos tres meses, a más tardar, tendremos sentencia definitiva... Entonces te devolveré tu platica una sobre otra... ¿Será demasiada molestia que me prestes otros veinticinco mil pesitos para dárselos al abogado, que me tiene loco?

Y Casiano, convencido de la inminencia del fallo y de la cancelación de la deuda y contentísimo de poder prestarle a su eminente amigo un nuevo servicio, giraba el cheque. Pero tenía otros motivos poderosos para acceder a sus crecientes exigencias. Habían comenzado a llegarle mensajes suscritos por Obispos, Curas

Párrocos y Directores de Comunidades Religiosas, concebidos en los siguientes o parecidos términos: “La circunstancia de conocer, de vieja data, a Don Pedro Felipe de la Santísima Trinidad Ezpeleta Borbón, prominente miembro de la sociedad bogotana, lo mismo que a sus padres, quienes fueron nuestros permanentes benefactores; la de saber que él se encuentra en difíciles condiciones económicas, que no mejorarán mientras no reciba su herencia; y la de tener conocimiento de que usted lo ha estado ayudando con préstamos de dinero invertidos por él en el juicio de sucesión, nos ha movido a dirigirnos a usted para recomendárselo muy especialmente, decirle que en él puede depositar toda su confianza y exhortarlo a que lo siga ayudando en la medida de sus posibilidades. Sabemos que Dios Nuestro Señor y la Virgen Santísima han sido muy generosos con usted últimamente. ¡Séalo usted con este hermano suyo en el Señor, para agradecer los inmensos favores que ha recibido del Cielo! No se trata de dádivas sino de simples préstamos, que él le restituirá en el momento mismo en que la justicia

le haga entrega de lo que le corresponde. Pedro Felipe nos ha prometido que, cuando eso ocurra, contribuirá, con una donación, a aliviar las necesidades, cada vez más grandes y apremiantes de esta Comunidad. Pero es indispensable que él reciba su herencia y, para que la reciba, es absolutamente necesario que usted continúe proporcionándole el dinero que implica la prosecución del juicio. No ignoramos que usted es un buen cristiano y un católico practicante, devoto fervoroso del Sagrado Corazón, del Divino Rostro, de San Judas Tadeo, de la Virgen del Carmen, de las Benditas Almas del Purgatorio, de San Antonio de Padua y de otros santos y santas, que se confiesa y comulga los Primeros Viernes y cumple estrictamente todas sus obligaciones religiosas. Pero la principal de un cristiano y un católico, la más importante de todas, es practicar las obras de misericordia.

Y ayudar actualmente a nuestro hermano Pedro Felipe equivale a practicarlas todas simultáneamente. Tiene usted una oportunidad de

asegurar la gloria eterna. ¡No la desaproveche! Siga, pues, usted ayudando al prójimo en la persona de Pedro Felipe, que tanto lo ha menester. Nosotros le impartimos nuestra bendición y elevaremos siempre nuestras preces a la Divina Providencia para que Ella continúe colmándolo de la salud y el bienestar a que lo hacen acreedor sus buenas obras”.

El Marqués había visitado al Superior de los Jesuítas, al de los Dominicos, al de los Franciscanos, al de los Claretianos, al de los Eudistas, al de los Agustinos Recoletos, al de los Carmelitas, al de los Capuchinos, al de los Pasionistas, al de los Redentoristas, al de los Salesianos, al de los Vicentinos y a las Superiores de las Hermanas de la Caridad, de la Presentación, de la Asunción, de la Sabiduría, de María Auxiliadora, de la Paz, del Sagrado Corazón, de las Hijas de María, al Arzobispo Primado, a los Obispos de Tunja e Ibagué y a todos los Curas Párrocos de Bogotá y Municipios circunvecinos y a todos les había prometido donarles sumas

cuantiosas tan pronto como entrara en posesión de su herencia, con la única condición de que se lo recomendaran a Casiano y lo presionaran a seguir dándole dinero en préstamo.

Esa era la explicación de los mensajes recibidos por el nuevo filántropo. El Marqués jugaba, por tanto, con la codicia de los religiosos y los piadosos sentimientos de Casiano, para quien la sugerencia de un sacerdote, del Superior de una comunidad o de un Obispo, era una orden inapelable. Recibirla y girar un nuevo cheque, todo era uno. En seis meses el capital del difunto Nicanor Saldarriaga mermó en la suma de \$760.000 y una de las fábricas, dos de los almacenes y cuatro de las casas que habían sido de su propiedad y posteriormente de la de su viuda, cambiaron de dueño.

El “Curubo”, el “Zagalón” y el “Chamizo”, a su vez enfilaron baterías sobre Susana: — Antes de que el Marqués acabe con todo, tenemos que tratar de sacar tajada nosotros también... —les

dijo alguna vez el primero a sus otros dos amigos —. Dejemos que el Marqués explote a Medioculo y nosotros encarguémonos de la mujer... Que, por cierto, está estupenda... Ella se sentirá muy honrada de acostarse con cualquiera de nosotros y debajo de las cobijas le podremos sacar lo que queramos... Todavía le quedan dos fábricas, un almacén, dos haciendas y varias casas...

— Por ahí es la cosa, como dice Alfonso López... —dijo, entusiasmado, el “Chamizo” —. ¡Manos a la obra!

Las jornadas étlicas del Club terminaban, invariablemente, en casa de Casiano, a donde — por invitación suya— se trasladaban los cuatro amigos. Susana, luciendo sus mejores galas, los atendía espléndidamente, muy orgullosa de poder hacerlo, pues aquellos caballeros le parecían la quintaesencia de la distinción y la elegancia. Para complacerlos, ponía música y bailaba con ellos.

— ¡Estás divina, muñeca! —le decía el

“Curubo” al oído, mientras la oprimía estrechamente contra sí—. ¿Cuándo vas a ser mía? No sabes de lo que te estás perdiendo... Porque yo en la cama soy un verdadero artista ¿ves?

Casiano, mientras tanto, henchido de vanidad, seguía los movimientos de la pareja y les hacía al “Chamizo” y al “Zagalón” comentarios entusiastas: — ¡Qué pareja tan pareja! ¡Qué ritmo y qué armonía! Se entienden a las mil maravillas... Mi mujer nunca se soñó que iba a bailar con un hombre tan buen mozo y tan distinguido... ¡Brindemos por ellos! —y levantaba su vaso de whisky—.

Una noche en que Casiano, perdidamente borracho, dormía a pierna suelta en un sillón, el “Curubo” —después de besar a Susana muchas veces en las mejillas, en el cuello, en la boca y de acariciarle los senos y las piernas— le preguntó: — ¿Por qué no vamos un rato a la alcoba? ¡Estoy loco por conocerla...!

— ¿Y si Casiano se despierta? —  
contrapreguntó Susana—.

— Casiano está fundido y si se llega a despertar ¿qué más quiere que un tipo como yo se acueste con su mujer? ¡Camina, mi reina, no seas bobita...!

— Te voy a proponer un negocio: véndeme “Potre-roancho” (así se llamaba la hacienda de la Sabana) —le dijo el “Curubo” a Susana una vez que todo hubo concluido—. Tú no sabes nada de agricultura ni de ganadería y tu marido tampoco... En este momento no tengo suficiente dinero en el banco para pagártela, pero te puedo dar un cheque postdatado ¿ves?

El cheque, presentado en la fecha estipulada por el girador, no fue pagado por insuficiencia de fondos. Vinieron las excusas, las evasivas, los plazos. Pero ¿cómo protestarlos? ¿Cómo iniciar una acción judicial contra su amante que era, además, el mejor amigo de su esposo?

— ¡No tengo un centavo...! ¡Haz lo que se te dé la gana! — terminó diciéndole el “Curubo”, un día en que ella lo llamó por teléfono—. Pero antes de que me metas a la cárcel, tu pedazo de marido se va a enterar de lo que ha habido entre nosotros...

— ¡Está bien! Le regalo la hacienda... Que la disfrute... —replicó Susana—.

— Con algo tenías que pagarme el honor que te hice, que no se lo hago a todas... —contestó el “Curubo” y colgó el auricular—.

En otras dos farras, Susana había caído en las redes del “Zagalón” y del “Chamizo”. Ambos la habían poseído primero y obtenido después que le vendiera a aquél, por una suma ínfima, la hacienda cafetera de Caldas y le permutara a éste una de las fábricas por unas acciones que, a la postre, resultaron falsas.

El maquiavélico plan de los cuatro elegantes

“clubmen” se había cumplido al pie de la letra. Y el capital laboriosamente amasado por Don Nicanor Saldarriaga, en largos años de esfuerzos y sacrificios, se había esfumado como por arte de encantamiento. Pero, en cambio, Casiano había conocido la fruición de la riqueza, saboreado los más ricos manjares y los más finos licores y, sobre todo, alternado con los más distinguidos caballeros de la alta sociedad bogotana. Y Susana, a su turno, había tenido el honor supremo de que sobre ella cabalgaran tres apuestos y gallardos jinetes de sangre azul.

— ¡Esto se acabó! De lo que dejó el difunto Nicanor no queda ya nada... ¡Estamos en la ruina! Sus amigotes, que son unos hampones, nos robaron... —le dijo un día Susana a Casiano—.

— Pues esos hampones fueron amantes suyos... —replicó Casiano—. ¿O cree que no me di cuenta?

— Si se dio cuenta, ¡usted es un grandísimo

cabrón! — respondió furiosa, Susana—. Y si yo me prostituí, la culpa fue suya... Se sentía orgullosísimo de que me cortejaran y bailaran conmigo... Se emborrachaba y se dormía para dejarlos a sus anchas... Usted me produce asco...

— Y usted a mí, náuseas... ¡Ramera! Me voy para siempre... —contestó Casiano—.

— Indio comido, indio ido... —gritó Susana, llorando de ira—. ¡Lárguese a donde no lo vuelva yo a ver más...! ¡Busque otra mujer rica que lo mantenga! ¡Chulo! ¡Vividor! ¡Sinvergüenza!! ¡Fuera de aquí! —y le indicó la puerta—.

Casiano se trasladó a la “Pensión Olmos”, situada en la Calle de Paláu (Calle 16 entre Carreras 5a. y 6a.), llevando en su maleta —como únicos vestigios de su pasada grandeza— un sacoleva, un smocking y un frac y en su memoria los recuerdos de las inolvidables noches del Jockey. Al día siguiente, a las 6 de la tarde, acudió al Café “Asturias”, nuevo escenario de sus

encuentros con Baltasar Riveros.

— Me permito informarte que el Conde de Montecristo ha vuelto a ser Edmundo Dantés... — le dijo, a manera de saludo—.

— Lo que por agua viene, por agua va... — respondió Baltasar—.

— ¡Un momento! Distingamos... —repuso Casiano—.

A mí me robaron unos picaros, pero yo no le he robado un centavo a nadie...

— No he dicho eso... —contestó Baltasar—. Quise decir que lo que se gana sin esfuerzo, se pierde sin dificultad... Te dedicaste a la “dolce vita” con esos señoritos del Jockey, que son unos libertinos y unos depravados, y te dejaron sin blanca...

— Sin blanca y sin Susana, porque ayer me separé de ella... Es una prostituta cualquiera... —

replicó Casiano—.

— Lo era ya cuando te casaste con ella... Y tú la acabaste de prostituir, llevándole hombres borrachos todas las noches, que a ti te parecían el “non plus ultra” de la elegancia... ¿No estabas tan orgulloso de tu amistad con el Marqués y con el “Curubo” Samper y con el “Zagalón” Rocha y con el “Chamizo” Umaña? Vé ahora donde ellos y te apuesto lo que quieras a que no te conocen... Eso te pasa por desertar de las filas del pueblo, por pasarte al enemigo con armas y municiones, por traicionar a tu clase... —dijo Baltasar—.

— Lo que me ha pasado confirma mi tesis de que los de arriba no dejan subir nunca a los de abajo... —repuso Casiano—, Y cuando tratan de subir, los matan o los compran para ponerlos a su servicio o los estafan y arruinan... En fin, a lo hecho, pecho... En todo caso fue una experiencia interesante...

La muerte de Olaya Herrera, candidato a la

reelección, ocurrida en Roma en febrero de 1937, le abrió paso a la Presidencia de Eduardo Santos, propietario de “El Tiempo”, organizado por Fabio Restrepo, quien hasta entonces había sido Ministro de Relaciones Exteriores, Gobernador de Santander, Delegado de Colombia ante la Liga de las Naciones y Senador de la República. Proveniente de las toldas del antiguo “republicanismo”, el incoloro movimiento fundado por Carlos E. Restrepo, representante genuino de la pacifista y conciliadora generación del Centenario, de temperamento ecuánime y contemporizador. pero capaz de las más violentas reacciones cuando alguien atacaba los intereses de su empresa comercial, discípulo aventajado de Perogrullo, de quien alguna vez dijo Silvio Villegas que había escrito 13.762 editoriales pero no había logrado escribir una sola frase, era el candidato ideal de la burguesía asustada con la semi-revolución de López. Darío Echandía, al frente del liberalismo de izquierda, trató de oponérsele pero fue aplastado por las rotativas de “El Tiempo” y el dinero de su propietario. Y

Santos fue elegido, sin contrincante, porque Laureano Gómez había decretado la abstención electoral de su partido.

Las cosas se parecen a su dueño. Y “El Tiempo” ha sido, es y será idéntico al doctor Santos. El respeto al “statu quo”, el culto a los valores consagrados, el servicio a dos amos, las velas simultáneamente prendidas a Dios y al diablo, el oportunismo elevado a la categoría de necesidad patriótica, la cobardía disfrazada de prudencia, el miedo a la verdad, la mentira ataviada con los ropajes de la discreción, las fórmulas eclécticas, las soluciones salomónicas, los tonos grises, las medias palabras, los eufemismos, las ambigüedades, fueron siempre las normas de su conducta y, aplicándolas sistemáticamente, llegó a convertirse en una de las más prósperas empresas comerciales del país. Pero Santos, además, le infundió su personalidad a millones de sus compatriotas. Porque el santismo es un estado de alma colectivo. La gente sigue la línea de menor resistencia. No habla porque es

imprudente, no escribe porque es peligroso, no exige porque es inoportuno, no protesta porque es subversivo, no actúa porque es contraproducente. Y si se atreve a hablar, escribir o actuar, lo hace con reticencias y ambages que diluyen la idea y desvirtúan la intención.

El gobierno de Santos, tan anodino como el Presidente, fue el de la “convivencia”. Sin embargo la Guardia de Cundinamarca resolvió un día que 18 campesinos conservadores no tenían derecho a convivir con sus conciudadanos y les dio muerte en la plaza de Gachetá. Y el mandatario, demócrata integérrimo, celoso defensor de las libertades públicas y de “los derechos inalienables de la persona humana”, impidió la reunión de las Asambleas Departamentales, para evitar que proclamaran la candidatura de Carlos Arango Vélez, quien aspiraba a sucederlo, y puso la maquinaria oficial al servicio de la reelección del señor López Pumarejo.

— Yo nunca me hice ilusiones con este

gobierno... —le dijo un día, a principios de 1942, Baltasar a Casiano, en el curso de una de sus cotidianas charlas del Café “Asturias”—. De un oligarca, como es Santos, el pueblo no podía esperar nada... Su gran obra fue el Instituto de Crédito Territorial, pero fíjate lo que me pasó a mí: Traté de que me adjudicaran una casita para meterme en ella con mi mujer y mis nueve hijos y me la negaron porque no tenía suficiente puntaje... En cambio, le adjudicaron una a Peña, el Jefe de Cuentas Corrientes del Banco, quien poseía dos y apenas tiene un hijo... ¿No es el colmo de la infamia? Pero ahora sí, cuando vuelva a subir López, vendrá la verdadera revolución... La que hizo en su primer gobierno fue apenas un ensayo general...

— Tú morirás de cien años y no dejarás de ser optimista... —respondió Casiano—. López indudablemente, volverá al poder, porque el gobierno está decidido a imponerlo y cuenta con el apoyo de “El Tiempo”, que hace y deshace Presidentes... Pero oye bien lo que voy a decirte y

recuérdalo: En primer lugar, nunca segundas partes fueron buenas y, en segundo, López llegará a la Presidencia arrepentido de lo poco que hizo en favor de los de abajo y resuelto a reconciliarse con los de arriba, que son sus compañeros de clase, y a obtener que le perdonen sus devaneos revolucionarios... ¡El segundo gobierno de López será un desastre!

Las palabras de Casiano resultaron proféticas. El tigre feroz de la República Liberal y la Revolución en Marcha, cuyos bramidos tanto habían atemorizado a los plutócratas de los dos partidos, regresó al poder transformado en un gato inofensivo. Y bien pronto, el asesinato de “Mamatoco”, un modesto boxeador, sacrificado cruelmente por Oficiales y Agentes de la Policía Nacional para demostrar su adhesión al gobierno, pues al desdichado púgil, que no tenía fuerza distinta de la de sus brazos, se le acusaba de conspirar contra las instituciones; y los turbios negociados de la Handel y la Trilladora “Tolima”, que sirvieron para enriquecer al “hijo del

Ejecutivo”, Alfonso López Michelsen, desencadenaron contra el Presidente una oposición unánime, que acabó obligándolo a renunciar un año antes de expirar su período.

Los jefes de la oposición fueron: Laureano Gómez, el tremebundo caudillo conservador, cuya principal actividad fue siempre derribar Presidentes y Ministros y Jorge Eliécer Gaitán, penalista brillante y hombre de ideas aparentemente avanzadas, que había conquistado fama de orador cuando enjuició al gobierno de Abadía por la matanza de las Bananeras y prestigio de buen administrador cuando desempeñó la Alcaldía de Bogotá y los Ministerios de Educación y del Trabajo, quien enarboló la bandera de “la restauración moral de la República”.

Baltasar fue, desde el primer momento, un gaitanista fervoroso, apasionado, incondicional. Gaitán era un hijo del pueblo. Producto del arrabal bogotano. Hijo de un librero de viejo y de una

maestra de escuela. El color de su tez era el mismo de las gentes a quienes el sol del infortunio les ha tostado la suya. La mirada entre maliciosa y agresiva era la misma de los seres que han sufrido todos los rigores de la adversidad. El gesto, virilmente enérgico, era el mismo de los humildes que, acosados por la injusticia, se vuelven soberbios. La voz era la inconfundible de los de abajo. El acento era el mismo de los zapateros de Las Cruces, de los limpiabotas de Egipto, de los carpinteros del Barrio Olaya, de los plomeros de La Perseverancia, de los jugadores de tejo de los Barrios Unidos. Con ingentes esfuerzos se había hecho a sí mismo, logrando subir peldaño a peldaño, desde el arroyo hasta los palacios de los poderosos. Había sido el defensor permanente de los desheredados: de los arrendatarios de “El Chocho” y de los obreros de la Zona Bananera. Su tesis de grado había versado sobre las ideas socialistas en Colombia. Había fundado el Unirismo (Unión Nacional Izquierdista Revolucionaria) y, al frente de sus huestes, había librado recias batallas por la democracia. Física e

intelectualmente estaba conformado para la revolución. Poseía, en fin, la convicción, la rebeldía y la elocuencia de los grandes caudillos populares.

El primero en llegar y el último en salir del Teatro Municipal los “Viernes Culturales” era Baltasar. Se apostaba en la puerta desde muy temprano y, tan pronto como la abrían, entraba desalado y se sentaba en una butaca de la primera fila. Allí esperaba pacientemente la llegada del jefe, que se producía dos horas después. Cuando Gaitán aparecía en el escenario, saludando a la multitud con las manos en alto, se poma de pie rubicundo, tembloroso, con los ojos nublados por las lágrimas y, con toda la fuerza de sus pulmones, gritaba: ¡Viva Jorge Eliécer Gaitán! ¡Viva el gran partido liberal! ¡Abajo los oligarcas! ¡Muera el turco Turbay! Y cuando Gaitán, exagerando el acento peculiar de los bogotanos del sur, exclamaba: “Hay que procurar que los ricos sean menos ricos, para que los pobres sean menos pobres”, o: “¿Que la oligarquía nos va a derrotar?

¡Mamola!", o cuando decía patéticamente: "Las madres colombianas tienen el derecho de parir los Presidentes de la República", Baltasar caía de rodillas, juntaba las manos —como si estuviera delante del Altísimo—, gritaba, gesticulaba, bufaba, lloraba, reía. Y cuando el jefe remataba su arenga con el grito tradicional: "Por la restauración moral de la República ¡a la carga!", le sobrevení­a el orgasmo político: sentía que las fuerzas lo abandonaban, que una deliciosa sensación voluptuosa recorría todo su ser y, sacudido por ios espasmos de un placer indecible, se revolcaba en el suelo. Momentos después se levantaba para precipitarse al escenario y tener allí la felicidad infinita de estrechar la mano de su ídolo o, por lo menos, de tocarle un brazo, el pecho, la espalda. Y, por último, encabezaba la manifestación que se dirigía a apedrear el edificio de "El Tiempo".

La historia del año treinta se repitió exactamente pero al revés. Porque el partido liberal se presentó dividido a las urnas con los

nombres de Gabriel Turbay y Jorge Eliécer Gaitán, mientras que el conservador concurreó unido alrededor de Mariano Ospina Pérez. El Designado Lleras Camargo, elegido por el Congreso para que completara el período de López, observó una neutralidad vertical. Y Alfonso López, para desquitarse de los dos candidatos liberales que se habían atrevido a criticar los negociados de su hijo, manifestó que no votaría por ninguno de los dos, pero exhortó a sus partidarios a que lo hicieran por el de sus simpatías, actitud equivalente a la del general que les dijera a sus soldados: “Yo no voy a pelear. ¡Peléen ustedes!”.

— A Jorge Eliécer no lo ataja nadie... —le dijo Baltasar a Casiano la víspera de las elecciones—. ¡Ahora sí le tocó al pueblo! Mañana barreremos a la oligarquía liberal y a los godos...

— Mañana va a ganar Ospina Pérez, como saber que dos y dos son cuatro... El primer placé será Turbay y el segundo, el negro Gaitán... Te voy

lo que quieras de apuesta...

— Desgraciadamente no tengo plata para apostar, pero si la tuviera apostaría mil pesos a uno a que triunfa Jorge Eliécer... — respondió Baltasar—. ¡El pueblo está con él!

— Pues el pueblo, como siempre, va a ser derrotado por la plutocracia conservadora y la oligarquía liberal... —repuso Casiano— y ojalá que sea así, porque el triunfo del negro sería la catástrofe...

— Catástrofe ¿por qué? —preguntó Baltasar—. Jorge Eliécer es el caudillo más grande que ha producido este país...

— Gaitán no es más que un agitador y un demagogo, que enuncia los problemas pero no da las soluciones... Nunca, por ejemplo, ha dicho cuál es la fórmula para que los ricos sean menos ricos y los pobres, menos pobres... Un revolucionario legalista, que quiere hacer una revolución con la

Constitución debajo del brazo y los Códigos debajo del otro... Yo, además, no creo en su sinceridad, porque la mayor ambición de su vida ha sido ser socio del Jockey Club y su mayor orgullo ser amigo de dos de sus socios: don Evaristo Herrera y Don Antonio Izquierdo Toledo... —contestó Casiano—.

— ¿Ya acabó para limpiarlo? —preguntó Baltasar, empezando a encolerizarse—. ¿Y qué me dice de su famoso candidato, el viejo Ospina Pérez, impuesto por Laureano?

Un mimado de la suerte, que nunca ha tenido que mover un dedo para que le lluevan los honores... Nieto y sobrino de exPresidentes, inmensamente rico, dueño de la más poderosa firma urbanizadora del país, quien nunca libró una batalla en el Parlamento, porque cada vez que Laureano se levantaba a atacar los gobiernos liberales, él se retiraba estratégicamente para no comprometerse... No quiero discutir más con usted hoy, pero: “Gústele o no le guste, cuádrele o no le

cuadre, ¡Gaitán será su padre!”... y mañana llegará el pueblo al poder... O dejo de llamarme Baltasar Riveros...

## Capítulo VII

El apasionado gaitanista, sin embargo, tuvo que seguir llamándose así, porque no fue precisamente el pueblo el que llegó al poder sino la plutocracia conservadora encarnada en Mariano Ospina Pérez, financista y urbanizador antioqueño, de cabellera blanca, mirada dulcísima, sonrisa bondadosa y soporífero acento, moderado, apacible, dúctil y elástico, “indoctrinado y liberalizante”, matriculado desde su juventud en el grupo que Laureano Gómez denominó de las “raposas”, quien nunca había despertado el amor de sus copartidarios ni el odio de sus enemigos políticos. Los regímenes hegemónicos siempre han estado precedidos por uno de coalición, utilizado como lubricante para hacer menos dolorosa la posterior introducción del sectarismo. Al gobierno hegemónico de José Vicente Concha antecedió el republicano de Carlos E. Restrepo, a la República Liberal de Alfonso López la “concentración nacional” de Enrique Olaya Herrera y al ultragodo

de Laureano Gómez la “unión nacional” de Mariano Ospina Pérez. Imitando el ejemplo de Restrepo en 1910 y el de Olaya en 1930, Ospina le hizo entrega de la mitad de la administración a sus electores y de la otra mitad a sus adversarios. Pero ni los unos ni los otros quedaron contentos, porque aquellos aspiraban al 100% de los cargos públicos y éstos no se conformaban con el 50%. Y la rebatiña degeneró en violencia. Además, los niños boyacenses y santandereanos que, quince años antes, habían visto a la policía asesinar a sus padres, eran ahora hombres sedientos de venganza. El pueblo, como de costumbre, puso los muertos. Porque a lo largo de diez años de guerra civil murieron centenares de miles de peces chicos y apenas dos grandes: Jorge Eliécer Gaitán y Jorge Soto del Corral. Moralmente herido de muerte por la derrota electoral, Gabriel Turbay arrió la bandera y abandonó el campo. Gaitán, en cambio, la izó de nuevo en el asta de su fe y en las elecciones parlamentarias de 1947, venció a Santos, a López, a “El Tiempo”, a la oligarquía liberal y se convirtió en el jefe único de su

partido.

La violencia arreció en todas las regiones del país. En febrero del 48 Bogotá vio desfilar a cien mil personas silenciosas, entre las que, obviamente, iba Baltasar Riveros, que se congregaron luego en la Plaza de Bolívar, donde Jorge Eliécer Gaitán le pidió al Presidente Ospina piedad para sus copartidarios. Su asesino, dos meses después, no la tendría con él. Los precios habían alcanzado niveles nunca antes conocidos y la gente de abajo y la de en medio había empezado a sentir hambre. La ruptura de la “unión nacional” coincidió con la reunión de la IX Conferencia Panamericana. Los liberales se retiraron del gobierno y Laureano Gómez fue nombrado Ministro de Relaciones Exteriores. Con la llegada de los Delegados comenzaron los desfiles de automóviles de último modelo —que llevaban dentro elegantes caballeros vestidos de alamares o

militares en uniforme de parada, con el pecho constelado de condecoraciones —, los cocteles, los banquetes, los bailes, en un irritante desafío al hambre popular.

En la noche del 8 de abril Gaitán hizo su última defensa y obtuvo su último triunfo jurídico con la absolución del Teniente Cortés, un militar que, años antes, había matado al periodista Eudoro Galarza Ossa. Tres balazos pondrían fin a su vida, doce horas más tarde, y darían principio al caos.

Baltasar había acabado de almorzar y de dictarles a sus hijos la diaria lección de doctrina liberal y se disponía a marcharse al Banco nuevamente, cuando sonaron uno violentos y repetidos golpes en la puerta de la casa.

— ¿Quién golpeará en esa forma? ¡Vaya Rafael a abrir, antes de que tumben la puerta...! Y si es el viejo de la casa o la vieja de la tienda o cualquier otro acreedor, diga que yo salí ya...

— ¡Baltasar! ¡Baltasar! ¡Salga pronto! No sabe la noticia que le traigo... —retumbó en el zaguán la voz de Fideligno González, vecino y copartidario de Baltasar—. ¡Mataron al jefe!!

— ¿A cuál jefe? —preguntó Baltasar, sobresaltado, saliendo al encuentro de su amigo —.

— ¿A cuál iba a ser? — contrapreguntó González —. ¡A nuestro jefe, a nuestro caudillo, a nuestro padre...! ¡A Jorge Eliécer!!

— ¡No puede ser...! ¡Eso es mentira! ¡Es imposible! — exclamó Baltasar, retorciéndose las manos— ¿Quién lo mató? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo?

— Hace unos minutos..., cuando salía de su oficina..., un godo asesino le metió tres balazos... —contestó González, con voz entrecortada—. Si quiere convencerse, ponga la radio, que están dando noticias...

Aturdido, intensamente pálido, tembloroso, bamboleándose, Baltasar se dirigió a la alcoba y prendió el pequeño aparato colocado sobre la mesa de noche. “¡Extra! ¡Extra! ¡Ultima hora! ¡Acaba de ser asesinado el doctor Jorge Eliécer Gaitán! ¡Un agente de la policía, vestido de civil, disparó por tres veces su revólver sobre él, cuando salía de su oficina, en compañía de Flmio Mendoza Neira, Jorge Padilla y Alejandro Vallejo, quienes lo recogieron y condujeron a la Clínica Central, donde los médicos realizaron esfuerzos infructuosos por salvarle la vida, ya que las heridas que recibió eran mortales por naturaleza y falleció hace cinco minutos! ¡Este crimen oficial no puede quedar impune! ¡El pueblo tiene que vengar a su caudillo! ¡Hombres y mujeres liberales: ¡a las armas! ¡A los cuarteles! ¡A las ferreterías! ¡Tenemos que derrocar a este gobierno asesino y colgar a Ospina Pérez, a Laureano Gómez y a Montalvo! ¡La policía liberal está con el pueblo! ¡Viva el partido liberal! ¡Mueran los godos asesinos!”

tronaban los locutores en todas las emisoras.

— ¡Maldita sea! ¡Godos asesinos! Se habían demorado... Lo mismo que hicieron con Uribe Uribe... —exclamó Baltasar, sollozando, clavándose las uñas en el rostro y arrancándose mechones de pelo—. Pero esto no se queda así... Tenemos que vengar a nuestro padre, despescuezar a todos los godos, colgar de las pelotas al viejo Ospina Pérez, al Monstruo, al cojo Montalvo, tomarnos el poder...! ¡Al fin le llegó su hora al pueblo!

— Por lo pronto se me ocurre que usted, como Secretario, convoque al Directorio del Barrio a una reunión urgente... —dijo González—.

— ¡Qué reuniones ni qué carajo! — vociferó Baltasar—. ¿Reuniones para qué? ¿Para aprobar una proposición de duelo y transcribírsela a la viuda en nota de estilo? Por eso es que los liberales estamos tan jodidos... ¡Hechos no palabras! ¿No ha oído las consignas que están dando por la radio? ¡Hay que armarse, matar a todos los enemigos del pueblo, tumbar al gobierno,

no dejar títere con cabeza!! Si usted es un buen liberal, ¡sígame! ¡Vamos a ver cuántos somos y cuántos quedamos...!

Cuando los dos amigos salieron a la calle, los vecinos de Egipto, La Peña y El Carmen, armados de machetes, palos, piedras, picas y azadones, comenzaban a descender al centro de la ciudad. La estupefacción, un dolor lacerante y una ira salvaje se pintaba en todos los rostros. Unos lloraban con amargura de huérfanos, otros lanzaban imprecaciones atroces, otros blandían, desafiantes, sus instrumentos de trabajo y algunos agentes de la policía, que lucían escarapelas rojas en las gorras, coreaban los gritos de la multitud y levantaban sus fusiles en actitud amenazante.

En un momento dado, González quien marchaba al lado de Baltasar, notoriamente asustado, desapareció. Baltasar siguió avanzando hasta la Clínica Central. A empujones y codazos se abrió paso por entre la muchedumbre adolorida e iracunda hasta llegar a la Sala de Operaciones,

donde sobre una mesa ensangrentada yacía el cadáver del que había sido su ídolo. El negro cabello revuelto cubriéndole parte de la frente, el rostro moreno blanqueado por la palidez de la muerte, los ojos aún entreabiertos, los labios replegados en un rictus duramente amargo, sobrecogieron a Baltasar. Nunca lo había abrumado una emoción igual, porque en ésta se mezclaban y confundían los más heterogéneos sentimientos: un dolor inconmensurable, una admiración sin límites, una veneración casi religiosa, una cólera incontenible, una agobiadora sensación de impotencia y fracaso, un vehemente deseo de revancha. Sobre esa mesa estaban, inertes, las supremas esperanzas de un pueblo; muda para siempre la garganta prodigiosa que había estigmatizado a los explotadores y halagado, con promesas de redención, los oídos de los explotados; rígido y yerto el brazo rebelde que había señalado, muchas veces, el camino de las reivindicaciones sociales. Baltasar quiso besar el rostro del caudillo pero diez manos lo contuvieron. Entonces optó por empapar su

pañuelo en la sangre aún no coagulada y estrechando contra su pecho el trofeo inapreciable, lloró como un niño, hasta que un médico le dijo que debía retirarse, pues iban a proceder a embalsamar el cadáver.

Todavía sollozando, abandonó la Clínica. En la calle el ambiente era auténticamente revolucionario. El cuerpo del asesino había sido molido a golpes por la multitud, arrastrado a lo largo de la Carrera Séptima, desde el lugar del crimen hasta el Palacio Presidencial y abandonado allí. Grupos armados a cuya cabeza marchaban agentes de la policía que se habían sumado a la revolución, recorrían, enloquecidos, la ciudad en todas direcciones. Varios automóviles y tranvías habían sido ya pasto de las llamas. El edificio de “El Siglo” había sido dinamitado por obreros de los Ferrocarriles; “Torcoroma”, la casa campestre de Laureano Gómez en Fontibón, saqueada e incendiada; asaltado el Palacio de la Gobernación y arrojados los muebles a la Avenida Jiménez de Quesada. Igual suerte habían corrido el Palacio de

San Carlos, donde funcionaba la Cancillería, el Palacio Arzobispal, la Nunciatura Apostólica, el Ministerio de Gobierno, el de Justicia, el de Educación, la iglesia de “El Hospicio”. Los revoltosos se habían tomado las ferreterías de San Victorino, los estancos y las cigarrerías. Muchos obreros, habituados a beber cerveza “a pico de botella”, apuraban a grandes sorbos una de whisky o de brandy y caían fulminados. Los presos de “La Picota”, la Cárcel Modelo y la Nacional se habían evadido y, con la intención de destruir los procesos en que aparecían sindicatos, habían invadido el Palacio de Justicia y al pillaje había sucedido el incendio. El General Marshall, Torres Bodet, Rómulo Betancur y los demás Delegados a la Conferencia Panamericana permanecían sitiados en el Capitolio y el Batallón “Guardia Presidencial”. Los locutores seguían incitando a la revuelta y anunciando que las cabezas de Laureano Gómez, José Antonio Montalvo, Guillermo León Valencia y otros jefes conservadores pendían de sendos faroles en la Plaza de Bolívar. A las 6 de la tarde, en medio de un aguacero torrencial, se

inició el saqueo e incendio de todos los almacenes situados a lo largo de la Carrera Séptima, desde la Calle 11 hasta la 20. Y los revolucionarios, con el botín al hombro, sin preocuparse mucho ni poco por el resultado de la revolución, emprendieron el camino de sus casas.

Baltasar había recorrido todos los focos de la revuelta y presenciado la destrucción de los objetivos escogidos por la furia popular. Había contemplado el saqueo y el incendio de los edificios públicos y los privados y visto a los saqueadores borrachos matarse entre sí en la feroz disputa del botín. Pero no había sido testigo de ningún acto genuinamente revolucionario, enderezado a la toma del poder. Estaba decepcionado. Aquello había sido un río desbordado, un maremoto, un ciclón, un carnaval sangriento. Todo menos una revolución. ¿Dónde se detendría el vehículo conducido por un demente, a una velocidad de 150 kilómetros por hora, sin freno ni dirección? ¿Dónde estaban los jefes liberales?

Los jefes liberales estaban en el Palacio Presidencial, pero no deponiendo al Presidente Ospina y asumiendo el poder, sino parlamentando con el mandatario y negociando con él una nueva coalición, que les permitiera conservar la mitad del gobierno. Los grandes problemas del país se han resuelto siempre con un decreto de nombramiento. Y el que designó a Darío Echandía Ministro de Gobierno y a cinco personajes liberales más en otras tantas carteras ministeriales, bastó para debelar la revuelta y restablecer la normalidad. La “partija mecánica”, el equitativo reparto del botín burocrático, la fraternal distribución del puchero presupuesta!, han sido la panacea insustituible para todas las enfermedades del organismo nacional. Sobre el cadáver del caudillo sacrificado y los escombros de Bogotá, los caciques de las dos tribus rivales fumaron la pipa de la paz y erigieron el edificio deleznable de una nueva componenda política.

¿Cuántos hijos del pueblo murieron el 9 de abril? Nunca se supo. Como no se ha sabido jamás

cuántos perecieron en las batallas de la independencia, en las guerras civiles del siglo pasado, en la Zona Bananera, en la violencia liberal del 32, en la conservadora del 47 al 53, en la Plaza de Toros, en los sucesos del 14 de septiembre de 1977. Pero eso no tiene ninguna importancia. La carga de los muertos le ha estado reservada al pueblo en todas las épocas. Ese es su destino.

La frustración de Baltasar Riveros fue inmensa. Al abatimiento de los primeros días siguió una cólera sorda que le duró muchas semanas. El pueblo había estado a las puertas del poder y no se había atrevido a franquearlas. Había preferido derribar las de los almacenes. La venganza popular había consistido en quemar bienes inmuebles y robarse los muebles, en vez de ajusticiar a los autores intelectuales del crimen, que para él eran Ospina Pérez y Laureano Gómez. Había sido una revolución contra las cosas y no contra las personas. Los dirigentes habían claudicado vergonzosamente y el precio de su

entrega incondicional había sido un plato de lentejas. En el poder iban a continuar “los mismos con las mismas”, como lo había dicho Gaitán y todo —con excepción del centro de Bogotá, arrasado por el fuego— iba a seguir igual. El pueblo había desaprovechado su gran oportunidad.

Sólo seis días después de los acontecimientos, pudieron encontrarse nuevamente Baltasar y Casiano y reanudar el diálogo iniciado, treinta años antes, en la “Botella de Oro”. El punto de reunión era ahora el Café “Automático”, ubicado en la Avenida Jiménez de Quesada, entre Carreras 5a. y 6a., al que solían concurrir Jorge y Eduardo Zalamea, León de Greiff, José Mar, Arturo Camacho Ramírez, Juan Lozano y Lozano, Emilio Pardo Umaña, Ciro Mendía, Hernando López Narváez, Alberto Galindo, Alejandro Vallejo, Luis Paláu Rivas y algunos otros representantes de la bohemia intelectual.

— Estaba deseosísimo de hablar contigo y conocer tus opiniones sobre la famosa

revolución... —le dijo Casiano a Baltasar—. Yo, desde que comenzó la fiesta, me encerré en la “pensión” donde vivo y hasta hoy no volví a salir a la calle, por miedo de que me despescuezaran... Con esa cara y ese caminado de godo que tengo... Y a ti ¿cómo te fue?

— No quiero ni hablar de eso... —contestó Baltasar—. Ya te imaginarás la impresión que me causó la muerte de Jorge Eliécer... Te confieso que ni la de mi mamá ni la de mi papá me dolieron tanto... Yo tenía puestas en él todas mis esperanzas... Tan pronto como me enteré, volé a la Clínica Central y pude ver el cadáver... Traté de besarlo y no me dejaron... Pero mira esta reliquia... —y sacó del bolsillo el pañuelo manchado con la sangre del mártir—. Esta es su preciosísima sangre y ella será la herencia de mis hijos... Desde las dos de la tarde hasta las nueve de la noche estuve en el epicentro del temblor... Recorrí todos los focos del saqueo y del incendio... La Carrera Séptima, el Palacio de San Carlos, el Arzobispal, el de la Nunciatura, el de la

Gobernación, los Ministerios, la iglesia de “El Hospicio”... Nadie pensaba en la revolución, en tumbar al gobierno, sino en emborracharse, robar e incendiar... No hubo nada grande, nada heroico, nada glorioso... Todo fue innoble, ruin y cobarde... Los saqueadores huían donde quiera que encontraban resistencia... O se mataban recíprocamente para arrebatarse el botín... Estoy profundamente decepcionado... Tengo el alma en los pies...

— Ese es el pueblo en que tanta fe tienes...  
—dijo Casiano, interrumpiéndolo—.

— Le faltó dirección... —respondió Baltasar—. De los jefes, unos se escondieron y otros resolvieron pescar en río revuelto... Y, naturalmente, pescaron Ministerios, Gobernaciones y Embajadas...

— ¿Pero acaso no decía Gaitán que el pueblo era superior a sus dirigentes? ¿En qué quedamos? —preguntó Casiano—.

— ¡Quedamos en que ni el uno ni los otros sirven para un carajo! —replicó Baltasar—. El único hombre capaz de hacer la revolución era Gaitán... ¡Por eso lo mataron los godos!

— ¿“Otra vez el sangriento estandarte”? —preguntó Casiano—. ¿Vas a empezar de nuevo? ¿Los autores intelectuales del crimen no serían más bien los oligarcas liberales, a quienes Gaitán les había hecho morder el polvo y tenían más interés en su muerte que nosotros los conservadores?

— Ahora resulta que los asesinos fuimos los liberales...! —respondió Baltasar—. ¿Y los del General Uribe también? Lo único que falta es que usted diga que Jorge Eliécer se suicidó... ¡Godo tenía que ser...!

— Pues prefiero ser godo y no un cachiporro saqueador e incendiario! —replicó, furioso, Casiano—. ¡Me voy! —agregó, levantándose de la mesa—. Y en mi vida volveré a poner los pies

aquí...

— Las pezuñas, querrá decir ¡cerdo asqueroso! El que no va a volver nunca soy yo... —exclamó, furibundo, Baltasar—.

Tres días más tarde, cuando se hallaba desempeñando sus funciones de Jefe de Cuentas Corrientes del Banco de la Patria a que había sido ascendido recientemente, después de ejercer durante veinte años las de Cajero Auxiliar, llegaron hasta su escritorio dos individuos de mala catadura. El uno alto y enjuto, de rostro innoble, circundado por una barba de cuatro días, tocado con un sombrero de ala caída. El otro pequeño y grueso, de mirada entre desconfiada y agresiva, bigote muy negro que le cubría el labio superior, envuelto en una gabardina que, tal vez diez años antes, podía haber sido blanca.

— ¿Usted es Baltasar Riveros? —le preguntó el primero—.

— El mismo que canta y baila... —respondió Baltasar, con una sonrisa—.

— Pues entonces va a tener que acompañamos... — dijo, en tono imperativo, el desconocido interlocutor—.

— ¿Y ustedes qué instrumento tocan? — preguntó Baltasar, todavía sonriente—.

— ¿Cuál quiere que le toquemos para que cante? —preguntó el segundo sujeto, con acento irónico—. Tenemos una guitarra eléctrica con la que canta hasta un mudo...

— Cada vez entiendo menos... —replicó Baltasar, poniéndose serio y comenzando a asustarse—. ¿Quiénes son ustedes?

— Mi compañero y yo pertenecemos a la Prefectura de Seguridad y traemos una orden de captura contra usted... —repuso el individuo alto, enseñándole una boleta, en la que aparecía su nombre, una firma y un sello—.

— Pero esto no tiene pies ni cabeza... — exclamó Baltasar, aterrado—.

— Al que no le va a quedar ni lo uno ni lo otro es a usted si opone resistencia... —respondió el Detective 374, que era el pequeño—.

— Yo en ningún momento he hablado de resistencia... —arguyó Baltasar, más muerto que vivo—. Pero tengo derecho de saber por qué me detienen... Soy un ciudadano honorable, que no ha matado a nadie ni se ha robado nunca un centavo...

— Estamos en estado de sitio y todos los derechos están suspendidos... —contestó el Detective 542, que era el alto—. Además, tenemos informes de que usted es cachiporro y ningún cachiporra puede ser honorable...

— Y no sólo cachiporra sino nueveabrileño... —terció el Detective 374—.

— Yo no soy cachiporra sino liberal y a

mucha honra... Y no soy nueveabrileño sino cincoagostero, porque nací en esa fecha... —repuso Baltasar, con voz temblorosa—.

— Sus chistecitos resérvelos para el “Automático”, donde se mete todas las tardes... ¿O cree que no le hemos seguido la pista? —replicó el Detective 542 —. Bueno, no perdamos más tiempo... Se va con nosotros ¿por las buenas o por las malas?

— Naturalmente por las buenas... —dijo Baltasar, cada vez más asustado—. Pero dejo constancia de que esto es un atropello y una arbitrariedad...

— ¿Con que atropello y arbitrariedad? —preguntó el Detective 374—. Para que se queje por algo, voy a ponerle las esposas y bien apretadas... ¡Extienda los brazos y junte las manos!

— ¿Esposas a mí? Con la que tengo me basta y me sobra... ¡Por favor, señores! Yo no soy un

malhechor y tampoco me voy a fugar... —clamó Baltasar, mientras cumplía la orden impartida por el agente secreto—. Señoras y señores... —agregó, dirigiéndose a unos cuantos clientes que asistían a la escena—. Ustedes me conocen y saben que soy un hombre honorable, me llevan por ser liberal pero no por haberme robado un solo centavo...

— ¡Se calla la jeta o se la reviento de una trompada...! —le dijo el 542, empujándolo hacia la calle—.

Fue conducido a una vieja y lúgubre casa habilitada, por aquellos días, como sitio de reclusión de los delincuentes aprehendidos con posterioridad al 9 de abril y encerrado en una habitación húmeda y oscura. Allí, con las manos amortajadas por obra de la presión ejercida sobre las muñecas por los anillos de acero, sumido en las más amargas reflexiones, permaneció largo tiempo de pie. Cansado al fin y no pudiendo apoyar las manos en el suelo para sentarse en él, se acercó a una de las paredes, apoyó contra ella

la espalda y se deslizó lentamente hasta quedar sentado sobre los helados ladrillos.

De pronto penetraron a la habitación los dos Detectives que lo habían capturado.

— ¡Párese, que está en presencia de dos representantes de la autoridad! —le ordenó el 374 —.

— Para poder pararme necesito que me quiten las esposas o que ustedes me ayuden a levantar... —contestó Baltasar—.

— ¡Aja! ¿Quiere que le quitemos las esposas para escaparse? —preguntó el 542 — . Más bien ayudémoslo a que se ponga de pie... —agregó, dirigiéndose a su compañero y entre ambos lo levantaron del suelo—.

— Queremos que nos cuente sinceramente todas las fechorías que cometió el 9 de abril... En cuántos saqueos intervino, en cuántos incendios participó, a cuántas personas hirió o mató, qué

cosas se robó y dónde las vendió o dónde las tiene escondidas... De usted depende que no le hagamos daño... —dijo el 374, mirando amenazadoramente a Baltasar—.

— Les juro que yo no cometí ninguna fechoría... — contestó éste, muerto de miedo—. Yo soy incapaz de matar a una mosca y de robarme un alfiler... Les ruego que pregunten en el Banco de la Patria, donde he trabajado más de veinte años, quién soy yo...

— ¡Tóme para que aprenda a decir la verdad!! —gritó el 542 y le asestó un violento puñetazo en el estómago—.

— ¡No me peguen!! ¡Tengan compasión de mí! —exclamó Baltasar, retorciéndose de dolor—. ¡Soy inocente! Yo vi muchas cosas ese día pero no hice nada malo...

— ¡Hay que doblarle la dosis! —dijo el 374 y le apretó los testículos con todas sus fuerzas—.

— ¡No más, por Dios, no más! ¡No resisto el dolor...! — suplicó Baltasar, con el rostro bañado en lágrimas—. ¿Qué quieren que les diga?

— Todo lo que hizo en esa fecha... — contestó el 542—.

— Les repito, señores, que yo no hice nada distinto de ver a otros saquear e incendiar... — repuso Baltasar, dominado por el pánico—.

— Será necesario traer la guitarra eléctrica para que cante... Usted debe tener muy buena voz... —replicó el 374—.

— Por lo que ustedes más quieran, no me vayan a torturar más... Está bien: yo participé en el incendio de la Nunciatura Apostólica, del Palacio Arzobispal, del Ministerio de Justicia, del Palacio de San Carlos y ayudé a saquear varios almacenes de la Carrera Séptima... —respondió Baltasar—.

— ¡Suficiente por ahora! —dijo el 542—. El Juez le preguntará mañana por los detalles... —y

los dos inquisidores se marcharon, muy satisfechos con el éxito de la investigación—.

— Al día siguiente recibió la visita de un hombre entrado en años, moreno y rollizo, de cabello ensortijado y facciones bruscas, con una cartera bajo el brazo, que lo miró —a través de sus gruesos anteojos— con la mirada impertinente peculiar de los miopes, quien le dijo: — Soy el doctor Hermógenes Clavijo, abogado penalista... Vengo a comunicarle que usted me correspondió en el reparto y a traerle este poder para que usted lo firme, en señal de aceptación... —y le hizo entrega de un papel—.

— Yo tenía entendido que los sindicatos podían escoger sus defensores... —respondió Baltasar—.

— En épocas normales, sí... —replicó el doctor Clavijo—. Pero bajo las normas inherentes al estado de sitio, decretado por el gobierno nacional con sujeción a lo dispuesto por el

Artículo 121 de la Constitución y previo concepto favorable del Honorable Consejo de Estado, los sindicatos pierden transitoriamente ese derecho y compete a los Jueces de la República, que administran justicia en nombre de ésta y por autoridad de la ley, designar los jurisconsultos encargados de asumir la defensa de sus intereses, velar por que el proceso se inicie, adelante y culmine con acatamiento a las disposiciones vigentes y agotar todos los medios y recursos previstos en la Carta Fundamental, los Códigos Penal y de Procedimiento Penal y las leyes pertinentes, poniendo en juego los conocimientos adquiridos en la Universidad y en el ejercicio de la profesión para...

— He entendido perfectamente, doctor... — dijo Baltasar, interrumpiéndolo, temeroso de que aquella catarata de palabras no terminara jamás—. De manera que ¿usted es mi apoderado y que yo debo firmar este poder?

— A buen entendedor, pocas palabras

bastan... —repuso el doctor Clavijo—. Veo que usted es un individuo profundamente inteligente... En efecto, el doctor Wenceslao Ríos, Juez 39 Penal Militar, eminente jurista y hombre ecuánime e imparcial como son todos los funcionarios de la Justicia Castrense...

— Me permite, doctor, que le haga una pregunta: ¿Qué quiere decir castrense? —interrogó Baltasar—.

— Castrense es lo relativo a la milicia, al ejército... —contestó el doctor Clavijo—.

— Su respuesta me tranquiliza mucho, porque ayer uno de los Detectives que me trajo estuvo a punto de castrarme... —anotó Baltasar—.

— Eso le sucede a la gente antes de darle poder a un abogado prestigioso como yo... —respondió el doctor Clavijo—. Le prometo que, mientras yo esté al frente de su negocio, nadie volverá a maltratarlo... Pero le decía que el doctor

Wenceslao Ríos, quien es muy buen amigo mío, me hizo el altísimo honor de depositar en mí su confianza y elegirme abogado de usted... Puede usted firmar el poder sin ningún recelo, reticencia ni escrúpulo... Porque, modestia aparte ¡en mejores manos no puede quedar! Aquí donde usted me ve —y también donde no me vea— fui el discípulo amado de Enrico Ferri e íntimo amigo de Francesco Carrara. ¡Ninguno de los dos le dio a su novia tantos ósculos en las mejillas como a mí...!

El doctor Jorge Eliécer Gaitán, que en paz descansa, no hacía una defensat sin consultarme el caso previamente... Fui el mejor alumno del Externado de Colombia y al doctor Hinestroza Daza, el día de mi grado, poco le faltó para fracturarme la columna vertebral con su abrazo de felicitación... Además, a lo largo de mi carrera profesional he defendido a millares de delincuentes, mucho más peligrosos que usted, y todos han sido absueltos... Aunque la gente dice que todos los abogados somos de mala fe, yo soy la excepción... Porque en materia de ética, tengo

fama —y muy bien merecida por cierto— de ser puro como San José, insobornable como Catón, incorruptible como Robespierre... ¡Firme, pues, con absoluta confianza, mi querido poderdante, y dele gracias a Dios por el abogado que le deparó! —y le hizo entrega de su estilógrafo—.

— Baltasar, más abrumado por el alud de palabras del doctor Clavijo que convencido por sus razones, firmó.

— Dígame ahora una cosa, si no es indiscreción: ¿Cuál es el valor aproximado de lo que se robó? —preguntó el doctor Clavijo—. Porque ha de saber que yo tengo una norma inmodificable, inspirada en los principios eternos de la justicia distributiva: Cuando una persona comete un delito contra la propiedad, automáticamente yo me convierto en copartícipe del hecho y el valor de lo sustraído se divide por dos; si los autores del ilícito son dos, el botín se distribuye entonces en tres partes iguales y así sucesivamente... De modo que si usted, por

ejemplo, se robó \$100.000, a mí me corresponden \$50.000 por concepto de honorarios... ¿Está claro?

— Más claro no canta un gallo... —repuso Baltasar—. Pero lo que ocurre es que yo no me robé nada y, por tanto, no hay nada que repartir...

— ¡Dígame la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad! —replicó el doctor Clavijo—. No olvide que yo, en este momento, soy un sacerdote... ¡Confiétese conmigo!

— La verdad es la que le he dicho... —respondió Baltasar—. Por otra parte, yo no creo en los curas porque soy ateo y lo seguiré siendo mientras Dios no modifique su conducta conmigo... Yo seré amigo suyo cuando él resuelva ser amigo mío...

— ¿Y qué bienes muebles o inmuebles posee usted? —preguntó el doctor Clavijo—.

— Tengo solamente nueve hijos... contestó Baltasar—.

— Pero usted no pretenderá dármelos en pago de mis servicios ¿no? —dijo el doctor Clavijo—. ¿Cómo piensa entonces retribuir mi asistencia profesional?

— Soy miembro y Presidente del Sindicato de Empleados del Banco de la Patria, donde trabajo hace más de veinte años... El se encargará de pagar sus honorarios... —replicó Baltasar—.

— Así la cosa cambia... —comentó el doctor Clavijo, recuperado un poco del golpe que había sufrido con la insolvencia de su cliente—. Voy a cobrarle \$5.000 por defenderlo, pero siempre que usted se comprometa a poner los testigos o \$10.000 poniéndolos yo...

— No entiendo una palabra... —repuso Baltasar—.

— Es muy sencillo... —dijo el doctor Clavijo—. La responsabilidad o la inocencia de

una persona se prueba con testimonios... Para demostrar su inocencia tendrá usted que presentar las declaraciones de varios ciudadanos que digan, por ejemplo, que usted no se encontraba en Bogotá el día de autos. Yo tengo un equipo de cinco testigos, todos muy honorables y correctos quienes, bajo la gravedad del juramento, afirman o niegan un hecho determinado... Pero naturalmente hay que compensarles económicamente la molestia que se toman y el tiempo que pierden rindiendo sus declaraciones... Si usted aporta los testigos, le resulta más barato, pero le advierto que los míos son expertos y tienen una larga práctica... En fin, como quien va a pagarme no es usted sino el Sindicato, él decidirá... Su indagatoria está señalada para las 3 de la tarde... A esa hora nos veremos en el Juzgado... Confíe en mí y en la Divina Providencia que es mi socia de oficina...

Dos guardianes condujeron a Baltasar al Juzgado 39 Penal Militar, que funcionaba en el ambiente sórdido de todas las dependencias judiciales. Anaqueles elaborados con madera

tosca y sin pulir, sobre los que se hacinaban decenas de expedientes atados con cabuyas. Escritorios desvencijados y cubiertos de polvo. Sillas cojas, con los resortes descubiertos. Baranda carcomida, a la que le faltaban varios barrotes. Las paredes, sucísimas, empapeladas de edictos. Mesas manchadas de tinta. Libros descuadernados. Máquinas de escribir que exhibían ios deterioros causados por treinta años de uso. Ceniceros rotos, repletos de colillas. Telarañas en el techo y basura en los rincones.

Baltasar hubo de permanecer varios minutos al pie del escritorio del Oficial Mayor, sobre el que aparecía abierto el Código de Procedimiento Penal y pudo leer: “Artículo 388. “Es absolutamente prohibido no sólo el empleo de promesas, coacciones o amenazas, para obtener que el procesado declare la verdad, sino también toda pregunta capciosa o sugestiva”. Y sonrió melancólicamente al recordar los golpes que los inquisidores de la víspera le habían asestado, no para obtener que dijera la verdad sino para

arrancarle una mentira.

El Juez, doctor Wenceslao Ríos, ostentaba el sello indeleble que imprimen los Seminarios a todos los que han pasado por ellos. Los indefectibles anteojos de aros negros, la mirada baja y huidiza, la sonrisa zalamera, el aire de falsa santidad, la circunspección de los ademanes, la suavidad del tono, la cautela de las palabras, la parsimonia del andar. Y el doctor Ríos, en efecto, había estado a punto de ordenarse. Pero el descubrimiento de un romance contra natura en que se engarzó con un compañero suyo, le costó la expulsión del Seminario. Posteriormente hizo estudios de derecho y cambió la sotana por la toga. Su parentesco con un General y las recomendaciones de varios jesuítas, le abrieron las puertas de la Justicia Militar. Allí se convirtió en un Torquemada. Todos los sindicatos por delitos contra el régimen constitucional y la seguridad interior del Estado, los que se hubieran atrevido a atacar al gobierno de pensamiento, palabra u obra, eran para él reos de muerte, que

merecían la hoguera. Sobra decir que, políticamente, era más nazi que Adolfo Hitler, más fascista que Benito Mussolini, más falangista que Francisco Franco y más godo que Laureano Gómez.

— ¿Sabe usted o presume por qué se le recibe esta declaración sin juramento, libre de prisión y apremio y asistido por un apoderado? — preguntó el Juez Ríos a Baltasar, en presencia de su Secretario y del Doctor Hermógenes Clavijo—.

— No sé pero presumo... —respondió Baltasar—. Y antes de decir por qué lo presumo, me permito aclarar que no estoy libre de prisión y apremio puesto que me encuentro preso hace dos días y, además, los Detectives que me aprehendieron me apremiaron con golpes en el estómago y los testículos para que me declarara autor de delitos que no he cometido...

— La acusación que acaba de hacer será motivo de otra investigación... —contestó el Juez

Ríos—. Por ahora ¡concrétese a la pregunta que le he formulado! ¿Por qué presume que se le recibe esta indagatoria?

— Por ser liberal y defender la causa del pueblo... Esos son los únicos delitos que he cometido en mi vida... — respondió Baltasar—.

— Esos no son delitos pero sí indicios graves de responsabilidad, ya que sus copartidarios fueron los que saquearon e incendiaron el centro de Bogotá hace ocho días... Y no trate de ampararse con el escudo de la política, porque le hago saber que yo soy un Juez integérrimo, rigurosamente imparcial, que se limita a defender el orden jurídico, la inviolabilidad de la propiedad privada y las ideas sanas y a arrojar todo el peso de la ley sobre los liberales..., quiero decir los delincuentes que se atrevan a violarlos... — dijo el Juez Ríos — . ¿Sabe usted o presume quién sería el individuo que, el 9 de abril último, se alzara en armas contra las autoridades legítimamente constituidas, incitara al motín,

instigara a otros al delito, hiciera la apología de éste, participara en el asalto, saqueo e incendio de varios edificios públicos y privados y diera muerte a las personas que se encontraban dentro?

— En primer lugar todos esos delitos no los puede cometer, simultáneamente, un solo individuo, a menos que tenga el don de la ubicuidad y posea, siquiera, veinte manos... En segundo, no me alcé en armas porque nunca he tenido ninguna ni dinero para comprarla... En tercero, no incité, instigué ni hice la apología del delito porque mi profesión no ha sido ni es la de agitador sino la de empleado bancario... En cuarto, no participé en ningún asalto, saqueo ni incendio porque nunca he sido hombre de armas tomar, cosas robar ni fuego prender... Y, además, porque considero que esos actos desvían al pueblo de su objetivo que es el poder y desprestigian cualquier movimiento revolucionario... En quinto y último lugar, no maté a ninguna de las personas que se hallaban dentro de los edificios saqueados, por la sencilla razón de que no entré a ninguno de ellos...

En la corrida del 9 de abril yo no toreé... Vi los toros desde la barrera... —contestó Baltasar—.

— ¿Cómo se explica entonces que dos respetables agentes de la autoridad, en informe rendido bajo la gravedad del juramento, aseveren que usted confesó ante ellos su responsabilidad en esos hechos?

— En este país, mientras haya verdugos que torturen a los ciudadanos inocentes en nombre de la ley, tienen explicación las cosas más inexplicables y San Francisco de Asís puede resultar fácilmente convicto y confeso del incendio de Roma o del asesinato de Cristo... —respondió Baltasar—.

— ¿Sabe usted o presume quién o quiénes son autores, cómplices o encubridores de los delitos contra el régimen constitucional, la propiedad, la salubridad pública y la vida e integridad personal que se investigan en este sumario? —preguntó el Juez Ríos—.

— La gran responsable de todo lo ocurrido el 9 de abril es la clase dirigente que, en mi concepto, ordenó el sacrificio de Gaitán para desembarazarse de un enemigo peligroso... Yo no creo que el pueblo haya delinquido... Si asaltó tiendas, fue porque tenía hambre... Si saqueó sastrerías, fue porque estaba desnudo... Si se emborrachó, fue porque quiso probar, al fin, licores que nunca había podido saborear... Y si incendió edificios, lo hizo para desahogar la ira y el dolor que le produjeron el asesinato de su caudillo y para protestar contra ese aberrante privilegio de unos pocos que es la propiedad...

— ¿Tiene algo que agregar, enmendar o suprimir? —preguntó el Juez Ríos—.

— No tengo nada que enmendar ni suprimir pero sí algo que agregar... —contestó Baltasar—. He sido, soy y seré un hombre honorable que, en Colombia, es una forma de ser cretino... Habiendo pasado por mis manos millones y millones de pesos, durante los veinte años en que he sido

Cajero del Banco de la Patria, sigo siendo casi un mendigo... Mi mujer y mis nueve hijos han vivido cubiertos de harapos y al borde de la inanición... Los grandes amores de mi vida han sido el pueblo y las ideas liberales... Sentía por Jorge Eliécer Gaitán una admiración sin medida y tenía en él una fe irrestricta... Por eso cuando me enteré de que lo habían asesinado, me lancé a la calle, loco de dolor y de rabia, logré llegar hasta su cadáver y empapé mi pañuelo en su sangre, después recorrí —como un sonámbulo— todos los lugares que me parecieron, en un principio, frentes revolucionarios y que posteriormente me convencí de que eran apenas objetivos de los saqueadores... Contemplé el espectáculo con una mezcla de tristeza y repugnancia... Me sentí frustrado porque comprendí claramente que la revolución se había malogrado y que por los caminos del pillaje y del incendio el pueblo no llegaría al poder... Sé de antemano que usted, señor Juez, me va a condenar... Cuando en Colombia un rico mata a alguien, la justicia lo absuelve por haber obrado en legítima defensa y si roba es un cleptómano que

debe ser sometido a un tratamiento psiquiátrico... Pero si es un pobre, se le juzga como a un asesino, en el primer caso, y como a un redomado ladrón, en el segundo, y a ambos se les aplica la máxima pena... Todo el que se queje, el que reclame, el que proteste es, a los ojos de los que detentan el poder, un agitador comunista, un apátrida, un elemento subversivo, un terrorista, un enemigo de las instituciones... Y yo soy todo eso porque siempre he sido un inconforme, un rebelde... Espero, por tanto, el mordisco de la justicia, pues sé muy bien que ella es un perro que no muerde sino a los de ruana.vY no voy tampoco a pedir clemencia porque sé también que para la gente como yo nunca la ha habido ni la habrá...

El ecuánime e imparcial Wenceslao Ríos, Juez 39 Penal Militar, dictó tres días más tarde auto de detención contra Baltasar Riveros “en nombre de la República y por autoridad de la Ley”.

En los considerandos de la providencia

podía leerse: “Los pésimos antecedentes del sindicato quien, según pruebas fehacientes incorporadas al proceso, ha sido un activo militante comunista, permanentemente dedicado a la propagación de consignas revolucionarias, unidos a las cínicas revelaciones hechas por él en su indagatoria (véanse folios 63, 64 y 65) y al informe juramentado de dos hábiles y eficaces auxiliares de la justicia, digno de entera credibilidad (folio 33 y siguientes), en que consta que Baltasar Riveros confesó, en forma libre y espontánea, haber participado en los delitos materia de la presente investigación y sumado a lo anterior el gravísimo indicio de haber sido hallado en su poder un pañuelo manchado de sangre, llevan a la conclusión inequívoca de su responsabilidad y a la de que existe suficiente mérito para decretar su detención y el embargo preventivo de sus bienes muebles e inmuebles”.

Cuando Baltasar, en el acto de notificarse del auto, leyó la parte resolutive, soltó una estruendosa carcajada.

— ¿Usted de qué se ríe? —le preguntó el Secretario entre sorprendido y enojado—.

— Del embargo de mis bienes muebles e inmuebles... — respondió Baltasar—. El Juez, aunque no lo parezca, es un magnífico humorista... ¿Puedo apelar?

— ¡Apelará cuando salga de la cárcel! — contestó el Secretario y le volteó la espalda—.

## Capítulo VIII

A Don Juan Crisóstomo de Uricoechea, Gerente del Banco de la Patria, le cayó la noticia de la detención de Baltasar como a los habitantes de Hiroshima el sonoro presente que, desde el aire, tuvo a bien enviarles el generoso Tío Sam en agosto de 1945. Baltasar era uno de los más antiguos, honestos y competentes empleados del Banco. Manejaba, nada menos, que la importantísima Sección de Cuentas Corrientes. Conocía a todos los clientes y éstos le tenían confianza y aprecio. Era una pieza irremplazable de la máquina inventada para hacer dinero con el ajeno. Por otra parte, a la entidad no le convenía que empleados suyos aparecieran como sindicatos de actos contra la seguridad del Estado, porque ese hecho podía debilitar sus buenas relaciones con el gobierno y engendrar desconfianza en el público. Finalmente, Baltasar había sido recientemente elegido Presidente del Sindicato y su detención podía ser interpretada por los demás

miembros como un acto de persecución sindical. Aunque siempre había sido un individuo díscolo y politiquero y nunca le había parecido simpático por culpa de sus ideas extremistas, había que salvarle. Estaban de por medio los supremos intereses del Banco, que se confundían con los de la patria, ya que aquél llevaba el nombre de ésta. Había que liberarlo, a cualquier precio, a fin de que pudiera reanudar, en el menor término posible, sus actividades.

— Estoy haciendo lo posible y lo imposible por sacarlo de la cárcel... Pero el caso es muy difícil... La confesión que les hizo a los Detectives es plena prueba... Además, él se encargó de empeorar su situación con el sartal de estupideces que dijo en la indagatoria... Y el pañuelo ensangrentado es un indicio grave... —le dijo el doctor Hermógenes Clavijo al Gerente, a través del teléfono—.

— Nada de eso tiene importancia... — replicó el señor de Uricoechea—. La tendría si

detrás de ese tipo no estuviera el Banco de la Patria... ¿Usted sabe lo que significa el poder de la banca en este país? Dígame al juececillo ese que lo invito mañana a almorzar en el “Temel”... Yo me encargo de él... Y a propósito: ¿Tendrá casa propia? Mejor que no la tenga... ¿Y automóvil? Tanto mejor... ¿Le gustará el dinero? ¡Magnífico! ¡Estupendo! ¡El problema está solucionado! Los espero mañana a la una de la tarde a usted y a él en el bar del restaurante...

— El individuo no cuenta, cuentan las instituciones... — dijo el señor de Uricoechea, dirigiéndose al Juez Ríos, cuando éste al día siguiente acudió a la cita, en compañía del doctor Clavijo—. Y una de las más poderosas y respetables instituciones del país es el Banco de la Patria, que yo represento... Si él no cumpliera la filantrópica función de prestarle dinero a la gente, a esto se lo habría llevado va el diablo... Pues bien: el prestigio de esa institución, conseguido a través de muchos años de sacrificios y esfuerzos, de una honorabilidad y un desinterés a toda

prueba, sufre un evidente menoscabo con la detención de su Jefe de Cuentas Corrientes... Yo, además, he sido, soy y seguiré siendo amigo de todos los gobiernos, por malos que sean, y no quiero que se piense que mi Banco es una guarida de agitadores comunistas... Por último, el señor Riveros es el Presidente del Sindicato de Empleados y no deseo tener más problemas con esos guaches asquerosos, que piden como quien le pide a Dios y no se contentan con nada... Si usted revoca su auto, el Banco de la Patria estará incondicionalmente a sus órdenes... Si carece de casa y automóvil, yo, con muchísimo gusto, le prestaré para que los adquiera... Aquí le traje un pagaré para que lo llene... Y no necesita garantías ni fiadores... ¡Abra su cuenta en mi Banco y le concederé todos los préstamos y los sobregiros que me pida...! ¡Ya sabe que soy su amigo!

— Mi querido Wenceslao: ¡Lo felicito y lo envidio sinceramente! —exclamó el doctor Clavijo—. Usted no se imagina qué clase de amigo acaba de conseguir... ¡Despídase definitivamente

de sus problemas...! ¡Brindemos por la libertad de Baltasar Riveros! —y levantó su vaso de whisky —.

Tres días más tarde, el puritano e inflexible Juez 39 Penal Militar profirió un nuevo auto que, en su parte pertinente, decía: “Las declaraciones rendidas por Mardoqueo Monroy, Celestino Otálora, Juvencio Anzola, Juan Domingo Pérez y María del Carmen Astudillo de Fernández (folios 98, 99, 100, 101 y 102), personas de reconocida solvencia moral, de cuya sinceridad y veracidad es imposible dudar, demuestran incontrovertiblemente que el acusado Baltasar Riveros se encontraba ausente de Bogotá el día 9 de abril último, realizando algunas gestiones en la ciudad de Bucaramanga y que, en consecuencia, le era físicamente imposible cometer los delitos perpetrados en la capital de la República que se le imputan. Esa abrumadora prueba testimonial destruye la hipótesis de su responsabilidad en esos ilícitos y le impone al suscrito Juez la obligación legal y moral de revocar su auto anterior y

devolverle la libertad al precitado señor Riveros”.

Al día siguiente le fue devuelta y el Sindicato de Empleados del Banco de la Patria retribuyó los eficientes servicios profesionales del doctor Hermógenes Clavijo con la suma de \$10.000, por cuanto el eminente jurisperito había aportado los testigos.

La tregua concertada entre los dos partidos para levantar cadáveres, fue tan efímera como las reconciliaciones de Baltasar y Casiano. La droga milagrosa de la colaboración liberal en el gobierno resultó inocua, pues “pájaros” y “chulavitas” continuaron sembrando el terror en campos y ciudades y guerrillas liberales surgieron en los Llanos, el Tolima y Antioquia. El liberalismo ganó las elecciones parlamentarias de 1949. La violencia se trasladó al Capitolio y la Cámara de Representantes fue teatro de un combate, con saldo de muertos y heridos. Una tentativa de acusación al Presidente Ospina, fue respondida por éste con la clausura del Congreso,

las Asambleas y los Concejos Municipales y la censura de prensa. El partido conservador proclamó la candidatura presidencial de Laureano Gómez, su jefe supremo, para el período Subsiguiente y el liberal la de Darío Echandía, pero éste —para no correr la misma suerte de un hermano suyo, asesinado por la policía cuando marchaba a su lado en una manifestación— la renunció poco tiempo después. Gómez fue elegido sin oposición y gobernó por espacio de un año, al cabo del cual sus quebrantos de salud lo forzaron a retirarse de la Presidencia. Lo reemplazó el Designado escogido por el Congreso, Roberto Urdaneta Arbeláez. Y nunca fue más cruel ni cruenta la violencia que bajo el mandato del fino y aristocrático cachaco bogotano. La casa de Alfonso López Pumarejo, situada a 50 metros de la suya —que naturalmente estaba custodiada por el Batallón “Guardia Presidencial”— fue incendiada el 6 de septiembre de 1952, sin que nadie lo impidiera, por una turbamulta compuesta de agentes de la policía vestidos de civil, Detectives y empleados públicos, que prendió fuego también

a los edificios de “El Tiempo” y “El Espectador” y la casa de Carlos Lleras Restrepo (López y Lleras fueron los únicos dos colombianos, entre centenares de miles de damnificados por la violencia, que recibieron indemnización del Estado). En junio de 1953 sucedió algo mucho más grave que todo lo que había ocurrido hasta entonces: los respetabilísimos glúteos de Felipe Echavarría, miembro prominente de la oligarquía antioqueña, trataron de ser congelados por agentes del Servicio de Inteligencia (?) del ejército, quienes lo sentaron sobre un bloque de hielo para obligarlo a confesar su responsabilidad en un fantástico plan destinado a eliminar a prestantes figuras de los dos partidos. Aquello era ¡monstruoso!, ¡intolerable!, ¡inaudito!, según los vocablos predilectos del doctor Gómez. El Presidente titular visitó al Encargado para exigirle que destituyera al General Rojas Pinilla quien, en su opinión, había ordenado el gélido tormento. Urdaneta se negó y Laureano reasumió el poder, nombró Ministro de Guerra a Jorge Leyva en reemplazo de Lucio Pabón Núñez, quien había

acompañado al Encargado en su negativa y llamó a Rojas a calificar servicios. Este, bajo la presión de sus subalternos y a instancias de Ospina Pérez y Alzate Avendaño, jefes civiles de la rebelión, resolvió sacrificarse y salvar al país.

El entusiasmo producido por la caída del Monstruo y el ascenso de Rojas Pinilla tuvo caracteres de delirio. Los dirigentes liberales, olvidando los antecedentes mediatos e inmediatos del General, quien se había mostrado siempre como el más sectario de los oficiales conservadores, se hincaron de rodillas ante el sol naciente o, mejor, ante los seis soles que refulgían en los hombros del que comenzaron a llamar Presidente-Libertador. La negra noche del ostracismo burocrático había terminado. Estaban nuevamente abiertas, de par en par, las puertas de los Ministerios, de las Embajadas, de las Gobernaciones. Los periodistas despojaron a Rojas de sus arreos militares, lo vistieron con un vaporoso traje de novia y le ofrecieron una serenata. Los magnates de la industria y el

comercio, los banqueros y terratenientes vieron en el nuevo mandatario, que apenas sabía dar voces de mando, perspectivas infinitas de enriquecimiento y se dedicaron a halagarlo con ricos presentes. Un tiempo después dejarían vacías las joyerías y los almacenes de artículos electrodomésticos, con ocasión del matrimonio de su hija. Los conservadores ospinistas y alzatistas, quienes por espacio de veinticinco años habían tenido que someterse a “la disciplina para perros” de Laureano Gómez, dieron un suspiro de alivio y empuñaron el incensario de la abyección. Baltasar Riveros tuvo uno de los momentos más felices de su vida, pues creyó firmemente que el pueblo había llegado al poder en uniforme militar. Y decenas de miles de Baltasares Riveros, con una inmensa esperanza en los ojos y una amplia sonrisa en los labios, se lanzaron a las calles de Bogotá, Medellín, Cali y Barranquilla a celebrar el advenimiento del nuevo amo.

— Dios deja padecer pero no perecer, como dicen los godos camanduleros como tú... —le dijo

Baltasar a Casiano, cuando a las 6 de la tarde del 14 de junio, se reunieron en el “Automático” — . Hacía nueve años que no podía sacar a la calle mi gloriosa bandera, por temor de que los godos me la introdujeran en forma de supositorio... Al fin hoy pude sacarla y gritar a voz en cuello: ¡Viva el gran partido liberal! ¡Abajo Laureano Gómez! ¡Viva el General Rojas Pinilla! ¡Vivan las Fuerzas Armadas! La manifestación estuvo colosal y el discurso del General, estupendo... Ahora sí habra paz, justicia y libertad...

— Con tal que esto dure..., como le decía la señora Leticia Ramolino a su hijo Napoleón cuando éste estaba en el apogeo... —respondió Casiano—. No se te olvide que Rojas Pinilla es un godo de Tunja y que mucha gente lo acusa de haber ejecutado o permitido actos de violencia como el de la Casa Liberal de Cali... Recuerdo, además, que cuando era Mayor fue retirado del ejército por actuaciones suyas no muy claras en la Fábrica de Municios... Y el que ha sido, no deja de ser...

— ¡Tú y tu eterno pesimismo...! —replicó Baltasar—. ¿Cuándo vas a creer en algo o en alguien?

— No es pesimismo sino realismo... —repuso Casiano—. Creeré cuando la gente que manda me demuestre con hechos su buena fé... Y los primeros actos de gobierno de Rojas no permiten presagiar nada bueno... Si tiene el propósito de hacer un gobierno nacional ¿por qué no nombró un solo liberal en su gabinete? Por otra parte, el hecho de que la clase dirigente se haya dedicado a endiosarlo, me parece muy peligroso... El incienso lo va a marear... Se va a sentir dueño del país y muy pronto empezará a pelear, a enseñarle al doctor Echandía para qué sirve el poder...

— No estoy de acuerdo contigo... Raro ¿verdad? El General es un hombre de extracción popular y el que va a gobernar es el binomio pueblo-fuerzas armadas, como lo prometió en su discurso de hoy... —contestó Baltasar—.

— El binomio va a ser el mismo que forman el jinete y su caballo: las Fuerzas Armadas encima y el pueblo debajo... —respondió Casiano—. El régimen de Rojas Pinilla va a ser godo-militar, sostenido por la oligarquía liberal-conservadora mientras sus medidas la beneficien... En el momento en que crea que la perjudican, se aliará con los dirigentes liberales, descontentos por no haber sido invitados a la mesa del festín, y lo tumbará... ¡Acuérdate de mí...!

Las sombrías predicciones de Casiano se cumplieron punto por punto... Los negociados del Presidente, de sus parientes y áulicos, la matanza de los estudiantes en la Carrera Séptima con Calle 13, la de la Plaza de Toros, la clausura de “El Tiempo” y la política económica del gobierno, contraria a los intereses de la oligarquía bipartidista, lograron que a Rojas se le cambiara el título de Presidente-Libertador por el de tirano y su nombre original por el de Próspero Vaquero, con que lo bautizó “Chápete” en sus caricaturas, para relieves su desmedido amor por el ganado

vacuno.

¿Cuál era el remedio? El mismo de siempre. La droga infalible de la coalición. La “concordia nacional” del General Reyes, el “republicanismo” de Carlos E. Restrepo, la “concentración nacional” de Olaya Herrera, la “unión nacional” de Ospina Pérez. Los dirigentes de uno y otro partido tenían que fumar nuevamente, sobre las ruinas de las instituciones democráticas, la pipa de la paz, como nueve años antes lo habían hecho sobre el cadáver de Gaitán y los escombros de Bogotá. El partido liberal, primero que todo, debía reconciliarse con su mortal enemigo Laureano Gómez, desterrado por el tirano con la aquiescencia de todos sus dirigentes. Y Alberto Lleras voló a España, empuñando una bandera blanca, a entrevistarse con su odiado adversario, a quien había hecho encarcelar trece años antes y cuya arbitraria proscripción había cohonestado. En Sitges y Benidorn, a puerta cerrada, los dos jerarcas acordaron la estrategia para derrocar al que ahora ambos llamaban el usurpador y,

arrogándose facultades que nadie les había conferido, resolvieron organizar una nueva coalición, elevada esta vez a la categoría de norma constitucional. Los mismos banqueros, industriales y comerciantes que tan generosos habían sido con Rojas Pinilla y su hija, paralizaron el país, mientras que los mismos curas que le habían impartido su bendición y elevado preces al cielo por el éxito de su gobierno, pedían el castigo de Dios para él y sus secuaces. Y el binomio Fuerzas Armadas fue derrotado por el binomio chequeras-camándulas. El Presidente, no ya libertador sino liberticida, abdicó en favor de sus cinco más fieles servidores y leales amigos quienes, a pesar de haber sido señalados anteriormente como cómplices y encubridores de todos los delitos que se le atribuían, quedaron, automáticamente, exentos de culpa. Y las mismas decenas de miles de Baltasares Riveros que, el 13 de junio del 53, se habían lanzado a las calles de Bogotá, Medellín, Cali y Barranquilla a gritar: ¡Hosanna! ¡Aleluya!, se lanzaron el 10 de mayo del 57 a vociferar: ¡Crucifícale! ¡Crucifícale!!

encabezados por los automóviles de último modelo de la oligarquía triunfante, que hacían sonar sus bocinas jubilosamente.

— ¿Te lo dije o no te lo dije hace cuatro años? —le preguntó Casiano a Baltasar, mientras ambos apuraban un “tinto” en el “Automático” —. Definitivamente yo soy adivino... Todos los pronósticos que te hice entonces resultaron ciertos...

— Tengo que reconocerlo... —dijo Baltasar —, Y lo peor es que yo estoy perdiendo ya toda esperanza de que el pueblo llegue al poder... Cada vez veo más remota esa posibilidad... No me gusta nada esto que ha pasado... Gaitán dijo alguna vez, no recuerdo exactamente sus palabras, que la unión de los oligarcas de los dos partidos sería el principio del fin de los de abajo... Y ya llegamos allá... Alberto Lleras y Laureano están de uña y mugre... Naturalmente la mugre es Laureano... Y Ospina Pérez y Alfonso López, a partir de un confite... Por ahí vi en el periódico la noticia de

que se había instalado un comité bipartidista y figuraban los nombres de tus amigos del Jockey: el Marqués, el “Curubo”, el “Zagalón”, el “Chamizo” y, además, el del gerente de mi Banco don Juan Crisóstomo de Uricoechea...

— Así como nosotros perdemos siempre, ellos siempre ganan... —respondió Casiano—. Y esto va a ser largo, porque las intenciones son negras...

Las de Lleras y Gómez, en España, habían sido las de que el Frente Nacional se prolongara por espacio de dieciséis años y por ese lapso se prolongó, ya que cuatro millones de ciudadanos entre los que se contaban muchos que ya no lo eran por haber muerto o no lo eran aún por ser menores de edad, refrendaron lo resuelto ya omnímodamente por los dos propietarios del país.

El primer Presidente fue, naturalmente, uno de los creadores del sistema, ya que el otro se encontraba muy viejo y achacoso. De Lleras sólo

podían esperarse mensajes bien escritos y discursos mejor pronunciados y no defraudó, ciertamente, a los que abrigaban esa esperanza. Dos episodios jocosos ocurrieron bajo su mandato: Su visita al Presidente de los Estados Unidos, mirada por muchos como la solución de todos los problemas nacionales y el farisaico juicio de responsabilidades abierto por el Senado contra Rojas Pinilla, en que de todo se le acusó menos del primero y más grave de los delitos por él cometidos: el de haberse rebelado contra el Presidente constitucional y haberlo depuesto, ya que los jueces —sin una sola excepción— habían prohijado, justificado o aplaudido ese delito. Y acabaron condenándolo por un insignificante contrabando de ganado.

El recibimiento que se le tributó a Lleras a su regreso de Norteamérica, constituyó una apoteosis. Una inmensa muchedumbre esperanzada le abrió calle de honor, desde el aeropuerto de “El Dorado” hasta el Palacio de San Francisco. Llovía a cántaros pero las decenas de miles de Baltasares

Riveros permanecían, impertérritos, en sus puestos. Cuando apareció en el balcón, lo saludó una ovación imponente. “Fui a los Estados Unidos de América... —dijo, con su voz inconfundible—. Ni pedí ni me dieron absolutamente nada... Pero los homenajes que me hicieron a mí, no me los hicieron a mí, se los hicieron a ustedes...”.

Y la multitud, saboreando lenguas de faisán y champaña imaginarias, repitió varias veces: ¡Gracias, doctor Lleras, muchas gracias!!

Casiano votó disciplinadamente por Lleras Camargo, primero, y por Guillermo León Valencia después. Baltasar, en cambio, no lo hizo por ninguno de los dos, con el argumento de que Lleras les había entregado el poder a los conservadores en el año 46 y el de que él no votaba por un godo “ni de vainas”.

La nación tenía contraída la deuda de la Presidencia de la República con la familia Valencia y estaba en mora de cancelarla, ya que el

Maestro había sido candidato derrotado en 1918 y 1930. Aunque el mayor de sus hijos no sospechara siquiera la existencia de la ciencia del Estado, había que elegirlo. Lo importante no es que el Presidente sepa; lo importante es que se deje guiar de quienes saben. Guillermo León Valencia no se tomó jamás la molestia de leer un libro y así lo confesó paladinamente; no poseyó ningún título universitario pero sí numerosos trofeos, escopetas y perros de cacería; no escribió ningún ensayo político o sociológico serio pero sí pronunció centenares de discursos melodramáticos, saturados de baladronadas; no conoció la Hacienda Pública sino las privadas de su familia; no tuvo la clarividencia, el dominio de los problemas y la energía de un estadista pero fue un óptimo catador de licores y mujeres, que antepuso siempre las partidas de caza y las juergas a las preocupaciones oficiales.

— Este Guillermo León es el más colombiano de los colombianos... —le dijo un día Casiano a Baltasar, meses después de haberse

poseionado de la Presidencia—. Tiene todos nuestros defectos: perezoso, bohemio, mujeriego, irresponsable, fanfarrón... Y también algunas de nuestras pocas cualidades: honesto, gallardo, generoso... Pero de un individuo cuyo programa social consiste en un verso de su padre: “La vida es una copa para todos llena”, no tenemos nada que esperar los pobres... Claro que siempre ha estado llena... Para los ricos de champaña y para los pobres... ¡de mierda! ¿Sabes en qué se parece el doctor Valencia al ombligo?

— No tengo ni idea... —repuso Baltasar—.

— En que no está ni arriba ni abajo, ni a la derecha ni a la izquierda, no sirve para un chorizo, pero hay que dejarlo ahí... —contestó Casiano, riéndose—.

— Yo voté, en las últimas elecciones, por el Compañero-Jefe Alfonso López Michelsen, como te lo conté, a sabiendas de que mi voto iba a ser anulado., —anotó Baltasar—, Yo le veo un

inmenso porvenir al Movimiento Revolucionario Liberal... López me robó la frase que vengo pronunciando hace cuarenta y cinco años: “¡Ahora le toca al pueblo!”...

— ¡Pura demagogia! Al pueblo nunca le toca... —replicó Casiano—, Parece que no supieras quién es el señor López Michelsen ni conocieras sus antecedentes... ¿Cómo puedes creer en la sinceridad de un revolucionario que proviene de una familia de potentados y oligarcas? ¿Cuyo padre traicionó la revolución que había iniciado tímidamente para obtener el perdón de sus compañeros de clase? ¿Que posee, según dicen, varias decenas de millones de pesos, no ganados precisamente con el sudor de su frente, sino aprovechando su condición de hijo del Presidente de la República en el oscuro negociado de la Handel, que le costó la caída al partido liberal? ¿Que tiene, en fin, la apariencia, la mentalidad y los gustos de un señorito de la alta sociedad? Yo creí en la buena fe del Marqués, del “Zagalón” Rocha, del “Chamizo” Umaña, del “Curubo”

Samper y así me fue... Tú no puedes cometer la misma pendejada...

El ingenuo Baltasar continuó a bordo del avión revolucionario tripulado por el Lenin del Jockey Club hasta el día en que éste resolvió aterrizar en el aeropuerto de la burocracia y aceptarle la Gobernación del Cesar, primero, y el Ministerio de Relaciones Exteriores, después, a Carlos Lleras Restrepo, elegido en 1966, sin el voto de Baltasar ni el de Casiano.

— Aunque el Directorio Conservador ha ordenado votar por Lleras y aunque reconozco que es uno de los pocos hombres serios que tiene el país, no me untaré el dedo de tinta por él mientras no revoque la orden de romper relaciones sociales y familiares con los conservadores, que les dio a sus copartidarios... Yo por gente sectaria no voto... —le había dicho Casiano a Baltasar, días antes de las elecciones—.

— Y yo por oligarcas tampoco... —había

respondido Baltasar—. Después de haber apedreado su casa en los “Viernes Culturales” de Gaitán, no puedo ahora depositar mi voto por él... Lleras Restrepo es la figura más sobresaliente de la clase dirigente colombiana... Pero precisamente por eso los hombres del pueblo no debemos votar por él... El pertenece a su clase y gobernará con ella y para ella... Como es soberbio y autoritario, hará un gobierno fuerte, aumentará los impuestos sin compasión para los de abajo e impondrá a su sucesor...

El profeta, en este caso, fue Baltasar. Porque sus vaticinios se cumplieron al pie de la letra. La reforma constitucional del 68, propuesta por Lleras, lo convirtió en un monarca absoluto; su gobierno aumentó inmoderadamente los gravámenes, creó la retención en la fuente y redujo las exenciones de que gozaban los contribuyentes; y, por último, adoptó una actitud beligerante contra la candidatura presidencial del General Rojas Pinilla: la atacó públicamente en un discurso que le valió una reprimenda del Procurador, envió a su

Ministro de Gobierno a la Televisora Nacional, la noche de elecciones, para que prohibiera la transmisión de los datos que favorecían protuberantemente a su enemigo y, dos días después, les ordenó a los partidarios de éste, quienes protestaban por el fraude indiscutible, que se disolvieran pacíficamente antes de que el ejército los disgregara por la fuerza.

— ¡Este pueblo merece su suerte! ¡Por cretino! ¡Por cobarde! ¡Por pendejo!! —le dijo Baltasar a Casiano, mientras disolvía con la ayuda de una cuchara el azúcar que acababa de ponerle a su “tinto” —. Gana las elecciones y se deja robar el triunfo miserablemente...

— ¡Eureka! ¡Descubriste el agua tibia! — exclamó Casiano—. Así ha sido y así será siempre... Desde que me conozco he visto que gana un candidato y se posesiona el que pierde... En 1904 ganó el General Joaquín F. Vélez, pero gracias al Registro de Padilla, el verdadero vencedor fue el General Reyes... En 1918 ganó

Guillermo Valencia pero se posesionó el señor Suárez... En 1922 ganó el General Herrera pero se posesionó el General Pedro Nel Ospina... En 1942 ganó Carlos Arango Vélez pero se posesionó Alfonso López Pumarejo... En este caso ganó el General Gustavo Rojas Pinilla pero el próximo 7 de agosto se posesionará Misael Pastrana Borrero... Ya se reunieron Lleras Restrepo y Rojas en la casa del Nuncio Apostólico y llegaron a un acuerdo... Desde la época de los Comuneros los dirigentes vienen haciendo pactos, en nombre del pueblo pero a espaldas suyas y burlándose de él... Con esta gente pueden hacer lo que se les dé la gana...

— Supongo que votaste por Pastrana... —le dijo Baltasar—.

— No. Voté por Evaristo Sourdis, que era el más ortodoxo de los cuatro candidatos conservadores... —replicó Casiano—. Pastrana es un niño mimado de las dos castas políticas y de los grupos económicos que dominan el país, yerno

de Arango Vélez, valido de Ospina Pérez, señora e hijos, protegido del Padre Giraido S.J., colaborador de todos los regímenes desde que llegó a la mayor edad, poseedor de una amplia y permanente sonrisa de vendedor, es el hombre ideal para cerrar el ciclo de gobiernos incoloros, inodoros e insaboros del Frente Nacional... De él tiene mucho que esperar la clase dirigente pero el pueblo nada o muy poco...

La administración Pastrana Borrero, que adoptó el lema de “Objetivo: el hombre”, transcurrió sin pena ni gloria. Los problemas económicos y sociales siguieron creciendo y agravándose y el hombre de abajo fue el objetivo de una carestía que lo llevó a los umbrales de la inanición.

El tratamiento antirábico del Frente Nacional, ideado por Laureano Gómez y Alberto Lleras para evitar que los dos perros hidrófobos acabaran mordiendo a sus amos y asegurar la continuidad de la clase dirigente en el poder, había

dados óptimos resultados. Tantos y tan inverosímiles, que se había operado el milagro de que Baltasar y Casiano suspendieran sus disputas y coincidieran en muchos puntos.

En 1974 los usufructuarios del chanchullo preparado en Sitges y Benidorm regresaron a sus viejas toldas y se alinearon para una nueva contienda electoral. Los aspirantes al trono fueron, obviamente, tres príncipes herederos. Como en la Europa de la “belle époque”, tres casas reales reclamaron sus derechos a la corona: la Casa López, la Casa Gómez y la Casa Rojas, equivalentes a la de Borbón, la de Braganza y la de Habsburgo.

— No voy a votar por López sino contra Alvaro Gómez... — le dijo Baltasar a Casiano, en el “Automático”, días antes de las elecciones—. López, como revolucionario, me decepcionó totalmente... Prefirió los vallenatos de Rafael Escalona a “La Internacional”... Pero me aterra la idea de que Laureano vuelva al poder en la

persona de su hijo muy amado...

— Ese es precisamente el truco organizado por Alfonsito y Alvarito, quienes son tan buenos amigos como lo fueron sus papás... — respondió Casiano—. En 1934 el Monstruo, decretando la abstención electoral conservadora, hizo posible la elección del viejo López Pumarejo... Alvaro, ahora, aceptando la candidatura, asusta a muchos liberales con el espectro de su papá y los obliga a votar por su amigo Alfonso quien, en señal de gratitud, le hará entrega de la mitad del poder... López será Presidente, Gómez coPresidente y todos tan contentos...

— No todos... —repuso Baltasar—, Porque a mí no me hace ninguna gracia esta nueva alianza para el progreso..., para el progreso de los Delfines, naturalmente, que es un engaño al pueblo...

— Ser engañado es el destino del pueblo y el de algunos maridos... —repuso Casiano— .

— Si tú lo dices... —respondió Baltasar, mirando a su amigo burlonamente—.

Tres millones de colombianos votaron contra Gómez Hurtado y apenas uno y medio en favor suyo. Y López Michelsen subió al trono de su padre, empuñando en la mano izquierda su fina pipa inglesa, acariciando el lomo de su perra dalmata con la derecha y mirando a sus súbditos con su arrogante displicencia de aristócrata, a la manera de uno de aquellos Lores que Inglaterra enviaba a gobernar sus colonias africanas. Durante el Mandato Claro, que fue uno de los más oscuros en la vida del país, la carestía, la inseguridad y la corrupción batieron todos los records conocidos.

— ¿Pero de qué te extrañas? —le preguntó Casiano a Baltasar en la tertulia cotidiana del café—. Todo lo que ha ocurrido es absolutamente lógico... Yo lo había previsto y anunciado... Lo que sucede es que la gente no tiene memoria ni vergüenza... Nadie recordó que López Michelsen había sido el principal responsable de la caída de

su papá y del partido liberal del poder y nadie se acordó tampoco de que después había traicionado el movimiento revolucionario que fundó y abandonado a sus soldados en pleno campo de batalla... Además, “hijo de tigre sale pintado...”. ¿Y de quién son hijos los que, en el negocio de “La Libertad”, se ganaron varios centenares de millones de pesos? Pues del mismo que, en el de la Handel, obtuvo una utilidad de varias decenas... En este país la historia se repite periódicamente... Dentro de treinta o cuarenta años los bisnietos de López Pumarejo y nietos de López Michelsen serán los “hijos del Ejecutivo”, quienes siguiendo la tradición familiar continuarán enriqueciéndose a la sombra del Estado y tus descendientes, muertos de hambre, seguirán votando por ellos y esperando la llegada del pueblo al poder...

— El último pendejo soy yo... —dijo Baltasar, exhalando un suspiro—. En mí termina una cadena de idealistas y románticos... Ninguno de mis nueve hijos heredó mi amor por las doctrinas liberales, mi fe en la democracia, mi

esperanza en el pueblo... De nada les sirvieron las clases de filosofía política que, durante años y años, les dicté tres veces por día... De nada los nombres de héroes y heroínas liberales con que los bauticé... De nada el ejemplo que les di... Siete son apolíticos, dos comunistas y ni un liberal para un remedio...

— ¿Y quién te ha dicho que los liberales son un remedio? —preguntó Casiano—. Estás confundiendo la droga con la enfermedad...

— ¡Enfermedad espantosa e incurable, peor que el cáncer, que la sífilis, que la lepra, ser uno godo como usted...!! —respondió Baltasar, empezando a exaltarse—.

— No vamos a pelear... —repuso Casiano, en tono conciliador—. Si en sesenta años no hemos podido ponemos de acuerdo, no lo vamos a lograr ahora...

Desde su primera disputa en la “Botella de

Oro” habían transcurrido, en efecto, sesenta años. Sesenta años de amistad acérrima e inseparable enemistad, de riñas y reconciliaciones, de violentas separaciones definitivas y cordiales encuentros al día siguiente, de esperanzas fallidas para el uno y de pronósticos acertados para el otro, de sangre, sudor y lágrimas para los de abajo y de ríos de leche y miel para los de arriba. Sesenta años de dramas y melodramas, tragedias y tragicomedias, zarzuelas y sainetes representados por buenos y malos actores dramáticos y cómicos en el tinglado de la farsa nacional; de excelentes o mediocres funciones del gran circo político, a cargo de toda clase de payasos, domadores, acróbatas, magos, prestidigitadores, elefantes blancos, vacas y terneros sagrados, pavos reales, osos bailarines, loras parlanchinas, caballos y monos amaestrados, procedentes de los dos partidos que, durante ciento cincuenta años, han explotado la ingenuidad de innumerables Baltasares Riveros. Y los dos amigos eran ahora dos ancianos octogenarios que, al paso cansino de unos bueyes abrumados por el yugo del tiempo, en

el atardecer de una jornada agobiadora, marchaban en busca del reposo definitivo.

Después de cuarenta y siete años de servicios ininterrumpidos, Baltasar se había retirado del Banco de la Patria, cuyas utilidades semestrales eran de doscientos cuarenta millones de pesos, con una pensión de \$1.331.05 y vivía con su hija Policarpa, su yerno y sus nietos, en un apartamento del Barrio “Timiza”. El huracán de la vida había dispersado a los demás hijos. Rafael se había marchado a los Estados Unidos y nunca se había vuelto a saber de él. Benjamín, casado y con varios hijos, trabajaba al servicio de un ingenio azucarero del Valle. Leandro era empleado de la Administración de Aduanas, pero habiendo heredado desgraciadamente la insobornable honestidad de su padre, realizaba el milagro de vivir con un sueldo irrisorio. Cenón, aficionado desde niño a la mecánica, era propietario de un taller de reparación de automóviles. Sergio había logrado vincularse al periodismo, pero aunque escribía diariamente una columna para el más

importante de los rotativos bogotanos (\$1'500.000 por concepto de avisos en el día) él recibía apenas mil quinientos pesos mensuales. Paulo Emilio, a su turno, era explotado por la Compañía de Seguros “La Generosa”, célebre por su avaricia con los empleados. Y Antonia por el Estado, que le retribuía sus servicios de maestra con un salario ínfimo, pagado tardíamente. Juana, la menor, había resuelto su problema casándose con un rico ganadero de las Sabanas de Bolívar; tres veces la había preñado y otras tantas había parido ella gemelos, por lo que los amigos del temible reproductor aseguraban que éste no tenía órganos genitales sino una escopeta de dos cañones. Y la infeliz y abnegada Zoila había muerto sin arribar a la Tierra Prometida del pueblo en el poder, que tantas veces le había pintado Baltasar con vividos colores.

Casiano, concluida su efímera experiencia de cónyuge y de millonario, había regresado a la soltería y a la pobreza. Unas jugosas comisiones obtenidas en la compra y venta de algunos

inmuebles, invertidas en acciones productivas, le habían garantizado una pequeña renta que le permitía vivir precariamente, sin necesidad de trabajar. Circunstancias de fuerza mayor, determinadas por la cronología, le habían impedido proseguir sus actividades de conquistador y de coleccionista de prendas íntimas femeninas. “¿Cómo quitarle los pantalones a una dama, si a duras penas puedo quitarme los propios?”, solía preguntar el anciano con una sonrisa nostálgica. Obviamente no se acusaba ya, los Primeros Viernes, sino de pecados de pensamiento y de palabra.

Susana, con posterioridad a su quiebra, había descubierto que el proxenetismo es un negocio casi tan lucrativo como el de los bancos y las compañías de seguros y había fundado un elegante prostíbulo, que le proporcionaba óptimos ingresos. Su amante y jefe de relaciones públicas era un conocido político y parlamentario, que se encargaba de repartir tarjetas entre los Senadores y Representantes y de cobrar después los vales

firmados por éstos.

El Marqués había consolidado su posición económica, logrando que la fortuna de un traficante en esmeraldas, recientemente ingresado al Club, pasara a sus manos, como resultado de una estafa parecida a aquella en que las víctimas habían sido Casiano y la viuda de Nicanor Saldarriaga. Y la Academia de Historia lo había recibido en su seno para premiarle los estudios biográficos de sus ilustres antepasados: los Virreyes Ezpeleta y Amar y Borbón.

El “Curubo” Samper había sido nombrado Presidente del Club; el “Chamizo” Umaña, Presidente de la Confederación de Agricultores de Colombia y el “Zagalón” Rocha, Embajador en un país europeo. Y los periódicos habían saludado esos nombramientos con notas laudatorias.

Don Juan Crisòstomo de Uricoechea designado Presidente de la Federación Bancaria, declarado “Banquero Emérito”, condecorado con

la Cruz de Boy acá y Monseñor Emilio de Brigard le había impartido su bendición a los treinta pisos de la nueva sede del Banco, “levantados con ímprobos esfuerzos y sacrificios sin cuento, patriotismo ardiente, honradez acrisolada y desprendimiento sobrenatural”, según las palabras del Presidente de la Junta Directiva.

El Padre Ciriaco Antorveza promovido al cargo de Superior de la Comunidad Franciscana, como justa recompensa a su celo en la conducción de ovejas descarriadas al aprisco y el recaudo de dineros para los gastos del culto.

El doctor Wenceslao Ríos llevado a la Corte Suprema de Justicia, como un merecido homenaje a su sapiencia jurídica, a su imparcialidad inflexible y a su probidad diamantina.

Los Detectives 374 y 542 ascendidos a Jefes de Seccional en Montería y Villavicencio, como reconocimiento a sus grandes dotes investigativas y a la perspicacia y sagacidad con que habían

logrado esclarecer muchos delitos y conseguir que sus autores fueran sancionados por la justicia.

El doctor Kermógenes Clavijo había seguido cosechando sonoros triunfos profesionales y recibiendo cuantiosos honorarios y la Academia Colombiana de Jurisconsultos se había enaltecido a sí misma proclamándolo como su Presidente vitalicio.

Su equipo de testigos (Mardoqueo Monroy, Celestino Otálora, Juvenció Anzola, Juan Domingo Pérez y María del Carmen Astudillo de Fernández) habían continuado ejerciendo su profesión con eficiencia y consagración ejemplares y prestándole a la justicia su concurso invaluable.

Azucena Melendro cosiendo en su vieja máquina “Singer”, confeccionando los trajes que las damas de la alta sociedad se ponían para complacer la vanidad de sus maridos y se quitaban para satisfacer la lujuria de sus amantes y conservando, con la fruición de un anticuario, el

tesoro improductivo de su virginidad.

La bandera, la corbata y el brazalete rojos, el rosetón y el pañuelo encarnado de Baltasar —compañeros suyos en tantas jornadas democráticas y tan empolvados y desteñidos como las ilusiones de su dueño— continuaban esperando la llegada del pueblo al poder.

A éste había llegado, impelido por el país político y potentes grupos económicos, don Julio César Turbay Ayala, doctor “honoris causa” de varias universidades, poseedor indiscutible pero discutible lector de 7.000 libras, Coronel Honorario de las Fuerzas Armadas; experto en convenciones, manifestaciones, elecciones, transacciones, contempORIZACIONES y manipulaciones; padrino de 50.000 niños heredo-liberales y compadre —por ende— de sus 100.000 progenitores; dispensador de becas a aquellos y de empleos a éstos; astuto, ladino, habilidoso.

Y había llegado resuelto a destruir su fama de hombre débil con actos de autoridad, a “reducir la inmoralidad a sus justas proporciones” y a apuntalar el sistema con fusiles y ametralladoras. Y decidido también a apurar hasta las heces la copa del honor y del placer. Para lograr lo primero, había dictado el Estatuto de Seguridad. Y para conseguir lo segundo, poseído por la “libido imperandi” y por una verdadera locura locomotriz, había viajado desaforadamente dentro y fuera del país, con una copa de champaña en la mano, oyendo himnos y salvas de artillería, dando y recibiendo condecoraciones, profiriendo y escuchando discursos lisonjeros. Y mientras el rey se divertía, habían crecido el hambre, el desempleo, la delincuencia, la mortahdad infantil, el tráfico de drogas heroicas, la inseguridad.

Baltasar, gravemente enfermo, había sido conducido a la Clínica San Pedro Claver, en su condición de pensionado de los Seguros Sociales. Había cumplido 83 años y a esa enfermedad, de suyo gravísima, se sumaban la arterosclerosis, el

enfisema pulmonar y serios trastornos cardiovasculares. Los médicos le habían hecho saber veladamente que su deceso era inminente.

— ¿Sabes qué es lo que más me duele en este momento? — le preguntó a Casiano, quien había ido a visitarlo—. Haber durado 80 años creyendo en un mito, 60 peleando contigo por él y tener ahora que hallarte la razón y aceptar que yo estaba equivocado... Me estoy muriendo, a Dios gracias... Porque te confieso que como buen liberal ateo, ahora soy un creyente fervoroso... Definitivamente no hay ateísmo que resista 40 grados de fiebre ni comunismo que aguante un puesto bien remunerado... Pero te decía que como me voy a morir muy pronto, quiero pedirte un último favor: El de que mandes grabar sobre mi tumba el siguiente epitafio: Aquí yace un pendejo que duró ochenta años, sobre la tierra, creyendo en la llegada del pueblo al poder y que ahora, debajo de ella, continúa esperándola...

— Hierba mala nunca muere... —respondió

Casiano—. Y los liberales son la peor hierba que ha brotado...

— ¡Miente, godo arrastrado! —gritó, furioso, el moribundo—. ¡Perdóname, Señor! —agregó, arrepentido, mirando beatíficamente al Cristo que pendía en la pared—. Pero es que estos conservadores, hermanos míos, sacan de quicio a cualquiera...

—¿No oyes esos gritos? —preguntó Casiano, interrumpiéndolo, mientras se acercaba a la ventana y miraba hacia abajo—.

De la calle subían las voces de unas personas que gritaban en coro:

“El pueblo unido

¡jamás será vencido!

## El pueblo unido

¡jamás será vencido!!”

— Son cuatro pelagatos... Empleados del Ministerio de Hacienda que están pidiendo un aumento de sueldos... —comentó Casiano, retirándose de la ventana—.

— ¿Con que “el pueblo unido, jamás será vencido”? —preguntó Baltasar en tono irónico—. ¡Miren!! —y encogió los dedos índice y anular de la mano derecha y extendió el cordial—.

Casiano sonrió con la satisfacción inefable del general que, después de larguísimo asedio, ve

flotar una bandera blanca en la torre más alta de la fortaleza enemiga. El sitio, en su caso, había durado sesenta años.

Octubre de 1979

ÁLVARO SALOM BECERRA (Bogotá, Colombia, 1922-1987) es uno de los más prolíficos representantes de la narrativa moderna colombiana. Magistrado, diplomático y periodista, escogió ya en la madurez el camino de la literatura. Escribió los siguientes libros, publicados por Tercer Mundo Editores en numerosas reimpresiones:

Un tal Bernabé Bernal.

Don Simeón Torrente ha dejado de... deber.

Al pueblo nunca le toca.

El delfín.

Un ocaso en el cenit: Alzate Avendaño.

Sus libros se caracterizan por la crítica mordaz e inteligente que hace de la política y la clase dirigente colombiana, a través del parangón que logra establecer entre las diferentes clases sociales; demuestra cómo se evidenció su desarrollo o debacle en las postrimerías del siglo anterior en una Bogotá fría y en crecimiento, siempre con el elemento político como determinante de los acontecimientos y las historias que desarrolló.